
CORAZONES
LASTIMADOS
PRÍNCIPE
DIABÓLICO
LYDIA HALL

PRÍNCIPE DIABÓLICO

LYDIA HALL

Copyright © 2025 por Lydia Hall

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.



Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LYDIA HALL

Corazones Lastimados

Bestia Despiadada || Monstruo Despiadado || Príncipe Diabólico

Doctores Prohibidos

La Sorpresa Doble del Zorro Plateado || Dilema laboral: El jefe atractivo || Monstruo Despiadado

Los Diabólicos Hermanos Braddock

Amor Abrasador || Dime Que Me Amas || Una Segunda Oportunidad para Amar || Embarazada: ¿Quién es el padre? || Embarazada del Chico Malo

Secretos de Oficina

Nuevos Comienzos || Conexión corporativa || Atrapado en el medio || Fingiéndolo para el Jefe || Bebé nos hace tres || El Secreto del Jefe || Doble sorpresa || El Papá de mi Mejor Amiga

Atracción prohibida

El Novio de Mi Madre || El Mejor Amigo de Mi Padre || Papá Encubierto || Los gemelos del doctor || Ella Es Mía || Confianza Enredada

Corazones Festivos

Un Feliz Malentendido || Navidad entre Sus Brazos || Una Galleta de Navidad para un Padre Soltero || Beneficios Ejecutivos

Conjunto en caja

Los Grandes y Malvados Hermanos Braddock: La serie completa

ÍNDICE

Sinopsis

1. Sofia
2. Lorenzo
3. Sofia
4. Lorenzo
5. Sofia
6. Lorenzo
7. Sofia
8. Lorenzo
9. Sofia
10. Lorenzo
11. Sofia
12. Lorenzo
13. Sofia
14. Lorenzo
15. Sofia
16. Lorenzo
17. Sofia
18. Lorenzo
19. Sofia
20. Lorenzo
21. Sofia
22. Lorenzo
23. Sofia
24. Lorenzo
25. Sofia
26. Lorenzo
27. Sofia
28. Lorenzo
29. Sofia
30. Lorenzo
31. Sofia
32. Epílogo

SINOPSIS

Me obligaron a salvarle la vida, pero fue decisión mía entregarle mi corazón al príncipe de la mafia.

Lorenzo se enamoró de mí después de que me secuestraran para operarlo en secreto.

Fue aterrador, pero la idea de morir era aún más inaceptable.

Tenía que seguir con vida por mi hermano enfermo.

Pero ahora, tengo una oportunidad real de salvarlo.

El padre de Lorenzo me ha propuesto una relación falsa que me parece una locura.

Salir públicamente con Lorenzo beneficiaría a la familia mafiosa.

A cambio, yo tendría éxito como cirujana traumatóloga y salvaría el futuro de mi hospital.

El plan era perfecto sobre el papel.

Pero Lorenzo era todo lo contrario.

Era mayor, peligroso y jugaba con mi mente.

Sin embargo, mi corazón lo anhelaba como nunca antes había anhelado a nadie.

Lorenzo podía tener mi amor, pero mi confianza era innegociable.

Sobre todo después de que rompiera todas las reglas, haciendo lo impensable, algo de lo que *jamás* podríamos recuperarnos…

1

SOFIA

Mientras me río de una ocurrencia de una compañera de trabajo, y probablemente la mejor amiga que he tenido nunca, me embuto en mi grueso plumífero y subo la cremallera. El invierno atenaza la ciudad y, a pesar del vapor que emana de las alcantarillas en las aceras, hace demasiado frío para ir andando a cualquier parte. Ni siquiera mi abrigo preparado para temperaturas bajo cero es lo bastante cálido, así que seré un cubito de hielo andante para cuando llegue a mi coche en el garaje. Normalmente, cogería un taxi o el metro, pero hoy he decidido venir en coche. Solo espero que el viejo y destartalado Camry arranque a la primera. La batería está floja.

—Nos vemos mañana, chicos. —Me despido del grupo con la mano antes de salir de la sala de descanso. Jen se ríe de su propio chiste y también me saluda con la mano. Ha sido un día muy largo y estamos todos agotados. Ha habido una colisión en cadena de ochenta coches en el puente George Washington y han traído a todas las víctimas al Bellevue hasta que hemos estado tan llenos que hemos tenido que desviarlos a otros hospitales. Como cirujana traumatológica he visto muchas cosas, pero hoy he hecho más operaciones que en toda la semana junta.

Los enfermeros y celadores me saludan con la cabeza y una sonrisa cuando paso. Todo el mundo sabe cómo me llamo, pero a mí se me da fatal recordar los nombres de los demás, excepto los de

mis pacientes. Los recuerdo a todos, cada detalle. Eso es lo que me convierte en la cirujana traumatológica más prestigiosa del país, a pesar de llevar solo dos años desde que terminé la residencia. Me tomé los estudios muy en serio y también me tomo mi carrera muy en serio.

El viento me azota al cruzar el pasadizo que va de las urgencias del hospital al aparcamiento. Hace tanto frío que el aire me corta la cara y, si no tengo cuidado, acabaré con congelaciones aquí fuera. Me subo el cuello del abrigo y me hundo las manos en los bolsillos. Me he olvidado el gorro en la taquilla, pero al menos los guantes siguen en el coche. Tardarán un minuto en calentarse, pero de todas formas el coche tiene que estar un rato en marcha para que circule el aceite. Busco a tientas las llaves en el bolsillo y rodeo el mando a distancia con el pulgar.

En Nueva York la gente siempre está en guardia. A los matones y a los pandilleros les gusta hacer sus fechorías al anochecer, como ahora, y el aparcamiento del hospital no es ajeno a los incidentes delictivos. Así que mantengo los sentidos alerta mientras bajo por la escalera hasta la segunda planta subterránea. No hace viento, pero sigue haciendo frío. Estoy temblando para cuando llego a mi viejo Toyota y tengo la mano tan fría que casi se me caen las llaves al apuntar el mando hacia el coche y pulsar el botón de arranque a distancia.

Como era de esperar, al motor del coche le cuesta arrancar, apenas gira con la batería floja por el frío. Tengo que hacer que me lo miren, pero al menos se está calentando mientras me acerco. Disfrutaré de un baño caliente y una taza de chocolate para relajarme después de acostar a Calvin. Depende de mí para todo desde el accidente que lo dejó tullido hace diez años, así que incluso después de un día abrumador como el de hoy, mi trabajo no termina hasta que él está atendido. Sin embargo, quiero a mi hermano con locura, así que lo cuido lo mejor que puedo.

La luz que hay sobre donde aparqué parece estar fundida, quizá se haya fundido hoy en algún momento, pero eso hace que me acerque con más cautela. Echo un vistazo por el garaje, pero no hay nadie más que yo. Así que me apresuro en los últimos pasos y me

meto entre los coches para abrir la puerta del mío cuando oigo una voz que me llama.

—Eh… Oiga.

El barítono profundo reverbera por el aparcamiento, rebotando en las paredes. Me giro para ver de dónde ha venido la llamada, pero se me eriza el vello de los brazos y de la nuca. Mi instinto me dice «métete en el coche», pero mis pies se detienen, congelados sobre el cemento bajo ellos mientras el terror recorre cada célula de mi cuerpo.

Tengo la mano apoyada en el tirador de la puerta y, cuando me giro para entrar, algo grueso y áspero me cae sobre la cabeza. Lo manoteo, tirando de la tela, pero unos brazos fuertes me rodean la cintura y me levantan. No puedo respirar y mis gritos quedan ahogados.

—¡Eh, pare! ¡No! —grito, doy puñetazos y patadas, pero quienquiera que me sujeta es más fuerte que yo.

—Trae la furgoneta —ladra una voz claramente masculina, y oigo el chirrido de unos neumáticos.

—¡Bájeme! ¡Socorro! —chillo tan fuerte como puedo y oigo mi propia voz rebotando en el espacio cavernoso, pero el chirrido de los neumáticos se acerca cada vez más—. ¡Socorro!

—¡Cállate! —grita el hombre y me estremezco. Me sacude violentamente mientras me debato, gimoteando como una idiota. Se me caen las llaves del coche y golpeo su cuerpo con toda la fuerza que puedo, pero no sirve de nada luchar contra él. Me haré daño en las manos y entonces ¿cómo voy a operar?

—¡Venga, métela dentro antes de que venga alguien! —Otra voz se une a la refriega después de que la puerta de una furgoneta se abra de un tirón. El sonido del metal contra el metal es muy reconocible y, una vez que me han metido dentro de un empujón, la oigo cerrarse. El vehículo ruge, lanzándome contra la pared mientras intento incorporarme. Voy a quitarme la bolsa de la cabeza, pero alguien me agarra las manos y me empuja de nuevo al suelo.

—Quieta ahí —dice el primer hombre y le obedezco. Estoy aterrorizada, lloriqueando y gimoteando mientras se me forman lágrimas y mi cuerpo se sacude con un sollozo convulsivo tras otro.

Hace solo un momento pensaba en chocolate y en un baño caliente. Ahora solo quiero sobrevivir.

—¿Adónde me lleváis? —apenas logro decir esas palabras. Si quisieran agredirme ya lo habrían hecho y me habrían tirado de la furgoneta. Esto significa que valgo algo y lo único por lo que valgo algo para alguien es por mi habilidad como cirujana. No tengo dinero, ni a nadie a quien pedir un rescate. Estoy sin blanca, pagando los préstamos de la universidad, y mi hermano adulto paralítico depende de mí en una de las ciudades más caras del planeta.

—Cállate, zorra.

—Date prisa, Norm, Renzo se está muriendo… —La voz del segundo hombre me provoca un escalofrío. No sé quién es «Renzo» ni por qué se está muriendo, pero sé por qué estoy aquí.

La furgoneta toma las curvas y los giros demasiado rápido, zarandeándome en la parte de atrás como a una muñeca de trapo. Estoy magullada y dolorida para cuando se detiene y abren la puerta de un tirón. Intento sentarme, pero me duelen los huesos y vuelvo a temblar.

—¡Levántate!

—Quitadme la bolsa de la cabeza. —No haré nada por estos animales a menos que sepa dónde me estoy metiendo.

—Levanta el puto culo o te pego un tiro. —El hombre parece hablar en serio, pero si su colega se está muriendo de verdad, me necesita. Apuesto mi vida a ello.

—Dispárame y «Renzo» muere. Ahora quítame la puta bolsa de la cabeza. —Estoy tentada de quitármela yo misma, pero la última vez que lo intenté, el hombre que tenía al lado me estampó la cara contra el suelo del vehículo.

—Quítasela de una puta vez. Se nos va. —En este punto no sé quién es quién, pero uno de ellos me arranca el saco de la cabeza, que es claramente de arpillera. Me araña la cara y se me engancha en el pelo, y parpadeo un par de veces mientras mis ojos se acostumbran. No tengo ni idea de dónde estamos, aparcados dentro de un edificio que parece abandonado. Veo láminas de plástico suspendidas de cables metálicos que cuelgan del techo. La mayor

parte del lugar está a oscuras, pero detrás de las láminas hay luz. Veo a gente con uniformes médicos moviéndose, inclinada sobre una camilla en el centro.

—¿Qué es este sitio?

—Basta ya... Ahora entra ahí y arréglalo. —Un hombre vestido completamente de negro está de pie apuntándome con una pistola. Señala con el cañón la zona médica improvisada y se hace a un lado. Cerca de la furgoneta hay otros dos matones, ambos con sus propias armas. Salgo de la furgoneta mugrienta y niego con la cabeza. No hay ningún sitio para lavarse, ni lavabos donde lavarme las manos. Ni puta calefacción para mantenerme los dedos lo bastante calientes como para operar.

—No puedo hacer esto. Necesito un quirófano. No soy médica de combate, soy una cirujana titulada. —Mis protestas los enfurecen.

—Sí, bueno, pues como no vayas a salvarle la vida, vas a acabar convertida en un charco de sangre y tripas en el suelo.

Trago saliva y sigo sus empujoncitos —o más bien, fuertes empellones— hasta que me encuentro de pie, fuera de las láminas de plástico, contemplando una cara que sé que es una de las que infunden terror en los corazones de los hombres de esta ciudad. Lorenzo Gatti, hijo de Antonio Gatti, el Don italiano. Su cara sale constantemente en las noticias, y basta para que me den ganas de mearme encima.

—¿Qué? No...

—Ahora, zorra. —El hombre que tengo detrás vuelve a empujarme y no me queda más remedio. Respiro hondo, me abro la cremallera del abrigo y me lo quito. No puedo operar con esa cosa puesta. Él sujeta el plástico y entro en la sala improvisada, que está extrañamente cálida.

—Eh... No puedo lavarme…

—Bienvenida, doctora. ¿Manos arriba? —Una mujer de unos treinta y tantos años, con cara de asustada, me ofrece unos guantes. Ni siquiera me he lavado las manos. Echo un vistazo al poco personal médico que hay aquí y me pregunto si también estarán todos en contra de su voluntad. No reconozco a ninguno—. Ponga las manos arriba o nos matarán a todos —susurra, y mi

cerebro se pone en piloto automático. Levanto las manos y ella me enfunda dos guantes en cada una, sujetándolos con cinta adhesiva como lo haría yo en una cirugía.

—¿A qué nos enfrentamos? —Mi cuerpo también reacciona ahora, moviéndose hacia el paciente. Tengo que pensar en él como un paciente, no como el cerebro criminal más notorio de la ciudad. Le bajo la vista al pecho, ya preparado y listo para la cirugía. Hay una herida de bala evidente.

—El paciente ha sufrido una herida de bala en el pecho. Presentaba un neumotórax traumático; se le ha colocado un drenaje intercostal. La tensión arterial es de siete-cuatro, la frecuencia cardíaca de ciento setenta y cinco y subiendo. Fragmentos de bala en el pulmón izquierdo y la cavidad torácica. Si no lo abrimos ahora, se desangrará. Tenemos dos unidades de O negativo preparadas, a la espera de sus órdenes. —La enfermera ocupa su lugar junto a la cama y, basándome en esos datos, sé que voy a abrir a este tipo ahora mismo, con las manos sucias y todo.

—Bisturí —digo, extendiendo la mano y, sin pensar, le hago una incisión al hombre en lo que solo puede describirse como medicina de campaña. Necesito dos separadores torácicos y una enfermera que aspire constantemente la cavidad para encontrar los fragmentos de bala, pero le suturo el pulmón y luego el pecho y le salvo la vida. Me tiemblan las manos mientras coloco el último punto y un suspiro colectivo se escapa de todos en la sala.

Miro a los ojos a la anestesista, que tiene lágrimas corriéndole por la cara. Es joven, quizá de veintipocos años, y probablemente tenga los pantalones mojados, a juzgar por su expresión. Ninguno de nosotros quiere estar aquí hoy; lo veo en sus ojos. A todos los han capturado como a mí, y ahora que estamos aquí y hemos visto caras que no podemos olvidar, no sé si viviremos para volver a casa. Me estremezco al pensar en lo que harán con nosotros, y decido que no dejaré morir a estos hombres y mujeres inocentes.

—De acuerdo, fuera. Solo se queda la doctora —ordena uno de los hombres. Me vuelvo hacia él.

—¿Qué va a hacer con ellos? —Estoy temblando mientras me quito los guantes. Debería llevar también mascarilla y un gorro para

el pelo, pero esto es tan clandestino que no tienen ni idea de cómo preparar una unidad médica.

—Usted no se preocupe por eso. Se va a quedar para asegurarse de que sale de la anestesia. —El tipo les apunta con su pistola y siento que se me oprime el pecho—. Y se quedará para asegurarse de que se recupera del todo.

—Me llamo doctora Sofia Carter. Trabajo en el hospital Bellevue. Mis compañeros sabrán que he desaparecido. Si se le hace daño a esta gente de alguna manera...

—¿Hará qué? —Su pistola me empuja la mandíbula hacia arriba.

—Se presentarán mañana a trabajar, o me aseguraré de que toda esta operación quede al descubierto. —No tengo miedo; ya he visto a capullos como este antes.

—¿Ah, sí?

—Y no lo trataré. Dejaré que se muera. —Aprieto la mandíbula y él niega con la cabeza, luego se lame el labio inferior y se lo muerde.

—Una palabra… Si le dicen una puta palabra a alguien, morís todos. ¿Entendido?

Lo miro fijamente con odio en la mirada y deja que todos salgan de la zona. No estoy segura de si cumplirá su palabra de no hacerles daño, pero se amontonan en la furgoneta y esta se marcha. Sigo mirándolo hasta que baja la pistola y se la mete en los pantalones. Entonces me vuelvo hacia el paciente y contemplo su pecho ensangrentado. Necesitará antibióticos y mucho seguimiento. Esto no ha terminado. Podría tardar semanas en recuperarse, y yo no dispongo de tanto tiempo.

—Tengo que volver a casa con mi hermano… —Calvin me necesita tanto como este capullo.

—A su debido tiempo. Usted solo asegúrese de que viva…

Me quedo junto a su cama mientras el efecto de la anestesia desaparece y se despierta. Pasan horas antes de que se den cuenta de que Lorenzo está muy drogado y tendrá que recuperarse durmiendo. Le pongo una inyección de morfina para el dolor y me dejan claro que si no vuelvo por mi voluntad mañana cuando vengan a por mí, tanto Calvin como yo moriremos.

Tengo que seguirles el juego. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Juré cuidar de mi hermano el resto de su vida, y no voy a permitir que estos monstruos la terminen antes de tiempo.

2

LORENZO

Hablo en sueños, tengo tanto dolor que siento que preferiría estar muerto a lidiar con esto. Lo último que recuerdo es el dolor agudo que sentí en el pecho cuando me alcanzó la bala y unas cuantas imágenes borrosas de una mujer preciosa mientras me administraba medicación en el gotero. Su voz, como la de un ángel, aún impregna el aire y me saca de mi letargo. Parpadeo y abro los ojos al son del zumbido de las máquinas, que pitan y me recuerdan que sigo vivo.

—Necesitará esto varias veces al día. Yo tengo un trabajo. ¿Cómo se supone que voy a hacerlo? ¿Tienen una enfermera para él? Si no, tendré que enseñarle a usted. —Su voz… es celestial, pero es real, no un sueño.

Me giro y la miro a la cara, con el ceño fruncido. A pesar de que me cuesta mantener los ojos abiertos, me doy cuenta de que va vestida con un uniforme médico y lleva un estetoscopio al cuello. Eso me confirma que es, sin duda, la médica que estuvo aquí anoche cuando salí de la anestesia, aunque la niebla mental mantiene a raya cualquier otro recuerdo. Además, es exquisita: pelo negro como el azabache y ojos verdes. Unos ojos que cautivan mi atención cuando me mira y su expresión pasa de la ira a una compasión profesional.

—Señor Gatti, ¿cómo se encuentra? —Sus dedos se dirigen al tubo conectado a mi gotero y se vuelve hacia las máquinas que zumban.

Toso y me aclaro la garganta, intentando coger aire para hablar. —Tengo mucho dolor, doctora.

Tenemos un médico que trabaja con nuestro equipo la mayor parte del tiempo, y no estoy seguro de por qué no es él quien está de pie sobre mí en este momento, pero no me decepciona esta agradable sorpresa. No todos los días le pegan a uno un tiro en el pecho y vive para contarlo. Confío en que mi familia hará lo correcto por mí cuando yo no pueda tomar esas decisiones.

—Puedo aumentarle la morfina por hoy, pero no podemos dejar la dosis alta durante mucho tiempo. Tiene que pasar al oxy o al Percocet y luego ir dejando los opiáceos, o se volverá adicto. —Pulsa unos botones en las máquinas y luego se mete la mano en el bolsillo y saca una especie de artilugio que me apoya en la frente y desliza por ella: un termómetro. Probablemente esté comprobando si tengo fiebre. Luego, se lo guarda de nuevo en el bolsillo y usa el estetoscopio que lleva colgado del cuello para auscultarme el pecho. Intento incorporarme, pero me toca el hombro con suavidad y me relajo.

Mis ojos se desvían hacia Norm, en una esquina de la habitación. Está de pie, con la pistola en la mano y una mirada amenazante. Es lo normal en él. Aunque mis otros hombres están a su lado charlando, así que probablemente le irrite que no se estén tomando el trabajo en serio. Me doy cuenta de que a la doctora le tiemblan ligeramente las manos; está aterrorizada, y con razón. A un hombre como yo le dan muy mala prensa, pero no soy todo lo que dicen que soy; francamente, soy peor.

—Podéis iros… —digo, lo bastante alto para que Norm y los demás me oigan. Oigo un gruñido de desaprobación, pero hacen lo que les digo. El plástico que me rodea se mueve y desaparecen. Espero hasta que oigo cómo se alejan sus pasos y entonces vuelvo a mirar a la doctora—. Le pido disculpas porque mis hombres sientan la necesidad de intimidarla cuando es evidente que usted es una profesional y sabe lo que hace, doctora… —¿Dejo el final en el aire, como una pregunta. Necesito ponerle un nombre a esta cara.

—Sofia Carter, cirujana de trauma en el Bellevue.

Reconozco ese nombre. Es la reputada cirujana que ha estado causando sensación los últimos nueve meses en el Bellevue. Se graduó del instituto con un título de dos años. Terminó la carrera de medicina en menos de cuatro. Pasó a la residencia con unas notas sobresalientes y ahora está considerada una de las mejores cirujanas del país, todo ello a la edad de veintinueve años. Y está cañón, todo sea dicho. Debía de estar en muy mal estado para que mis hombres sacaran a esta pobre mujer de la calle y me operara a mí en vez de llamar al de siempre. Sin duda, la secuestraron; está demasiado asustada para haber venido por voluntad propia.

Le cojo la muñeca y da un respingo, pero no aprieto con fuerza. —Gracias por venir a atenderme. Estoy seguro de que Norman y los demás no se lo han puesto fácil.

Ella aparta la mirada y parpadea rápidamente. —Cierto, no me dieron opción, pero por su bien me alegro de haber estado aquí. Se habría muerto en cuestión de minutos si no lo hubiera operado. —La expresión de su cara me dice que sabe quién soy. No es ningún secreto. Toda la ciudad lo sabe.

—Hicieron bien en elegirla para la operación. ¿Fue muy grave? —Hago una mueca y me retuerzo. El simple hecho de hablar me duele ahora mismo, pero gracias a la preciosa Sofia Carter me recuperaré y tendré una historia que contarle al próximo gilipollas que intente abatirme a tiros. Soy invencible.

—Tenía fragmentos de bala en el pulmón y en la cavidad torácica. —Aparta la mano lentamente y luego comprueba el vendaje de mi herida—. Sus constantes vitales se estaban desplomando y supe que en cualquier momento su corazón sufriría un paro. Hice lo que tenía que hacer como profesional de la medicina.

El temblor de sus manos ha cesado y el miedo de sus ojos ahora está velado por una neblina de ira. La estudio, porque eso es lo que hago: estudiar a la gente. Aprendo sus puntos fuertes y débiles y cómo explotarlos. Y por lo que parece, Sofia me tiene miedo —su debilidad— y es muy hábil como doctora. Dos cosas que puedo explotar.

—Gracias por salvarme la vida, señorita Carter.

—Para usted, doctora Carter, gracias. Y, literalmente, no hay ninguna razón para darme las gracias. —Frunce el ceño—. Su gente me secuestró en el aparcamiento y me metió en la parte trasera de una furgoneta con una bolsa en la cabeza. Podrían habérmelo pedido, sin más. De hecho, el hospital tiene una unidad de trauma y con un caso como este, me habrían llamado de todos modos.

Valiente… Me gusta. Sofia tiene un punto que las mujeres normales no tienen. El mordiente en su tono, la oscuridad en su mirada. Encajará bien por aquí. Necesito gente en mi vida que me mantenga alerta y avispado, gente que no tenga miedo a decir lo que piensa y a desafiarme a veces. Me ayuda a mantenerme objetivo y consciente.

Sofia se acerca a la mesa colocada a los pies de mi cama, donde han organizado diversos suministros médicos saqueados de farmacias locales. Hay vendas y gasas, algunos frascos de pastillas e incluso un sinfín de medicamentos líquidos, jeringuillas y guantes. Los chicos cogieron todo lo que pudieron encontrar. Ninguno tiene formación médica, así que simplemente se lo llevaron todo.

—¿De dónde habéis sacado esto? —pregunta Sofia mientras levanta un frasco transparente con un líquido dentro y niega con la cabeza—. Esto es una sustancia controlada. —Su tono de voz se carga de frustración y me lanza una mirada fulminante.

—Creo que sabe tan bien como yo que he estado un poco fuera de combate. Tendrá que preguntarle a Norm de dónde sacaron eso.

—¿Es por esto que he visto a todos esos policías fuera de la farmacia? —Sofia deja el frasco y mueve la cabeza en círculos sobre el cuello antes de cerrar los ojos con fuerza. Intenta mantener la calma, probablemente solo porque espera que yo también la mantenga. Seguramente tendrá algo que ver con mi tensión arterial o mi nivel de estrés y cómo afectaría a mi recuperación. No me conoce. No necesito que mi entorno esté en calma para mantener el control de mis emociones y reacciones corporales. Me han encañonado muchas veces.

—Señorita Carter… —Tomo aire y me corrijo—. Disculpe, doctora Carter. Mis hombres solo hicieron lo que tenían que hacer para mantenerme con vida.

Toso y una punzada de dolor me atraviesa el pecho y las entrañas. Es grave. Estoy débil. Si uno de mis enemigos entrara aquí, no tendría ninguna posibilidad de defenderme. Ni siquiera sé cuánto tiempo pasará hasta que pueda incorporarme por mí mismo. Supongo que, si estuviera en el hospital, estaría allí bajo la atenta vigilancia de enfermeras y médicos día y noche durante una semana o más. Pero, si fuera a un hospital, la única forma de salir de allí sería en la parte de atrás de un coche patrulla. Llevan años intentando echarme el guante, pero no consiguen que ninguna acusación prospere.

—Señor Gatti…

—Por favor, llámeme Lorenzo. —Las palabras me salen en un resuello, con la voz baja y grave. No quiero provocar otro ataque de tos.

—Lorenzo, necesita una atención médica que no puedo proporcionarle aquí. Corre un alto riesgo de infección o de sufrir coágulos. Necesita un equipo dedicado a vigilarle día y noche. Se encuentra en estado crítico y…

—La tengo a usted. Con eso basta.

Deja de hablar y se me queda mirando, conmocionada. Alguien en el almacén abre o cierra una puerta en alguna parte, provocando un cambio en la presión del aire que hace temblar las láminas de plástico que nos rodean. Ella las recorre con la mirada y luego vuelve a mirarme a mí.

—¿Qué quiere decir con que me tiene a mí? —Se cruza de brazos y cambia el peso de un pie a otro.

—Quiero decir que usted es mi atención médica. Y le pagaré una buena suma para que venga a verme. Puede enseñarles a mis hombres lo que hay que hacer o comprobar cuando usted no esté. Digamos que viene tres veces al día y…

—No. —Su interrupción es tajante y viene acompañada de una firme negativa con la cabeza—. No soy su médico personal. —Sofia se acerca a las máquinas a las que estoy conectado y pulsa botones, moviendo los tubos que van desde ellas hasta mis brazos y mi pecho —. Y no puedo formar parte de nada ilegal. Han desvalijado una

farmacia y se han llevado miles de dólares en medicamentos innecesarios.

Intento reírme, pero me provoca un ataque de tos. Mi cuerpo se convulsiona y me giro de lado mientras toso sangre. Sofia corre hacia mí con una toalla blanca y la sostiene bajo mi cara, con el ceño fruncido. Con una mano me acuna la cabeza y, con la otra, se pone el estetoscopio y me ausculta el pecho a través de la espalda. La tos es insoportable; siento que me ahogo. Pero nada es tan terrible como el dolor abrasador en el lugar del disparo.

—Intente respirar hondo —me indica, dejando la toalla junto a mi boca, que gotea, y enderezándose—. Inspire despacio por la nariz… Ahora expulse el aire despacio por la boca… Bien, otra vez…

Sofia continúa animándome con dulzura hasta que el ataque pasa y me quedo tumbado, débil y agotado. Volver a respirar me duele, algo que creo que sufriré durante los próximos días, pero de nuevo me recuerdo a mí mismo que estoy vivo, y eso es lo que importa.

—Tiene que mantener la calma. —Su tono vuelve a ser suave, casi afectuoso. Es más que una cirujana experta y con talento. Es una sanadora, una mujer cuya mera presencia emana compasión y empatía—. Si se altera, puede soltar los puntos y provocar una hemorragia interna.

—¿Puede parar la tos? —pregunto, luchando contra el impulso de tener otro ataque.

—No con estos medicamentos.

—¿Puede conseguirlos? —Mi vida todavía pende de un hilo; eso está claro.

Sofia retrocede un paso y vuelve a colgarse el estetoscopio del cuello. Sus labios fruncidos y su mirada seria revelan su aversión por la situación en la que la he puesto, pero apelo a su compasión. Puedo obligarla a quedarse y hacer cualquier trabajo que me plazca. Lo sé. Lo he hecho con muchos de mis subordinados en el pasado. Pero quiero que venga por voluntad propia; nadie quiere obligar a la gente a que lo cuide. Además, reconozco esa mirada en sus ojos. Quiere llevar esto hasta el final, y eso juega a mi favor. Quiero volver

a verla cuando me sienta lo bastante bien como para conversar con ella.

—Puedo ofrecerle protección…

Mi comentario la descoloca y frunce el ceño. —No necesito su ayuda ni su protección, señor Gatti. Lo último que quiero es que la gente piense que trabajo para usted.

—La ciudad es peligrosa. —Mi propia voz me suena extraña, probablemente por la irritación de la garganta después de tanta tos. Pero suena ominosa, como si estuviera profetizando su oscuro futuro, porque, lo sepa o no, ahora necesita mi protección.

—Soy muy consciente de los peligros de la ciudad. Gracias. —Se frota la nuca—. No puedo trabajar así. Tiene que estar en un lugar limpio. Necesita una enfermera veinticuatro horas al día. Tiene que comprar los suministros y los medicamentos que yo le recete, y no puede ni va a realizar ninguna acción ilegal mientras esté bajo mi cuidado. ¿Queda claro?

La tengo justo donde quiero. Está enganchada. No puede marcharse mientras me necesite. Es una de esas personas que necesitan arreglarlo todo. De las que ven a alguien roto y sienten la compulsión de curarlo o arreglarlo de alguna manera, y no puede dar la espalda hasta que yo esté entero. Solo que lo hará únicamente a su manera. Por ahora, puedo aceptarlo.

—Entendido, doctora. —Le guiño un ojo y sonrío, y sus hombros se relajan.

—Bien, entonces vendré dos veces al día. Contratará a una enfermera por la vía legal. Nada de secuestros, nada de meter a alguien en una furgoneta y obligarla. ¿Entendido? —Me está poniendo a prueba, desafiando mi paciencia, y no es algo que yo permita. Pero, por ahora, puede llevar la voz cantante. A su debido tiempo, sabrá quién soy.

—Le doy mi palabra de que no coaccionaré a nadie ni robaré nada. Mis acciones y las de mis hombres se mantendrán limpias y legales. —Intento levantar la mano, pero mi hombro protesta y siento un cosquilleo en el pecho. Así que solo parpadeo y asiento una vez.

—Les dejaré mis órdenes a sus hombres mientras me llevan al hospital. Deben obedecerse estrictamente.

Me pregunto si le pone esto. Mandonear a un hombre como yo... ¿Es una demostración de poder? —Por supuesto, doctora Carter. Lo que usted diga... Ahora estoy aprendiendo todo lo que necesito saber. Cómo pensar en ella, cómo comunicarme con ella e incluso cómo conseguir que haga lo que yo quiera, y, joder, vaya si quiero que haga cosas. Puede que esté herido de gravedad, pero mi polla no opina lo mismo. Y, en cuanto me sienta lo bastante bien, se va a enterar. —¿Algo más?

Enarca las cejas. Está sorprendida por mi consentimiento y mi docilidad. —Creo que eso es todo.

—¿Y aun así va a rechazar mi protección? —Entrar en mi redil por voluntad propia es lo mejor para ella, pero todavía no lo sabe. Espero, a sabiendas de que, si se niega, supondrá un poco más de trabajo por mi parte..., bueno, por parte de mis hombres, en cualquier caso.

—Gracias, Lorenzo, pero no. Puedo protegerme sola. Volveré más tarde. —Se dirige a la esquina de la improvisada habitación, se cuela entre las láminas de plástico y oigo sus pasos mientras se aleja.

Supongo que tendré que hacerle entender lo mucho que necesita de verdad mi protección.

3

SOFIA

Estoy agotada. He estado doblando turnos en el trabajo toda la semana, además de hacer tres visitas diarias a la ostentosa casa de Lorenzo. Ese hombre no conoce el significado de la palabra «modestia», y se nota. Voy sentada en el metro, con demasiado frío como para que mi coche arranque siquiera, y escucho el parloteo de unas cotillas que chismorrean sobre un conocido mutuo. No podría importarme menos. Me duelen los pies, la espalda me pesa como si hubiera cargado un millón de kilos y esta noche todavía tengo que cuidar de Calvin.

Cuando Lorenzo me pagó —en efectivo, como era de esperar—, me quedé de piedra. Me siento un poco inquieta con cinco mil dólares en billetes pequeños metidos en un sobre cualquiera dentro del bolso. Gano un sueldo bastante decente, pero la devolución del préstamo de la matrícula y el coste de la vida en la ciudad hacen que me sienta pobre. Este dinero me va a ser de gran ayuda. Calvin necesita más de lo que puedo darle y este verano hay un ensayo para un procedimiento experimental en el que quiero meterlo.

Aun así, ninguna esperanza en el futuro borra el miedo a que alguien descubra lo que llevo en el bolso y me lo birle, junto con mi información bancaria, mi DNI y otros efectos personales. No estoy segura de qué esperaba de él. Una transferencia bancaria solo habría llevado a las autoridades directamente a mi puerta si a Lorenzo lo trincan por algo.

Siento un gran alivio cuando el tren para en mi estación y me escabullo, aferrando el bolso a mi costado. Me abro paso entre la multitud y subo las escaleras, mirando por encima del hombro durante todo el trayecto de cinco manzanas hasta mi piso. Está en un rascacielos al oeste de Macy's, y probablemente podría ir andando al trabajo, pero por alguna razón el metro me parece más seguro. Hay más testigos en un tren que en una calle secundaria y, como el sol suele ponerse sobre las cinco y media de la tarde la mayoría de los días, no corro muchos riesgos.

Para cuando llego al piso, tiemblo tanto que no me siento los dedos. El portero del edificio tampoco ha arreglado la calefacción del vestíbulo, así que no siento ningún alivio hasta que estoy a salvo dentro de mi piso, donde Tina, la enfermera a domicilio, está lista para marcharse. Se levanta mientras cierro la puerta a mi espalda y sonríe con dulzura.

—Está listo para el baño —dice. Su típica forma de no saludar no me molesta. No somos amigas, solo clienta y proveedora de servicios, y no pasa nada. Necesito la ayuda y la aseguradora me envía a quienquiera que tengan en nómina para ayudarme. Sin embargo, Tina lleva ya unas semanas viniendo y parece que a Calvin le cae bien.

—¿Cómo está de ánimos hoy? —cuelgo el bolso en el perchero y empiezo a quitarme capas de ropa. Mi hermano ha estado de capa caída últimamente, sintiendo que es una carga. Puede hablar y oír perfectamente, pero el accidente lo dejó paralítico del cuello para abajo. Entiendo que se sienta como una carga, y también muy solo. Los tetrapléjicos a menudo no tienen amigos, y yo soy su única familia en la ciudad.

—Con altibajos, se disculpa mucho. ¿Está segura de que no puede llamar a alguna prima o tía para que la ayude? Creo que vería que la gente se preocupa por él y quiere estar a su lado, que no es una carga. —Coge su suéter y se lo pone, luego camina hacia mí para alcanzar su abrigo.

Niego con la cabeza y me aparto para que pueda vestirse. —No. La verdad es que no puedo permitirme alojar a nadie y esta ciudad es demasiado cara como para pedirles que vengan sin mantenerlos

mientras estén aquí. Pero gracias por la sugerencia. —Se me encoge el corazón. Sé que Calvin lleva tiempo sintiéndose así y lo único que quiero es ayudarlo a que se sienta mejor. Sé que el ensayo clínico le levantará el ánimo, pero hasta que no tenga una plaza garantizada para él, no puedo ni mencionárselo. No puedo darle falsas esperanzas para luego decepcionarlo.

—Es solo una sugerencia. —Tina se pone el abrigo y se lo abrocha—. La veo mañana.

Cuelgo mi abrigo y mis guantes mientras ella sale; luego cierro la puerta con llave. Me espera una noche difícil si sigue de bajón, pero tengo que ser fuerte por él. Soy todo lo que tiene, y cuanto más muestro lo sensible que me pongo al cuidarlo, más se culpa a sí mismo. No es justo para él que yo esté triste o estresada por otras cosas y lo demuestre. Estoy segura de que a él le encantaría estresarse por el trabajo o por extraños mafiosos que le exigen que trabaje para ellos. Calvin ni siquiera puede usar el baño sin ayuda. Sentir lástima de mí misma solo le demuestra que lo estoy pasando mal, y él se culpa por ello.

Así que me planto una sonrisa en la cara y me quito los zapatos junto a la puerta antes de entrar en su habitación y saludarlo. Está viendo una vieja reposición de alguna serie de los setenta y me mira cuando entro. Adopto mi típica actitud de doctora, apartando mis emociones para atender a un paciente, aunque mi corazón sigue apesadumbrado.

—Hola…, ¿qué tal el día? —Me acerco a su cama y le arreglo la manta. Tina ya lo ha acostado, pero se suponía que yo debía ayudarlo a bañarse esta noche.

—Mmm… —gruñe, y vuelve a mirar la tele—. Otro día más.

La bandeja que tiene sobre el regazo está vacía. A veces su plato de la cena sigue ahí cuando llego, pero con estos turnos tan largos últimamente, termina horas antes de que yo salga del trabajo. Espero no tener que visitar a Lorenzo por mucho más tiempo. Me ha alargado el día considerablemente.

—Tina ha dicho que estabas de bajón otra vez. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —Cojo su bandeja y la aparto, luego me siento en el borde del colchón y él hace una mueca.

—No necesito ayuda. Déjame dormir. —Calvin siempre fue mi protector, a pesar de que yo le saco dos años. En el instituto, sabía qué chicos eran problemáticos y los espantaba antes de que pudieran pedirme salir. A menudo me seguía en secreto en mis citas, asegurándose de que los chicos con los que salía mantuvieran las manos quietas, y aparecía cada vez que lo necesitaba. Verlo recibir el diagnóstico de parálisis fue devastador para mí, pero nunca pude llorar esa pérdida. Desde el día de su accidente, lo he cuidado. Y ambos lloramos juntos la pérdida de nuestros padres.

—Está bien —digo a regañadientes, poniéndome de pie—. ¿Quieres que te bañe?

—No... —Es seco y cortante. Estoy segura de que está haciendo eso que hace cuando cree que estoy enfadada con él, así que le doy su espacio. No tiene sentido mimarlo ni intentar sacarlo de su estado de ánimo. Solo tengo que darle tiempo y seguir mostrándole amor y compasión, y verá que no me rindo. De todas formas, su terapeuta vendrá mañana o pasado, así que quizá eso ayude.

Vuelvo al salón, donde saco el móvil del bolso y me sirvo una copa de chardonnay antes de hundirme en el sofá. Esperaré un rato antes de darme un baño caliente para asegurarme de que Calvin no me llama. En cuanto esté durmiendo, estaré oficialmente fuera de servicio y podré descansar un poco. Hasta entonces, cotilleo mis redes sociales y leo algunas noticias. Pero mi mente se va con Lorenzo.

Por un lado, es halagador ser la que ha elegido para cuidarlo. Es un hombre muy poderoso y rico, y no hay mucha gente en esta ciudad que no conozca su nombre. Podía elegir entre cientos de cirujanos muy capaces y, sin embargo, sus hombres —probablemente bien informados— me eligieron a mí. Me siento bastante satisfecha por ello.

Por otro lado, estoy deseando terminar con esto. Veo demasiadas series de crímenes como para mantener la calma ante la situación. No trabajo bien bajo presión y la idea de verme envuelta en alguna familia del crimen organizado y obligada a cumplir sus órdenes me aterroriza. Puede que solo sea ficción, pero esas series pintan un futuro muy sombrío para cualquiera que tenga la suerte de llamar la

atención del don o de sus hombres. Y el hijo del don es exactamente el hombre que debo evitar, al menos según la televisión.

Estoy ocupada pasando de una publicación a otra en Facebook cuando oigo algo en la puerta. Por un momento pienso que es el vecino que vuelve a casa, pero entonces oigo hablar y un golpe en el pomo de mi puerta. El corazón me da un vuelco en la garganta y me levanto de un salto del sofá con el móvil en la mano, corriendo por el pasillo hasta la habitación de Calvin, donde está durmiendo. Trasteo con el móvil mientras llamo al 112.

Los golpes en la puerta se hacen más fuertes, al igual que los murmullos, que rápidamente se convierten en gritos. Me tiembla la mano mientras me llevo el teléfono a la oreja y espero a que el operador conteste.

—112, ¿cuál es su emergencia? —Es la voz de un hombre al otro lado de la línea y siento un poco menos de terror ahora que alguien más sabe que hay una emergencia, aunque solo sea porque la llamada se ha conectado.

—Eh... Soy la doctora Sofia Carter, del quinientos dieciséis de West Thirty-Sixth Street, apartamento trescientos veintiuno. Alguien está intentando entrar en mi piso. —Se oye un fuerte estruendo, pego un brinco, corro hacia la puerta y la cierro, echando el pestillo de la habitación de Calvin. Él sigue durmiendo a pesar de todo; la televisión hace el ruido justo para enmascarar el jaleo—. Por favor, dense prisa —gimoteo, y el hombre al otro lado le dice un par de cosas a otra persona.

—Señora, ¿dónde se encuentra dentro de la vivienda? ¿Hay alguien con usted?

—Estoy en una habitación cerrada con llave. Mi hermano está conmigo, pero es paralítico. No puedo dejarlo. —Esto no puede estar pasando. Se supone que el edificio Hudson 36 tiene una seguridad excelente y pago un extra para garantizar que estemos seguros aquí. Nueva York es una ciudad violenta; siempre lo he sabido. Mi tía me sermonea cada vez que hablamos sobre que debería buscar un trabajo fuera de la ciudad y llevar a Calvin más cerca de mi familia, pero este es mi hogar y el Bellevue es mi trabajo. No puedo desplazarme a diario; el gasto y el tiempo no merecerían la pena.

—Señora, vamos a enviar un coche patrulla ahora mismo. ¿Conoce a alguno de sus vecinos? Podemos llamarlos por usted.

—¿Vecinos? Eh... no. —No tengo tiempo para relaciones ni para las ridículas conversaciones triviales que conlleva conocer a los vecinos. Nos cruzamos como fantasmas en la noche y nada más. Hay una anciana en mi planta; ella nunca ayudaría. Y he visto a un hombre, probablemente un fontanero por su uniforme de trabajo. Pero creo que vive tres pisos más arriba. Nadie aquí puede ayudarme. Ni siquiera mi hermano.

—No se mueva. Hemos enviado unidades y una de ellas está a solo unas manzanas. —Justo cuando el hombre dice eso, oigo las sirenas a lo lejos. También oigo pasos dentro de mi piso moviéndose hacia la habitación.

—Oh, Dios, están dentro de casa.

—Quédese donde está, señora. La ayuda está en camino.

El pomo de la puerta gira y las sirenas suenan más fuerte. Doy la vuelta a la cama de Calvin y me agacho en el suelo, gimoteando como una maldita niña y temblando. Entonces los pasos retroceden por el pasillo con advertencias gritadas a toda prisa sobre la policía. Respiro aliviada mientras el piso se queda en silencio durante un minuto o más antes de oír a la policía anunciarse.

—Están aquí —murmullo al teléfono.

—Vaya a abrirles. Voy a colgar ahora, señora. Que tenga una buena noche.

Aún temblando, me levanto, termino la llamada y, agarrando mi teléfono con fuerza, salgo de la habitación de Calvin para ver a un agente de policía con su pistola levantada apuntándome directamente, viniendo por el pasillo.

—Policía de Nueva York, señora, hemos recibido un aviso de allanamiento. —Lo dice, pero ni siquiera se detiene a acusar recibo de mi respuesta, lo cual está bien. No respondo de todos modos. Me pego a la pared, casi tirando una foto enmarcada de mis padres, y le dejo pasar. Otro hombre con una pistola en la mano está de pie en la entrada del salón con los hombros en tensión mientras el primero entra en la habitación de Calvin.

—Creo que se han ido. —Me abrazo el pecho con los brazos y oigo un poco de alboroto en la habitación de Calvin, luego el hombre sale y se dirige a mi dormitorio, y después al baño. El segundo policía extiende la mano hacia mí, haciéndome un gesto para que vaya con él al salón. Veo la puerta abierta, el pomo roto y tirado en el suelo. Esos tíos le han hecho un buen destrozo al marco y a la puerta. El portero tendrá que arreglarlo, quizá incluso antes de que me duerma esta noche.

—Despejado —oigo desde el pasillo mientras entro en el salón.

Estoy conmocionada. Nunca había pasado nada así aquí. Es la segunda cosa en menos de diez días que me golpea de esta manera y estoy empezando a temer por mi seguridad. Me quedo en el centro del salón, entre la televisión montada en la pared y la mesa de centro donde todavía está mi copa de vino.

—Uh... Dios, me siento como una idiota. —Me froto la frente y casi rompo a llorar.

—Hizo lo correcto al llamar, señora. —El poli uno, un tipo alto con una barba fina, me sonríe de forma extraña y luego se acerca a la puerta y se queda justo fuera de mi piso. Oigo el clic de su radio y dice algo, pero no logro oír qué es.

—Gracias por venir. —No sé qué más decir, ni qué se supone que debo hacer. Nunca antes había tenido que llamar al 112 y no me gusta nada tener a un policía en mi casa, aunque prefiero que sea él a los tíos que me han reventado la puerta.

—¿Vio a las personas que entraron? —Se mete la mano en el bolsillo del pecho de su abrigo y saca una libreta y un bolígrafo, y lo mantiene listo para garabatear cualquier cosa que yo diga.

—No..., pero he oído hablar al menos a una voz masculina. Eran más de uno. —Siento frío y me siento vulnerable, como si mi mundo entero ya no fuera un lugar seguro. El poli me acribilla a preguntas durante veinte minutos hasta que llega el portero e instala unas cerraduras provisionales para pasar la noche con la promesa de volver por la mañana para arreglar la puerta. Estoy en tal estado de shock que, cuando me acuesto, no puedo ni dormir.

Me quedo ahí tumbada, con la vista clavada en el techo y un cuchillo de carnicero en la almohada, escuchando los ruidos del

edificio y pensando en Lorenzo Gatti. Dijo que podía protegerme, pero, de algún modo, ni siquiera eso me inspira seguridad. Sigo pensando que prefiero jugármela con los matones callejeros, incluso después de que los policías me hayan advertido de que ha habido varios robos en casas esta semana.

4

LORENZO

Me sirvo una copa de brandy, cortesía de mi padre. Se ha convertido en una presencia casi constante en mi casa desde que me dispararon. Sus visitas diarias suelen ser una sorpresa. Nunca sé cuándo va a aparecer, pero es bienvenido. No tengo nada que ocultarle, ni siquiera a la despampanante doctora Carter, que llegará en cualquier momento. Ha estado viniendo tres veces al día durante las últimas dos semanas, negándose diligentemente a que la proteja.

—No lo entiendo, jefe. —Norm está de pie con las manos entrelazadas delante de la cintura, en su postura habitual, observándome moverme por mi despacho. Ahora le debo la vida, y él es lo bastante humilde como para decirme que solo cumplía con su trabajo, pero sin su rapidez mental, estaría muerto—. Le reventamos la puerta de casa. Llevamos dos semanas siguiéndola. ¿Y todavía no se rinde?

—Se rendirá… —Mis planes calculados no fallarán; nunca lo hacen. Sofia Carter es prácticamente mía. Hasta ahora he mantenido a mis hombres al margen, observando y rondando. Sería demasiado obvio para ella si se encontrara con circunstancias devastadoras con demasiada frecuencia justo después de mi oferta de protección. Estos sucesos tienen que parecer aleatorios y sin relación entre sí. Es la única forma de que tema de verdad por su vida y la de su hermano y recurra a mí—. Créame, Norm. Se rendirá.

Suena el timbre y le enarco una ceja. Está aquí para administrarme la medicación y auscultarme el corazón. Un último vistazo a la herida del pecho y sé que intentará librarse de mi compañía, pero no sabe hasta dónde estoy dispuesto a llegar para mantenerla bajo mi amparo. De hecho, hasta ahora no me he encontrado lo bastante bien como para mostrarme ante ella en plenitud. Si me lo permite, hoy lo haré.

Norm se aparta de mi lado un momento para abrir la puerta y yo coloco el tapón de cristal de nuevo en la botella y la dejo en la estantería. Le he ofrecido una copa a Sofia más veces de las que puedo contar, pero siempre la rechaza con la excusa del trabajo o del largo trayecto a casa. Hoy no perderé el tiempo. Tengo otras cosas en mente para el rato que pasemos juntos.

Oigo el chasquido de unos tacones sobre el mármol del pasillo y una suave voz de soprano que parlotea palabras indistinguibles. Parece que Norm ya ha irritado a la buena doctora, lo que me sorprende, porque hasta ahora había sido de lo más agradable y él se ha portado de maravilla. Pero quizás sea porque hoy estoy vestido y de pie en mi despacho, en lugar de recostado en la cama o en el sofá como de costumbre. Bebo un sorbo de brandy y espero su aparición en el umbral con expresión plácida.

Norm aparece primero, asintiéndome, y luego Sofia, con el estetoscopio al cuello y el abrigo desabrochado. Tiene las mejillas sonrosadas por el frío y una gruesa cinta de lana ceñida a la cabeza. Su pijama quirúrgico y su bata de laboratorio habituales han sido sustituidos por un traje de chaqueta y una gabardina larga. Está elegante y le hago un gesto con la mano a Norm para que se retire.

—Doctora, qué alegría verla. —Levanto la copa hacia ella y frunce el ceño antes de quitarse la cinta de la cabeza de un tirón. Tiene el pelo un poco alborotado, pero se lo alisa mientras se quita el abrigo y se guarda la cinta en el bolsillo. Los deja sobre uno de los sillones de cuero color crema que hay cerca de la puerta y se adentra en la habitación, acercándose a mí.

—Ya está levantado. Eso es bueno —dice, asintiendo—. Entonces, es probable que esta sea mi última visita.

Estoy seguro de que se equivoca, pero tardará un poco en descubrirlo, así que le sigo la corriente. —Entonces es un milagro y estoy curado. Me ha salvado. —Abro los brazos, sonriéndole. El brazo derecho aún lo tengo débil, con dolor en ese lado del pecho por cómo me abrieron los músculos pectorales para sacar la bala. Pero ya estoy recuperando la fuerza, a base de flexiones y levantamiento de pesas.

—Echémosle un vistazo a los puntos. Podría quitárselos hoy mismo en lugar de esperar a que se disuelvan. —Sofia habla con las manos mientras se para frente a mí—. Aunque probablemente sea mejor que se caigan solos. Le quedará menos cicatriz.

Suelto una risita mientras me quito la corbata y empiezo a desabrocharme la camisa. Lo espero: la expresión de su rostro cuando mi cuerpo se revela ante ella. Es la misma cada vez, y por eso sé que debe estar conmigo. Sus ojos siempre recorren mi cuerpo, no como una doctora que necesita examinar a un paciente, sino como una mujer cuyo propio cuerpo siente el intercambio químico entre nosotros.

Se humedece el labio y espera, y yo me muevo lentamente, botón a botón. Cuando desabrocho el último y saco la camisa del pantalón, respira hondo y se acerca. Me examina con la mirada, pero no me toca. Esta vez no. No lleva guantes, no se ha lavado ni esterilizado las manos y, después de haber afirmado anteriormente que no necesita tales trivialidades al atenderme, sigue insistiendo en que es el protocolo.

—¿Qué le parece? —pregunto, cuadrando los hombros. No me avergüenza que durante las últimas dos semanas mi físico haya cambiado, porque mi cuerpo es un templo. He estado en forma toda mi vida. Solo tardaré unas pocas semanas en volver a estar en plena forma, pero incluso ahora mi cuerpo tiene mejor aspecto que el del hombre promedio de cuarenta años.

—Eh... —Entrecierra los ojos, como si tuviera que obligarse a no reaccionar, y se inclina más hacia la herida—. Hay un poco de rojez que no me gusta. Necesita seguir tomando los antibióticos. Puede que le recete más. —Extiende la mano como si quisiera tocarme,

pero se detiene y hace una mueca. Así que la cojo por la muñeca y le llevo la mano al pecho.

—¿Qué está haciendo?

—Ya se lo he dicho, no hay por qué cohibirse. Ya no tengo ninguna herida abierta. Siéntase libre de examinarme, doctora. —Tiene la palma de la mano sudorosa y sus ojos se alzan de golpe para encontrarse con mi mirada. Está tan asustada de mí como excitada. Sus mejillas están ligeramente sonrosadas, pero sus labios se calientan hasta adquirir un tono rubí intenso, la sangre afluyendo a la par que su excitación. Estoy seguro de que su coño gotea por mí, esos labios tan oscuros como los de su cara.

—Señor Gatti...

—Lorenzo, por favor... —Me acerco a ella, dejando que su palma se apoye en mi pecho. El latido de mi pecho contra su tacto es eléctrico—. Ha estado esperando este momento durante semanas, ¿verdad? —Me acerco aún más y ella se tensa.

—No estoy segura de a qué se refiere, yo...

—Quiero decir que le gusta mirarme. ¿No es así, doctora Carter? ¿Le gusta fantasear conmigo? Probablemente nunca ha visto un hombre con un cuerpo como el mío tan de cerca.

De los labios de Sofia brotan unos cuantos sonidos ininteligibles y da un paso atrás, pero yo la persigo. —¿He oído que ha tenido algunos percances...?

—¿Qué? —traga saliva, negando con la cabeza—. No sé a qué se refiere.

—Tengo un amigo que es policía. Me dijo que alguien entró en su casa, que denunció a otro hombre por seguirla en el aparcamiento... ¿Necesita ya mi protección?

—Espere... ¿Cómo ha podido?

—Tengo ojos y oídos por toda esta ciudad. Así que déjeme que le pregunte de nuevo... ¿Ya me necesita? —Mi pregunta, un doble sentido, provoca más protestas guturales incluso mientras acorralo a Sofia contra el borde del sofá. Está atrapada ahí, entre mi cuerpo y el inmóvil amasijo de cuero y madera sobre el que bien podría follármela—. ¿Mmm?

—No estoy segura de lo que me está pidiendo. —Vuelve a lamerse los labios y yo presiono mis caderas contra las suyas. Mi polla se está hinchando, no del todo dura pero lo suficientemente firme para enviarle el mensaje que quiero que reciba.

—¿Me necesita?

Con la punta de mi meñique trazo una línea en su frente, apartándole el flequillo. Su pelo oscuro amenaza con ocultar la belleza de esos ojos esmeralda y no puedo permitirlo. Necesito que vea cada expresión de mi rostro, porque las cosas están a punto de ponerse interesantes.

—Señor Gatti, yo...

—Lorenzo... —la corrijo y me inclino más cerca—. A juzgar por su respiración, rápida y superficial, el tinte rubí oscuro de sus labios y lo alterada que parece por mi cercanía, diría que sí me necesita.

—¿Puede apartarse, por favor? —pregunta, pero su otra mano revolotea hasta mi pecho, contradiciendo sus propias palabras.

—Voy a darle lo que pide, y va a disfrutarlo, y entonces va a aceptar mi protección, porque un ángel como usted necesita a un hombre con alma de demonio... Si no, ¿cómo va a permanecer pura? —Le suelto la muñeca y ella inspira hondo mientras mis manos se posan en sus caderas momentáneamente antes de que me aleje lo justo para desabrocharle los pantalones.

—¿Qué está haciendo? —pregunta de nuevo, pero no se revuelve. No hay gritos, no me aparta de un empujón. Su respiración es errática, las manos le tiemblan.

—Estoy haciendo lo que su cuerpo me está pidiendo que haga... —En el momento en que sus pantalones están abiertos, deslizo mis dedos dentro de sus bragas para encontrar sus pliegues sedosos goteando humedad—. ¿Lo ve...? —Unto mis dedos en sus jugos y luego saco la mano, llevándome los dedos a los labios. Uno por uno los chupo hasta dejarlos limpios y le sonrío con suficiencia.

—Lorenzo, esto es...

—Lo que quiere... dígalo... —Mis manos buscan de nuevo sus caderas, esta vez empujando suavemente sus pantalones hacia el sur, sobre sus caderas, junto con sus bragas.

—Yo... —jadea de nuevo cuando mis dedos encuentran su monte de Venus, el pulgar presionando su clítoris—. Pare —susurra, pero lo que quiere decir es «fóllame».

—Como desee... —Retiro la mano, pero solo para ponerme de rodillas y devorarla.

—¿Qué está haciendo? —pregunta Sofia otra vez, pero no hay fuerza en sus palabras. Su voz es débil, los ojos muy abiertos mientras mi cabeza desciende. Deslizo la lengua por sus pliegues, probando su néctar dulce y penetrante. Sus rodillas casi se doblan. La provoco, atrapando su clítoris entre mis labios y succionando con fuerza. Ella contiene el aliento y echa la cabeza hacia atrás.

—Oh, joder... —gime.

—Bien... —digo antes de enterrar mi lengua en lo más profundo de su interior, mientras dos dedos se deslizan en su coño empapado para follárselo. Ella grita y se amolda a mi cara, cabalgando mi lengua y mis dedos con abandono. Pero no es así como voy a reclamarla. No, quiero mirarla a los ojos mientras mi polla palpita dentro de ella, llenándola con mi semilla. Así que dejo que lo disfrute un momento, jadeando y apoyándose en mí mientras me desabrocho los pantalones con la mano libre.

Gimotea cuando me aparto, con la mano agarrada a mi pelo. Me levanto lentamente y me lamo los labios, mirándola fijamente a los ojos. —¿Me necesita? —pregunto de nuevo, colocando mi polla para empujar entre sus muslos hacia su valle empapado.

Sofia vuelve a gimotear, con las palmas de las manos presionando mi pecho mientras entro en ella. —Dígame que me necesita —exijo en voz baja. La cabeza de mi polla se desliza lentamente y me contengo, esperando—. Dígalo... Diga que me necesita, joder.

—Yo... —gimotea, pero ella también se contiene. Es el juego del gato y el ratón. La tengo al límite, a punto de experimentar algo que solo yo puedo hacer por ella, y se está reprimiendo.

—¡Dígalo! —grito, dejando caer mi mano con fuerza contra su muslo y el costado de su culo. El fuerte chasquido de la piel contra la piel la sobresalta y ella se estremece, sus dedos arañando mi pecho —. Diga que me necesita, joder.

—Yo... —sisea, y le doy otra palmada—. Te necesito —gime.

Mientras deja que las palabras salgan de su lengua, empujo hacia arriba y dentro de ella. Sofia grita, clavando las uñas en mi pecho mientras estrella sus caderas contra las mías para recibir toda mi longitud dentro de ella.

—¿Es esto lo que querías? —gruño, deslizando una mano por su muslo para acariciarle el clítoris—. ¿Que te follen hasta perder el sentido?

—Ohhh —gime, empujando sus caderas contra las mías.

Su tono sigue siendo tan vacilante, tan inseguro. Bajo la cabeza hasta su cuello y succiono con fuerza, queriendo dejarle una marca. Echa la cabeza hacia atrás y la inclina a un lado, dejando a la vista la garganta, y la tomo. La marco como mía. Para cualquiera que lo viera, quedaría claro lo que ella es para mí. El placer se acumula en lo más profundo de su ser, y puedo sentir cómo sus paredes se contraen sobre mi verga. Siento cómo aumenta la tensión en su cuerpo, y eso me da ganas de llevarla aún más al límite.

—Juegue con sus tetas —ordeno—. La embisto una y otra vez, con fuerza y rapidez. Mis dedos se clavan en sus caderas y hago todo lo posible por mantenerla quieta mientras la follo hasta dejarla sin sentido. Lleva los dedos a sus pechos y los masajea, pellizcándose los pezones a través de la blusa. Sus gemidos también son más fuertes ahora, más agudos. Está cerca.

—¿Quiere correrse? —gruño.

—Sí —sisea—. Por favor, sí.

—Córrasé en mi verga, Sofia —le digo al oído—. Córrasé para mí.

Grita cuando el orgasmo se apodera de ella. Sus paredes aprietan mi verga mientras se corre, y el placer es demasiado, incluso para mí. La embisto una última vez mientras me corro con fuerza dentro de ella, vaciándome en lo más profundo de su ser.

Salgo de ella en cuanto acabo, y se desploma hacia atrás en el sofá. No puedo resistir el impulso de posar una mano sobre su pecho y retorcerle el pezón. Hace que se le corte la respiración. —Es mía —le gruño. Baja la mirada y la aparta de mí, como si estuviera avergonzada del impulso animal que acabo de satisfacer. —¿Ahora quiere mi protección o no?

Me doy la vuelta y me guardo la polla en los pantalones, subiéndome la cremallera, pero dejando el cinturón colgando. Se agacha para ponerse de nuevo las bragas y los pantalones, y se los sube, abrochándoselos en silencio. Observo sus dedos torpes, sabiendo que le flaquearán las rodillas cuando se marche.

—Gracias, pero no. Ya me voy. —Da los primeros pasos hacia su abrigo y veo cómo le tiemblan las piernas. Le flaquean los tobillos sobre los tacones y luego casi se le cae el abrigo al intentar ponérselo.

—Me pondré en contacto, Sofia —le digo mientras se va, y ni siquiera me dedica una mirada al marcharse.

Sí, la tengo justo donde quiero.

5

SOFIA

El invierno todavía tiene a Nueva York bajo su maldito yugo mortal, pero hoy ha hecho un poco más de calor, solo unos pocos grados por encima de cero en lugar de bajo cero. Hoy he venido en coche, así que, al salir del hospital y atravesar el aparcamiento, rezo en voz baja para que mi viejo Camry arranque. Salgo pronto gracias a un error de planificación. He echado tantas horas estos últimos meses que, cuando mi supervisor ha dicho que nos habían programado a dos a la vez, me he ofrecido voluntaria para irme a casa y cederle el turno al otro cirujano. Estoy de guardia, pero el hospital nunca tiene tanto trabajo como para necesitar dos cirujanos de traumatología.

Tiemblo y mis tacones repiquetean en el cemento mientras me acerco al coche. Han pasado dos semanas desde que dejé atrás todo el disparate con Lorenzo Gatti, y todo el personal médico implicado se ha puesto en contacto conmigo más de una vez para darme las gracias por haber arriesgado mi vida y mi carrera por ellos. Me alegro de que todo haya acabado, aunque he tenido varios sueños sobre el sexo que tuvimos y no me importan en absoluto. El hombre tiene el cuerpo de un dios griego y no duda en usarlo. Tuve que ir a casa a ducharme después de esa experiencia y acabé llegando tarde al trabajo.

La idea de pensar en él me dibuja una sonrisa en los labios al principio, pero se amarga enseguida cuando pulso el mando a

distancia para arrancar el coche. El coche hace un chasquido como el de una carta entre los radios de una bicicleta y sé que se ha vuelto a quedar sin batería. Aprieto los dientes y frunzo el ceño. Ni en mi día libre puedo tener un respiro. Es como si el universo hubiera conspirado contra mí durante meses para asegurarse de que no alcance nuevas cotas o algo así. Le doy una patada al neumático y gruño por lo bajo, soltando una nube de vaho cristalizado en el aire.

A este paso, tendré que esperar a que aparezca alguien con unas pinzas de arranque o a que llegue una grúa. Debería haber aparcado de culo para que fuera más fácil si ocurría esto, pero no estaba pensando en ello esta mañana al llegar. La depresión de Calvin está remitiendo ahora que sabe que lo han aceptado en el ensayo clínico de este verano y estaba parlanchín. No quería dejarlo, así que iba con retraso, y ahora esto.

—Maldita sea… —saco el móvil y deslizo el dedo para desbloquearlo. Tengo que llamar a la asistencia en carretera, pero si aparece algún desconocido amable antes, siempre puedo cancelarlo.

Mi compañía de seguros tiene una aplicación muy práctica para estos asuntos, así que la abro, introduzco mi ubicación actual, escribo que necesito que me arranquen el coche y envío la solicitud. La aplicación me dice que tardará más de una hora en llegar alguien, y pienso en volver a entrar al hospital, pero si estoy esperando dentro nadie sabrá que necesito que me arranquen el coche. Así que meto el bolso de mensajero y el normal en el asiento del copiloto y me apoyo en el maletero para esperar. Se me están congelando los pies; estos zapatos prácticos no estaban pensados para estar a la intemperie en invierno durante mucho tiempo, pero claro, no esperaba que esto pasara hoy.

Varios coches pasan a toda velocidad sin percatarse de que les hago señas con la mano. Un hombre tiene la amabilidad de detenerse y bajar la ventanilla, pero no tiene pinzas y yo tampoco. Cuando se acerca otro coche veinte minutos después, tiemblo tanto que parezco una paciente con convulsiones. Reduce la velocidad, la ventanilla baja y el hombre del interior se acerca a la del copiloto. Lleva un gorro de lana calado hasta la frente y unas gafas gruesas

con montura de plástico negro. De inmediato, siento una sensación de desasosiego, pero a buen hambre no hay pan duro.

—Oiga, ¿necesita ayuda? —pregunta con voz ronca. Siento que el cuerpo se me tensa y se me eriza el vello de los brazos.

—Eh… me he quedado sin batería —le digo, señalando por encima de mi hombro con el pulgar enguantado. Agradezco llevar el uniforme y no una falda hoy, pero nada podría haberme preparado para el escalofrío de ansiedad que siento cuando él asiente y pone el coche en punto muerto.

—Claro. Tengo unas pinzas en la parte de atrás… —El hombre deja el coche en marcha y sale de un salto, rodeándolo hacia la parte trasera. Es una ranchera, de las de antes, con paneles de madera en los laterales y ventanillas por todas partes. Me enderezo y lo observo, abrazándome el estómago. El aparcamiento está ahora en silencio, no se oyen más ruidos. Solo han pasado unos pocos coches, y al ser el aparcamiento del personal, no hay precisamente un flujo constante de pacientes entrando y saliendo que sirvan de apoyo moral.

El hombre aparece por la parte trasera con unas pinzas de arranque tras cerrar el portón y señala mi coche con la cabeza. —¿Es este? —pregunta, y yo retrocedo un paso. Sé cómo se hace. Lo he visto hacer una docena de veces, pero ahora no estoy segura.

—Sí… —Metiendo la mano en el bolsillo, pulso el botón de desbloqueo, agradecida de que aún quede suficiente batería para accionar los cierres centralizados. El hombre se escurre entre mi coche y el que está aparcado al lado con las pinzas en la mano y abre la puerta del conductor. Miro nerviosamente a mi alrededor en el aparcamiento, sin oír aún ningún otro ruido, y me quedo cerca del motor en marcha.

Entonces me siento fatal por hacer suposiciones tan viles sobre un hombre amable que se ha parado a ayudarme. No tenía por qué hacerlo, y podría haber pasado de largo como los primeros. Se inclina hacia el interior del coche y abre el capó, luego va hacia delante y lo levanta. No puedo ver lo que está haciendo, así que me escurro entre los coches aparcados y rodeo el capó, solo para verlo

con una llave de grifa en la mano y las pinzas extendidas sobre el motor frío.

Me mira y su rostro queda oculto por la oscuridad del aparcamiento. —¿Dónde está su bolso? —pregunta de repente, y siento que el corazón me da un vuelco en la garganta. Doy un paso atrás y lo miro fijamente, incapaz de articular palabra.

Mi mente se acelera con las posibilidades, el miedo recorre mis venas. Nunca debería haber sido tan confiada; debería haber sabido que no debía quedarme en este aparcamiento vacío y dejar que un desconocido me ayudara. Él da un paso hacia mí y me quedo paralizada, sin poder moverme. Extiende la mano, pero me aparto de un respingo. El corazón me martillea en el pecho.

—Por favor, solo necesito arrancar el coche… —Retrocedo hasta chocar con el lateral del coche aparcado junto al mío, él camina hacia mí, luego levanta la llave inglesa y rompe la ventanilla del conductor. El estruendo me hace soltar un chillido y dar un respingo de miedo. Grito pidiendo ayuda y mi voz resuena en las paredes del aparcamiento. Estoy horrorizada y aterrorizada, con el corazón desbocado mientras me agarra y empieza a arrastrarme. Es fuerte y lucho contra él, pero es inútil.

Me empuja al suelo, vuelve a la ventanilla rota y se asoma. Hago una mueca de dolor y me sujeto el brazo. Un dolor agudo me recorre el cuerpo por el fuerte golpe contra el cemento. Entonces pienso en el móvil. Lo saco y marco el 1-1-2 antes de que él regrese y me lo quite de las manos de una patada. El móvil se desliza por el cemento hasta quedar debajo de unos coches y yo gimoteo, cubriéndome la cabeza.

—¡Zorra! —grita antes de reventar también la ventanilla trasera de mi coche. Los trozos de cristal caen sobre mí como si llovieran y me acurruco en posición fetal, con el corazón latiéndome a mil por hora en el pecho. Vuelve a subirse a su coche de un salto y se marcha quemando rueda. Me quedo tirada en el suelo, temblando y destrozada, preguntándome qué demonios acaba de pasar.

Tengo tanto miedo que no puedo moverme de inmediato. Oigo el sonido de unas sirenas a lo lejos, y es entonces cuando me doy cuenta de lo cerca que he estado de que me sacaran de este lugar

para siempre. Las lágrimas me corren por la cara mientras permanezco allí tirada, sollozando en silencio, atenazada por el miedo y la conmoción. Me tiembla todo el cuerpo mientras las sirenas se acercan más y más, hasta que finalmente se detienen cerca de mí. Me incorporo, sollozando sin control.

Ha llegado un único coche patrulla con dos policías. Ambos bajan del vehículo y se acercan a mí. —¿Señora, se encuentra bien? —pregunta uno, arrodillándose a mi lado—. Hemos recibido un aviso de una llamada al 1-1-2 desde esta ubicación.

—Central, aquí la unidad dos-diecisiete, tenemos un posible 10-21. —El otro hombre, cuya voz me resulta familiar, también está de pie junto a mí, con la mano en la radio. Lo reconozco. Es uno de los policías que vino a mi casa cuando aquellos matones intentaron entrar. Confundida, me enderezo y acepto la mano que me ofrece el primer agente para levantarme.

—Se me agotó la batería y llamé a la asistencia en carretera, pero este tipo se acercó y se ofreció a ayudarme. Me rompió las ventanillas y me robó el bolso. —Balbuceo la historia de lo que ha pasado, pero no puedo apartar la vista del más alto de los dos hombres. ¿Cómo es posible que estuviera en mi casa y ahora aquí también? Con la cantidad de policías que hay en Nueva York, esta es una coincidencia muy extraña.

Los hombres me guían mientras les doy mi declaración verbal, que graban, y luego esperan conmigo hasta que llega la grúa. Se lleva mi coche a un taller y, cuando desaparece, vuelvo a entrar en el hospital, helada hasta los huesos y con la seria advertencia de la policía de que se han denunciado muchos atracos en esta zona durante las últimas semanas. Me resulta irónico que la advertencia de este hombre fuera la misma de hace tres semanas, cuando entraron en mi casa.

Temblando, me quedo de pie cerca del mostrador de enfermería de la entrada de Urgencias y espero a que llegue mi Uber. El turno de Jen ya ha terminado y, al pasar por Urgencias de camino a la salida, me mira y hago una mueca.

—¿No te habías ido hace más de una hora? —Acercándose a mí, se quita los guantes, los dobla y ladea la cabeza.

—Es una larga historia… —suspiro y miro por encima de su hombro hacia la puerta, esperando que mi coche ya esté aquí. No lo está, y ahora me toca aguantar un sermón. Jen, mi amiga íntima y compañera, no sabe nada del incidente con Lorenzo Gatti y, por ahora, me gustaría que siguiera así.

—Tengo tiempo. —Apoya un codo en el mostrador de enfermería y me entrecierra los ojos, enarcando una ceja.

Resoplo y suspiro más fuerte, pero no pilla la indirecta. Es como si se creyera mi madre. —Me han atracado, ¿vale? El coche no arrancaba. He llamado a la asistencia en carretera, pero tardaban una hora. Le he hecho señas a un coche, el tío ha salido con las pinzas para ayudarme a arrancar y luego ha reventado el coche y me ha robado el bolso.

Para evitar su mirada severa, me acerco a la puerta para poder ver con más claridad el instante en que llegue mi Uber y me salve de esta presión. Soy una mujer adulta y no necesito que me trate como si necesitara una madre.

—Sofi, me estás asustando de verdad. De ahora en adelante, te acompaño al coche. ¿Entendido? —me persigue como un perrito faldero.

—Sí, mamá. —Un coche se detiene y mi móvil suena—. Ahí está mi transporte.

—No estoy de broma, Sof. Tienes que tener cuidado. —Jen me sigue hasta el Uber y me observa mientras me subo.

—Lo entiendo. Solo necesito ir a casa y descansar. ¿Vale? Tengo que hacer un montón de llamadas para cancelar tarjetas de crédito y demás. —Cierro la puerta, consciente de que estoy siendo borde, pero ahora mismo no puedo soportarlo emocionalmente.

Jen se queda allí mirando cómo se aleja el Uber y yo solo puedo pensar: «¿Debería haber aceptado la oferta de protección de Lorenzo?».

6

LORENZO

Mis tácticas están funcionando. Sofia me llamó ayer, dispuesta a llegar a un acuerdo. Estoy de pie en el salón, junto al gran ventanal, observando el extenso césped mientras espero a que llegue. He organizado que venga a mi casa a quitarme los puntos, más de un mes después de que me dispararan. La mayoría se han disuelto, pero esa no es la razón por la que ha venido y ella lo sabe.

En la llamada me dijo que venía a ver cómo estaba, pero cuando la presioné sobre sus motivos, admitió que podría necesitar mi ayuda en lo que a protección se refiere. Sabía que acabaría cediendo, sobre todo porque está muerta de miedo. La violencia parece rodearla, incluso cuando no se centra en ella. Por ejemplo, el atraco al banco que ocurrió segundos después de que ingresara el dinero en efectivo que le pagué. Norm me ha dicho que aquello la dejó hecha polvo y que se fue a casa y se encerró durante dos días.

Cuando un pequeño sedán rojo se detiene, sé que es ella. Nadie viene a mi casa sin avisar, excepto mi padre, y él tiene chóferes que lo llevan a donde quiere. Ninguno conduce un coche rojo. Debe de ser un VTC. Sé que el coche de Sofia está en el taller esperando a que le cambien el parabrisas y, como sospecho, la puerta trasera se abre y ella sale, con aspecto nervioso.

Su larga gabardina de color crema se le ciñe al cuerpo, ajustada en la cintura, pero dejando al descubierto sus pantorrillas desnudas y sus tacones negros. Ha venido de algún sitio importante, no de un

día normal de trabajo. Yo esperaba un pijama azul y una bata de laboratorio. Esta es una grata sorpresa.

—¡Norm! —grito, y él aparece al instante, en la puerta y listo para hacer lo que le pida—. Atienda a la señorita Carter y asegúrese de que esté cómoda en cuanto entre. —La observo subir los escalones mientras Norm se apresura a abrir la puerta. Cuando desaparece de la vista de la ventana, me vuelvo hacia el mueble bar y busco mi mejor botella de whisky. Sirvo dos vasos justo cuando oigo el chasquido de sus tacones en el suelo, al otro lado de la puerta.

—Señor, es la doctora Sofia Carter, que ha venido a verle. —El anuncio de Norm es solo para que ella lo oiga, para que parezca que soy más educado de lo que soy. Me doy la vuelta con los dos vasos en la mano, listo para dar la bienvenida a mi asustada invitada.

—Bienvenida, Sofia, toma asiento. —Señalo con la cabeza el par de sofás de cuero burdeos que están uno frente al otro. Su encanto victoriano está separado por una mesa de centro con patas de garra, situada sobre una cara alfombra que compré en Oriente Próximo tras un negocio. No ha estado en esta habitación, porque limito a quién invito aquí. Sus ojos se mueven de un lado a otro, observándolo todo. Es suntuoso, pero así es como vive un príncipe, ¿no?

—Eh… —Da unos pasos, agarrando el bolso contra el pecho. Supongo que Norm le ha cogido el abrigo y lo ha colgado en el armario ropero de la entrada. Lleva una blusa verde claro y una falda azul oscuro. Las medias transparentes hacen que sus piernas brillen mientras se adentra en la habitación—. Esto es… —Sus ojos se elevan para mirar la lámpara de araña, de Tiffany, en la que no se ha escatimado en gastos.

—Sí, lo es, ahora toma asiento —digo de nuevo, esta vez dejando su vaso de güisqui sobre la mesa mientras me acomodo en el sofá que da a la ventana. La luz del sol inunda la habitación, proyectando su resplandor sobre todo. Cada centímetro de esta sala cuesta más de lo que ella gana en un año, desde el papel pintado a medida hasta las baratijas que mira embelesada mientras avanza y se sienta en la silla dorada con su asiento de cuero burdeos a juego.

Sofia parpadea con fuerza un par de veces y centra sus ojos en mí. No todas las habitaciones de mi casa están decoradas con tanto detalle o lujo. Esta es la sala a la que traigo a aquellos a quienes deseo impresionar, para abrirles la mente a los modos de mi mundo e invitarlos a probar un poco. Socios de negocios, políticos, incluso alguna dama de vez en cuando.

—Los puntos… —murmura, pero su mano se acerca al güisqui. Lo coge y le da un trago, luego arruga la cara y sacude la cabeza mientras el ardor le recorre el cuerpo. Podría haberla avisado, pero es divertido verla retorcerse.

—Si de verdad quieres verlos, te los enseñaré. —Me llevo el vaso a los labios y bebo un sorbo con cuidado, disfrutando de los matices almizclados del licor—. Pero creo que has venido a tratar otro asunto.

Sofia ahoga un grito y respira hondo un par de veces antes de dejar el vaso de golpe sobre la mesa y meterse un dedo en el cuello de la blusa para aflojárselo. Se le sonroja la cara y se ahueca el pelo oscuro. Está en ascuas, como una bestia en el bosque que sabe que sus días están contados. Huele el rastro del león que se acerca, listo para devorarla.

—Eh… sí, bueno. —Vuelve a parpadear rápidamente y mira a su alrededor. Norm está de pie en el umbral, esperando mis instrucciones como siempre, y lo miro. Interpreta mi expresión como una orden y desaparece.

—¿Decías? —Vuelvo a sorber el güisqui y espero. Obligarla a que lo diga es mucho más divertido que proporcionarle yo las palabras. Se ha resistido demasiado. Es hora de hacerla suplicar.

—Yo… eh… Creo que es hora de que quizá… Estaba pensando que podría necesitar… —Se calla, apretando los labios con firmeza—. Necesito tu protección.

Sonriendo, dejo el vaso y me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas y juntando las yemas de los dedos frente a mí. Observo cómo se le contrae la garganta al tragar. Luego se remueve de nuevo, reajustando su posición en la silla, mostrando grandes signos de incomodidad. Se siente incómoda pidiendo mi ayuda porque sabe qué tipo de ayuda es, pero no pasa nada. Cualquiera

que se precipite a entrar en esta familia es un necio. Es inteligente al ser precavida.

—Estaré encantado de hacerte una proposición… —Entrecierro los ojos, aprieto la mandíbula y espero. Ella vuelve a mirar a su alrededor con nerviosismo y luego se aclara la garganta.

—¿Una proposición?

—Sí… una proposición. Un intercambio de negocios, si quieres. Tú me proporcionas algo y yo te proporciono algo a ti. —Ladeo la cabeza y ella se hunde más en la silla.

—Eh, me ofreciste protegerme… —Sus cejas se contraen al juntarse.

—Ah, sí, pero eso fue antes de que te marcharas. Cogiste tu dinero y ese fue el pago por mi tratamiento.

—Pero...

—¿Te gustaría escuchar mi proposición? —Me reclino, seguro de que la tengo bien sujeta. Paso los brazos por el respaldo del sofá, cruzo una pierna sobre la otra en una postura intimidante y la miro con severidad.

—No lo entiendo. Pensé que... —Vuelve a tragar saliva y se frota la nuca. La rodilla le tiembla sin parar, y mantiene los hombros encogidos sobre el bolso, que sigue aferrando contra el estómago. Se humedece los labios y continúa—. Sí, por favor, dime tu proposición.

Es tan joven, tan ingenua. De verdad se creía que iba a entrar tan campante en esta casa y conseguir algo a cambio de nada, después de follarme e irse sin despedirse. Pobre ilusa...

—Pondré a mis mejores hombres para que te protejan. Te seguirán con tanto sigilo que ni siquiera te darás cuenta de que están ahí. No tendrás nada que temer, ni de día ni de noche. Con que digas esta boca es mía, echarán las puertas abajo y te salvarán. —Siento que la presunción se apodera de mi expresión y dejo que florezca hasta convertirse en una sonrisa totalmente diabólica.

—¿A cambio de qué? —tartamudea, sin dejar de mover la rodilla.

—Saldrás conmigo, abierta y muy públicamente. —Relajo la postura, cojo mi whisky y le doy un sorbo, observándola por encima

del borde del vaso mientras frunce el ceño y se le hinchan las aletas de la nariz.

—Ni hablar. De ninguna manera. Tengo una reputación y...

—¿Por qué me llamaste, Sofia? —Me termino la bebida y la dejo sobre la mesa con un golpe seco. Ella da un respingo, sobresaltada por el ruido y mi mirada fulminante—. Porque, si no recuerdo mal, ¿fuiste tú la que se puso en contacto conmigo por esto?

Parpadea rápidamente y se mira las rodillas. Tiene los pies vueltos hacia dentro, con las puntas juntas. Respira de forma entrecortada, niega con la cabeza, pero dice: —Alguien entró en mi casa; luego otra persona me destrozó el coche y me robó el bolso. He estado aterrorizada. Vi a un hombre siguiéndome y, justo después de estar en el banco, lo atracaron. Nunca me he sentido tan insegura. —Sus palabras salen atropelladas, jadeantes. Está realmente aterrorizada, y es evidente que no se ha dado cuenta de que yo estoy detrás de todo.

—Mmm... Bueno, parece que podrías beneficiarte de mi proposición. Solo tienes que aceptar los términos. —Me pongo de pie y entrelazo los dedos, dejando caer los brazos. Ella se lo toma como una señal para levantarse también, pero yo solo quiero desarmarla—. Si aceptas, tus miedos se desvanecerán. Se acabó el mirar por encima del hombro en un callejón oscuro.

Sofia resopla, pone los ojos en blanco, los entorna y se da la vuelta mientras dice: —De acuerdo.

No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi rostro. Es peleona. Me gusta. —Bien, pues considéralo hecho. —Hago un gesto amplio con el brazo y me muevo hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunta, dejando caer el bolso.

—Bueno, puedes hacer tu primer pago a la causa... —La alcanzo, la agarro por la muñeca y tiro de ella contra mi cuerpo. Ella cierra las manos en puños y empuja contra mi pecho.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me follarás como la última vez que estuviste aquí, y así es como pondremos en marcha nuestro acuerdo. —Los ojos de Sofia se abren como platos, llenos de sorpresa e incredulidad. Intenta apartarse de mí, pero la sujeto con fuerza.

—¿Has perdido la cabeza? ¡No voy a acostarme contigo otra vez! —grita, forcejeando contra mi agarre.

—Oh, claro que lo harás —digo con voz baja y amenazadora—. No tienes elección en este asunto. Verás, lo sé todo sobre ti, Sofia. Y sé que quieres lo que te estoy ofreciendo.

—¿Qué... qué sabes de mí? —pregunta con voz temblorosa.

—Oh, solo que eres una chica muy traviesa. —Inclino la cabeza, obligándola a mirarme.

—N-n-no sé a qué te refieres —tartamudea con los ojos muy abiertos. Le paso la mano a la nuca y la sujeto con más fuerza mientras me acerco a ella. Puedo oler su dulce perfume floral y ver cómo su pecho sube y baja con su respiración superficial.

—Sé que te gustó lo que te hice, y quieres más.

—No —susurra en voz baja, negando con la cabeza. Sus ojos me suplican que no lo haga. Ignoro la súplica y me acerco más a ella.

—Eres una chica mala, Sofia. Lo noto por cómo vistes y cómo caminas. —Le aprieto el cuello con más fuerza, observando cómo el miedo destella en sus ojos. Ya la tengo dura por ella y voy a conseguir lo que quiero—. Me voy a poner jodidamente duro por ti cuando por fin me lo des, Sofia. Tan duro que te arrancaré esa ropa tan ajustada y sexi y te follaré tan bien que olvidarás tu nombre.

Sofia palidece ante mis palabras y sé que está asustada. Debería estarlo. Quiero romperla. Quiero follármela tan duro que nunca me olvide. Follármela tan bien que suplique por más.

7

SOFIA

Lo está haciendo otra vez, acaba conmigo con su forma de hablarme. Hace que mis bragas se empapen y que mi cuerpo se rebele contra mi sentido del decoro. No puedo acostarme con este hombre a cambio de su protección. No dudo de que me protegerá como promete, pero eso me convertiría en una puta, y no soy una puta, piense él lo que piense.

Pero tener sexo con él por el puro placer, por la jodida forma en que me acelera el pulso…, eso sí que puedo hacerlo. Es el jodido Lorenzo Gatti. Es un multimillonario más poderoso que el alcalde de Nueva York, y ha puesto sus ojos en mí como objeto de su obsesión. ¿Qué mujer en esta ciudad no estaría mínimamente tentada de lanzarse de cabeza y nadar entre tiburones?

—Yo… —empiezo a protestar, pero algo dentro de mí me impide continuar. La última vez que ocurrió esto, la sensación fue increíble. Hizo que mi cuerpo sintiera cosas que nunca supe que podía sentir.

—Dilo. —La forma en que me exige las cosas me provoca escalofríos por la espalda.

—Yo… —susurro, mi voz apenas un hálito. Está mal. No debería desearlo. Debería huir de un hombre como él y correr directamente a la comisaría más cercana, pero mi cuerpo tiene voluntad propia y secuestra mi boca para susurrar—: Te deseo.

Él sonríe con suficiencia. —Buena chica.

Me acerca más a él y sus labios se estrellan contra los míos. Nuestras bocas luchan por el dominio mientras sus manos recorren mi cuerpo, tirando de mi ropa. Gimo durante el beso cuando él se aparta para deslizar los labios por mi cuello.

Antes de darme cuenta, estoy desnuda y él me ata las muñecas con mis propias medias.

—¿Qué haces? —pregunto, pero la expresión de su cara me dice que no voy a ir a ninguna parte hasta que él haya acabado conmigo. Se abre la bragueta y se saca la polla. Ya está dura y perlada de líquido preseminal. Gimo al pensar en lo que esa herramienta puede hacerme, en lo que puede hacerme sentir.

Me empuja hacia delante y caigo de rodillas. Me muerdo el labio mientras me empuja la cabeza hacia su entrepierna. Siento su gruesa verga presionar mis labios y abro la boca para aceptarlo. Ya puedo saborear el líquido preseminal salado que se escapa de la punta de su polla. No puedo evitar gemir mientras se hunde en mi garganta. Es grueso y me dan arcadas. Presiono sus muslos, pero él embiste sin descanso mientras sus manos se enredan en mis ondas color azabache.

—Joder, lo estás aguantando muy bien, Sofia. Puede que se convierta en una de mis cosas favoritas… —Me mira mientras lucho por respirar, con arcadas por su polla mientras embiste, y me sujeta el pelo para poder observar cada detalle. Me duelen las rodillas, me siento mareada, y finalmente se retira.

—Mierda —siseo, tomando aire. Con las muñecas atadas, no hay mucho que pueda hacer salvo obedecerle. Mi coño anhela liberarse, pero tengo la sensación de que soy su juguete sexual y quizá ni siquiera me dé placer.

—Levántate —ordena, y me pongo en pie a trompicones, un poco avergonzada por estar desnuda. Doy unos cuantos pasos vacilantes y él me guía hacia la ventana. Hay mucha luz, y la vista de la calle es bastante clara desde donde la casa domina el barrio.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, pero mi pregunta es respondida con un fuerte azote en el culo. Siseo de dolor y me estremezco, sabiendo perfectamente de lo que es capaz.

—Quiero que todo el barrio sepa que eres mía, y quiero que recuerdes que no soy un hombre con el que se juega. —Lorenzo coge mis muñecas atadas y las levanta hacia el soporte de la barra de la cortina. Gimo cuando me levanta tan alto que mis pies casi se despegan del suelo mientras engancha las medias en el soporte y, de hecho, me cuelga de ahí. Estoy de puntillas sobre la alfombra, con las tetas apretadas contra el cristal, e indefensa.

—Joder, Lorenzo. Todo el puto barrio va a…

Mi protesta se ve interrumpida por otro fuerte azote en el culo, esta vez con algo que no es su mano. Escuece y entonces vuelvo a estremecerme de excitación. Por el rabillo del ojo veo un bastón de madera marrón en su mano y una sonrisa de suficiencia en su cara. —Mis mujeres suelen resistirse un poco más que esto, Sofia. ¿De verdad estás saliendo conmigo?

Me encojo ante su burla. Le estoy dando lo que quiere, ¿no? Le he dicho que lo deseaba. ¿Qué más puedo hacer? Gimo cuando el bastón se estrella de nuevo contra la parte de atrás de mis muslos, mi coño un cómplice involuntario en la paliza. La humedad del deseo y la excitación me chorrea por los muslos y no puedo ocultar las ganas que le tengo en realidad.

—N-no, señor, sí… yo… —consigo decir con un chillido.

—¿Qué? —dice—. No te he oído.

Vuelvo a gritar cuando el bastón me golpea en el mismo sitio, pero fue un golpe más juguetón. —Joder —gimo, con el culo escociéndome por los golpes. Me golpea una y otra vez, por todos los muslos, el culo y la espalda, pero no es tan fuerte como podría ser. Estoy tan excitada, tan húmeda y dolorida. No puedo creer lo bajo que he llegado a caer para sentirme segura, o quizá para sentirme sexualmente complacida.

—Que te jodan —consigo decir, pero la rabia en mi tono va dirigida a mí misma.

Se detiene un momento y mi cuerpo suspira aliviado. No sé por qué. Hay algo en el dolor que sienta bien. Nunca pensé que disfrutaría de ello, pero me hace sentir viva. Me pasa la mano suavemente por la piel, por entre las piernas, por los labios del coño. Me roza el clítoris con el dedo y suelto un pequeño grito.

—Qué buena chica —dice, y sus palabras me provocan un escalofrío. Soy suya, al menos por hoy. Puede que mañana me odie a mí misma, pero mi coño pide a gritos la dulce liberación de un orgasmo, y si lo que quiere es que luche contra él, eso es lo que le daré.

—Jodido pedazo de basura —gimo.

—Ah, ahora lo pillas —gruñe, y siento su cuerpo extenderse a lo largo del mío. Me duelen los hombros, se me empiezan a dormir las manos, y su polla se desliza entre mis nalgas y mis muslos mientras me agarra el coño por delante—. Dime lo que piensas de verdad.

¿A qué clase de puto enfermo le pone que una mujer lo insulte verbalmente? Ni siquiera puedo tomar aliento antes de que su polla esté dentro de mí, embistiendo hacia arriba. Me golpea con fuerza el clítoris también, y hago una mueca de dolor. —¡Dilo! —gruñe, y yo gimo.

—Eres un puto pedazo de basura —digo, retorciéndome contra la atadura. El cristal está frío contra mis tetas y hace que mis pezones se pongan tan duros que podrían cortarlo, y me estremezco cuando vuelve a golpear mi coño.

—¡Dilo como si lo sintieras de verdad! —dice, y su mano vuelve a mi clítoris, esta vez frotándolo.

—¡Lo siento de verdad! —digo, y él se ríe.

—Me odias —dice, y vuelve a embestirme con más fuerza.

Pero no lo hago. No lo odio. Odio el hecho de estar atada en su salón y que me esté follando como si fuera de su propiedad. Odio la sensación de su cuerpo contra el mío. Odio estar disfrutando cada puto segundo, mi coño apretándose alrededor de su polla y ordeñándolo. Y odio haber caído tan bajo por un derecho humano básico: sentirme a salvo.

—Te odio —digo, y él se ríe—. Te odio muchísimo, Lorenzo. —Pero mi tono me delata. Estoy tan al borde que si me toca un solo punto más de mi cuerpo, estaré acabada.

—Mentirosa —dice, y sus labios están en el lóbulo de mi oreja, lamiéndolo. Lo muerde y arqueo la espalda mientras un escalofrío me recorre. Estoy tan cerca de correrme que casi se me saltan las lágrimas.

—Te odio —digo de nuevo, y él me agarra el pelo con fuerza, metiéndome la polla tan adentro que duele. Suelto un gemido—. Te odio —repito, y él se corre, rugiendo como un animal. Su semen caliente me inunda, empujándome al límite. Convulsiono y sufro espasmos, colgando de las malditas medias como si fueran un salvavidas al borde de un precipicio.

Siento sus labios contra mi cuello, su aliento en mi piel, y entonces me desata y me sujeta. Estoy temblando por la experiencia y me flaquean las rodillas. Permanece ahí hasta que me sostengo firme sobre mis pies y luego se aleja y se guarda la polla mojada de nuevo en los pantalones.

—Vaya, no ha estado tan mal, ¿verdad?

Lo fulmino con la mirada, sin saber cómo responder. Estoy aprendiendo tanto sobre él como él sobre mí, y ahora sé que, como mínimo, quiere que luche contra él. Siento que una oleada de vergüenza me invade mientras me froto las muñecas y la sensibilidad empieza a volver poco a poco a mis manos. Ya no me avergüenza tanto estar desnuda delante de él, pero sí quiero mi ropa. Se interpone entre mi ropa y yo, y la miro de reojo.

—¿Puedo vestirme? —pregunto, evitando el contacto visual.

—Mmm… Estaba pensando en nuestra próxima cita. —Sonríe con aire de suficiencia mientras se aprieta el cinturón y da un paso atrás, dejándome pasar. Me apresuro hacia mi ropa, que ahora no está del todo completa. Estoy segura de que las medias han quedado destrozadas. Así que me visto sin ellas mientras él sigue hablando—. Me he enterado de que hay una elegante recaudación de fondos para una nueva fundación. Supongo que, como eres la presidenta, estarás allí. Y como todo este acuerdo consiste en construir mi reputación como un miembro respetable de esta comunidad, planeo asistir y donar generosamente. Serás mi acompañante.

Me quedo helada, con la mirada fija en mi blusa mientras mis dedos abrochan el último botón. No puede referirse a la fundación que creé con Jen y Mike para recaudar fondos para la investigación de la parálisis. No puedo llevarlo allí. No pueden verme en público con este hombre, no en mi propio lugar de trabajo.

—Eh… no es una buena idea. —Termino con el último botón y me calzo los tacones, luego cojo el bolso. Todavía me tiemblan las piernas, pero no puedo sentarme. No me quedo aquí.

—Oh, sí que puedes, deja ya de fingir que te resistes, Sofia. No tienes elección en este asunto. Te lo digo solo por cortesía. Estaré en tu apartamento a las cuatro de la tarde en punto. Supongo que no tendrás nada que ponerte, así que te enviaré un vestido. No te preocupes, estoy bastante seguro de que mis manos han medido tus curvas lo suficientemente bien como para saber tu talla.

Me giro y lo fulmino con la mirada. —De nada —dice, guiñándome un ojo.

—¿Puedo irme ya? —Lamento haber venido aquí. Debería haberlo sabido.

—Puedes… —Se acerca con despreocupación a la mesa de centro y coge su vaso, luego se dirige al mueble bar—. Ah, ¿y Sofia? —dice justo cuando llego a la puerta. Me giro y lo miro por encima del hombro—. No lleves bragas.

Echando humo, salgo pisando fuerte y el gigante al que Lorenzo llama Norm está allí con mi abrigo. Lo fulmino con la mirada mientras se lo cojo y salgo de la casa a toda prisa. Joder, qué capacidad más horrible tengo para tomar decisiones.

8

LORENZO

Sofia está elegantísima esta noche, cubierta de diamantes y con el vestido esmeralda que le envié. Aunque se muestra algo menos segura de sí misma de lo que esperaba, pero eso encaja a la perfección con mi plan. Como presidenta del comité que ha organizado este evento, es el centro de todas las miradas. Nos han estado fotografiando sin descanso toda la noche. Imagino que dejarse ver de mi brazo afectará un poco a su reputación, pero no tanto como reforzará la mía, que es la única razón de esta pequeña excursión. Estoy irrumpiendo en el mundo de la medicina con una de las cirujanas más prestigiosas del mundo del brazo y estoy deseando leer los titulares.

Hombres y mujeres se codean, todos ellos ataviados con los mejores vestidos de gala o esmóquines. El evento benéfico se celebra en un gran salón de baile de techos altos y esbeltas columnas de mármol. Del techo cuelgan lámparas de araña, cuyas luces centelleantes se reflejan en los espejos con marcos dorados que cubren las paredes. La sala está llena de mesas cubiertas con manteles de lino blanco, cada una adornada con un exquisito centro de flores. Los camareros se mueven entre la multitud con bandejas repletas de canapés y copas de champán.

Al otro lado de la sala, se ha montado un gran escenario para una subasta en vivo con algunos de los artículos más codiciados del mercado. Hay un coche deportivo de edición limitada, entradas para

una exposición de arte exclusiva, obras de arte poco comunes, antigüedades de valor incalculable e incluso un paquete de escapada exclusiva que incluye un viaje de ida y vuelta a París en avión. La expectación es máxima y los ánimos también están por las nubes.

Nos detenemos para otro posado fotográfico y ella se aferra a mi costado, con las manos sudorosas y los dientes al descubierto en una sonrisa forzada. El evento, una cena cara por cubierto con subasta silenciosa y donantes adinerados, se alargará hasta bien entrada la noche, y ella parece ansiosa por librarse de mí tan pronto.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que seguir con esto?

—Solo un poco más, querida —digo, dándole una palmadita en la mano con una sonrisa—. Tenemos que causar una buena impresión, después de todo.

Se pone rígida y se aferra a mí con más fuerza. Siento el suave bulto de su pecho en mi bíceps y me complace, no que esté ansiosa, sino que esté siguiendo el plan. Siento su corazón acelerado contra mi pecho y no puedo evitar sentirme un poco prendado de su belleza. Si fuera un hombre más débil, me conmoverían tales cosas, pero lo único que me interesa esta noche es la imagen pública que estoy creando: una de benevolencia y compasión. Pienso donar a esta causa por una única razón: cambiar la opinión del público sobre quién soy y qué representa mi negocio.

Encontramos un sitio para sentarnos y descansar los pies después de horas de saludar a hombres y mujeres que colman de cumplidos a Sofia. Ella se remueve inquieta en su asiento, sorbiendo su vino, y evita el contacto visual con los demás invitados. Está claro que ya siente el peso de la ira de la prensa sobre ella, aunque no tiene ni idea de la influencia que tengo sobre la gente hoy en día y lo que tener a su lado hará realmente por su carrera.

Me acerco y le susurro al oído:

—No te preocupes. Eres una mujer preciosa y tu talento no tiene igual. Me aseguraré de que recibas el reconocimiento que mereces.

—¿Lo recibiré yo o lo recibirás tú? —replica mordaz, frunciendo los labios. Pero mantiene la cabeza erguida y los hombros relajados. Sus ojos recorren la multitud mientras bebe un sorbo de vino y luego me clava la mirada—. He trabajado muy duro para ganarme la

confianza del público en mis capacidades y talentos. En una noche lo estás arruinando. Me verán como alguien relacionada con el crimen organizado y no volverán a confiar en mí.

Chasqueo la lengua y niego con la cabeza.

—Eso no es verdad, querida. Eres más que una cara bonita con buena reputación. Tienes talento y eres inteligente, y estoy seguro de que la gente lo reconocerá. Estoy aquí para ayudarte a obtener el reconocimiento que mereces.

Discutimos sobre su miedo a perder su buena reputación mientras la noche continúa a nuestro alrededor, pero la conversación se ve interrumpida por un educado anuncio desde el escenario que indica que la subasta está a punto de comenzar. Sofia se aparta de mí y se levanta, alisándose el vestido mientras echa un último vistazo a la sala antes de dirigirse hacia el escenario.

El público estalla en aplausos cuando sube al escenario y empieza a hablar por el micrófono, presentándose con seguridad y gracia. Desvela la historia de la fundación que preside y cómo el accidente de su hermano y su posterior diagnóstico de parálisis despertaron su deseo de ayudar en la investigación para hombres y mujeres como él. Cómo los fondos del evento se destinarán directamente a la investigación del Bellevue sobre lesiones de la médula espinal. Cautiva a la multitud, igual que me ha cautivado a mí toda la noche, y cada palabra que sale de su boca rezuma encanto y seguridad. Esta gente se la está comiendo con los ojos y, con ello, están remodelando su idea de quién soy y qué represento, todo porque ha venido de mi brazo.

—Buena chica, Sofia —susurro para mis adentros y aplaudo junto con ellos mientras comienza la subasta.

Un caballero con un fajín azul la acompaña fuera del escenario mientras las luces vuelven a encenderse y los camareros empiezan a repartir información sobre los artículos que se subastan. Por un momento pienso que no volverá a mi lado, pero establece contacto visual y una oscuridad destella en sus ojos antes de que se gire hacia mí.

—Me gustaría irme ya —dice, con voz suave y tranquila. Le cojo la mano, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos, y salimos de la

sala.

Fuera, ambos tomamos una profunda bocanada de aire fresco, aliviados de alejarnos del ambiente cargado del interior mientras esperamos a que traigan el coche. El cielo nocturno está lleno de estrellas que titilan como diamantes sobre un telón de terciopelo. Permanecemos allí unos instantes en silencio hasta que Sofia por fin habla.

—Cuando dijiste que saldría contigo públicamente, pensé que te referías a cenar en un restaurante, no a esto.

Imagino que un evento tan público como este la ha sorprendido, pero la verdad es que no hay otra manera. —Lamento decepcionarte, a lo mejor prefieres buscarte tu propio transporte para volver a casa.

Sofia resopla y veo cómo su rostro se contrae en una mueca de enfado, pero no dice nada. La limusina llega y le abro la puerta. Se mete dentro, se desliza por el asiento trasero y se cruza de brazos sobre el pecho, lo que solo hace que sus tetas se realcen formando un adorable puchero. Me siento a su lado, cierro la puerta y, sin que se lo pida, el chófer arranca.

—Puedes estar todo lo enfadada que quieras conmigo, pero hemos llegado a un acuerdo, Sofia. Tú me necesitas y yo te necesito. *Quid pro quo*. Mi reputación a cambio de tu seguridad. A menos que quieras echarte atrás y contratar a tus propios guardaespaldas. Estoy seguro de que los necesitarás ahora. Ahora que mis enemigos saben que has ido de mi brazo, asumirán que me importas, lo que te convierte en un objetivo.

Enarca las cejas y juguetea con las manos, retorciéndolas juntas en su regazo. —Cumpliré mi parte del trato.

—Bien, entonces yo también cumpliré la mía. Puedes empezar abriendo las piernas.

Gira la cabeza bruscamente en mi dirección y bufa. —No.

—Ahora —digo, señalando sus rodillas con la cabeza.

—No soy tu muñeca hinchable.

—No, eres mi acompañante, y quizá quiera asegurarme de que has obedecido mis órdenes. —No necesito verlo para saber que ha obedecido. He olido su excitación en varios momentos de la noche,

sobre todo cuando se ha levantado para subir al escenario al pasar a mi lado. No lleva bragas.

No, este ejercicio va de obediencia y nada más. Hará lo que yo diga o no mantendré mi parte del trato y se las verá conmigo. Además, un vistazo a su coño es todo lo que conseguiré esta noche. Tengo otros asuntos que atender, aunque me la follaría ahora mismo si tuviera tiempo.

—Joder —refunfuña, abriendo las piernas.

Mi risa sardónica provoca otra mirada fulminante, al igual que mis dedos mientras suben lentamente por la cara interna de su muslo hasta que se hunden en su humedad. —Ah, muy buena chica... —le digo, hundiéndole dos dedos en el cuerpo. Ella sisea y araña el reposabrazos mientras acaricio su interior, encontrando la zona rugosa que está hinchada y me anhela.

Nuestras miradas están clavadas y la observo retorcerse. Su pecho sube y baja más deprisa, respirando con dificultad, y la estimulo un poco antes de sacar los dedos y chuparlos hasta dejarlos limpios.

—¿Por qué has parado? —pregunta, manteniendo las piernas abiertas.

—Hemos llegado a tu parada, querida. —Chupo mi dedo una última vez antes de que el coche se detenga y Norm le abra la puerta. Ella lo mira a él y luego a mí, confundida y sexualmente frustrada.

—Pero... —Su quejumbrosa protesta es genuina. Quiere follarse conmigo. Qué adorable.

—Quizá la próxima vez te portes mejor en lugar de quejarte de tu reputación. Venga, fuera. Tengo trabajo. —Agito la muñeca y Norm mete la mano, la agarra del codo y la saca a rastras. La puerta permanece abierta un segundo y ella me lanza el collar apresuradamente antes de alejarse pisando fuerte. No puedo evitar soltar una risita al verla mientras él cierra la puerta y vuelve a entrar para marcharse.

—Mmm... —musito para mis adentros y saco el móvil del bolsillo. Supongo que es hora de demostrarle que lo que está haciendo merece el servicio que le presto. Marco el número de un alma muy

desafortunada que tuvo la mala suerte de cruzarse en mi camino. Ahora me la debe, y voy a cobrármela.

—Eh, sí... ¿Renzo? —tartamudea con voz temblorosa.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo, Jimmy? A mí me llamas señor Gatti. —Odio a este hombre. Si por mí fuera, estaría en el fondo de la bahía del Hudson. Seguro que se está cagando encima ahora mismo.

—Eh, lo siento, señor Gatti. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Jimmy, tengo un trabajo para ti. Te enviaré la hora y el lugar. Necesito que le hagas pasar un buen rato a mi amiga, la doctora Carter, si sabes a lo que me refiero. Dale un buen susto, pero no le hagas daño. Necesita tener miedo.

—¿Qué? Joder, Lorenzo, acabo de salir del talego. No puedes hacerme esto. —Sus lloriqueos y quejas solo consiguen irritarme más.

—Y por tu culpa tres de mis hombres fueron a la trena contigo. Ahora, o aceptas hacer este trabajo o estarás muerto antes del amanecer. ¿Entendido? —No tengo ni una pizca de paciencia con este gilipollas.

—Sí, sí... Envíame la información.

—Y no le hagas daño. ¿Me oyes? Solo asústala. Simplemente, prepárate para las consecuencias. Después de esto, estaremos en paz. —Cuelgo y le envío los detalles por mensaje de texto antes de que se me olvide. Luego, miro por la ventanilla cómo el perfil de la ciudad se extiende a lo largo de la bahía. Aprenderá en quién confiar y eso la llevará a cosas más grandes y mejores.

Ahora, a asegurar que el resto de mis planes estén en marcha. No estoy seguro de contentarme solo con salir con ella.

9

SOFIA

La música atruena por los altavoces, al igual que la voz chillona de la monitora de zumba. Cada una hacemos lo que podemos para mantenernos sincronizadas con los movimientos de las demás, pero las pocas almas descoordinadas que no pueden seguir el ritmo nos arrancan una risita al resto. Jen se coloca a mi lado mientras bailamos el chachachá al son de la música, flexionando la rodilla y extendiendo los brazos como si fueran alas. Quema muchísimo estrés y también un montón de calorías, lo que me mantiene en forma. Pero sigo sin poder quitarme a Lorenzo Gatti de la cabeza.

Han pasado unas semanas desde que hice el trato con él de salir abiertamente a la vez que disfrutaba del beneficio de su protección. No he tenido ningún altercado desde entonces, pero todavía no estoy lista para cancelar el trato. Lorenzo es un enigma: controlador y estoico la mayor parte del tiempo, pero pura dinamita en la cama, y quizá me gusta tenerlo cerca, aunque solo sea por el sexo increíble. Sin embargo, sigue siendo un ejercicio de equilibrismo. No puedo permitir que arrastre mi reputación por el fango, pero hasta ahora no he sufrido ninguna repercusión negativa, sobre todo después de que ofreciera una donación de seis cifras a la fundación.

—¡Vamos, chicas, moveos esas caderas! —grita la monitora. Sube la intensidad, moviendo los brazos en círculos exagerados mientras sus caderas se contonean, y yo no puedo seguir su ritmo mucho más.

Estoy empapada en sudor, pero no me importa. Es el único momento en el que me siento verdaderamente libre, lejos de todo el caos de mi vida. A unos metros de distancia, Jen también suda y jadea. Ella es un poco más grácil que yo, sus movimientos son más precisos. Pero noto que se está esforzando tanto como yo para seguir el ritmo de la música. Tiene la cara ligeramente sonrojada y los ojos brillantes, delatando la alegría que produce bailar así. Le dedico una rápida sonrisa antes de volver a centrar mi atención en la monitora y seguir el siguiente movimiento.

El gimnasio está a rebosar hoy de gente de todas las formas y tamaños, y es un espectáculo digno de ver. Todas las cintas de correr están ocupadas, algunas con corredores que están en su mundo, con los rostros contraídos por la concentración mientras se esfuerzan por alcanzar mayores velocidades. En una esquina, dos mujeres levantan pesas una al lado de la otra mientras se animan mutuamente. Otras hacen abdominales y flexiones en las colchonetas, mientras unas pocas almas valientes se turnan en las máquinas de remo.

La música me mantiene en marcha mientras bailo durante la clase, sintiéndome más viva que nunca. La energía de este lugar es contagiosa, te hace querer mover el cuerpo y divertirte con las amigas. Es casi suficiente para hacerme olvidar la vida por un rato: cuidar de Calvin, preocuparme por su estado o su depresión, o pensar en el siguiente buen paso en mi carrera. Sin embargo, no es suficiente para hacerme olvidar que tengo que volver a ver a Lorenzo esta noche.

Hemos tenido unas cuantas citas: una cena fuera, el estreno de una obra en Broadway, el acto benéfico. Todas ellas parecían orquestadas específicamente en coordinación con la presencia de los medios de comunicación. Está utilizando mi buena reputación para sacar la suya del arroyo, y es tan obvio para todo el mundo… Mis compañeros de trabajo me han advertido varias veces, pero no tengo otra opción. Con la cantidad de cosas que han salido mal últimamente, solo puedo suponer que la repentina falta de sobresaltos en mi vida se debe a que ha puesto a alguien a vigilarme.

—¡Uf! —jadea Jen—. ¡Estoy casi muerta! —Su grito por encima de la música alta es suficiente para hacerme reír. Apenas puedo seguirle el ritmo, pero siempre ha sido un poco excesiva en todo.

La monitora termina la clase y todas hacemos una reverencia al unísono, estirando los brazos e inclinando la cabeza. Siento agotamiento y a la vez energía. Todas nos dirigimos a los vestuarios, listas para una ducha y un poco de descanso antes de que se reanuden las obligaciones del día.

—Ha sido divertido. —Jen camina a mi lado, arrastrada por la marabunta de cuerpos sudorosos hacia los vestuarios.

—Sí, gracias por invitarme. Normalmente hago esto sola, pero ha sido agradable pasar el rato contigo. —Tengo sed y ver a otras personas del grupo bebiendo a tragos de sus botellas de agua me hace darme cuenta de lo fuera de forma que estoy.

—Encantada de que vinieras. —Jen usa el bajo de su camiseta para secarse el sudor de la cara—. Oye, ¿hiciste lo que sugirió Mike? ¿Te deshiciste de Gatti?

Mike, nuestro jefe, se había encargado de sermonearme sobre la conveniencia de salir con un hombre como Lorenzo. Sé que tiene grandes esperanzas puestas en mí en Bellevue, y yo también las tengo para mí misma. Pero mi carrera debería ser un producto y una demostración de mis habilidades, talentos y trabajo duro. No un reflejo del hombre con el que salgo. Además, en realidad no estoy saliendo con él. Es un acuerdo de negocios y nada más.

—No, no lo hice… Es complicado. —Hago una mueca ante mi propio tono.

Jen me mira, con los ojos entornados por la preocupación. —Sé que es complicado, pero tienes que tener cuidado. Lorenzo Gatti es un hombre peligroso. Su familia está metida en el crimen organizado y tiene un largo historial de negocios turbios. No querrás verte envuelta en su mundo, créeme.

Suspiro profundamente y asiento, sabiendo que tiene razón. Pero también soy consciente de que ya estoy demasiado involucrada con él para mi propia seguridad o comodidad. —Lo sé, Jen —digo en voz baja—. Pero ya es demasiado tarde.

Ella niega con la cabeza y me sujeta la puerta del vestuario a mí y a unas cuantas mujeres que vienen detrás. Me dirijo a mi taquilla y giro la rueda de la combinación hasta que hace clic y se abre. Se me agria el humor mientras preparo mis cosas para la ducha. No puedo evitar pensar en el lío en el que estoy metida y en las consecuencias de seguir relacionándome con Lorenzo. Quizá me equivoqué al aceptar este acuerdo, pero Jen nunca entendería el miedo que tengo a lo que pueda pasarme o, peor aún, a cómo se las apañaría Calvin sin mí. Intento apartar mis preocupaciones y me consuelo pensando en que al menos tengo unos momentos de paz antes de volver a salir al mundo.

Me quito la ropa y la cuelgo, guardando los zapatos y las joyas antes de meterme bajo el agua caliente de las duchas. El sonido del agua corriendo ahoga la cháchara del vestuario y resulta tranquilizador. Cierro los ojos mientras cae en cascada por mi cuerpo, arrastrando cualquier energía negativa que pudiera quedar tras la conversación con Jen. Mientras me enjabono el pelo, respiro hondo y me permito relajarme por un instante.

No puedo negar que Lorenzo me ha afectado profundamente. Solo el sexo basta para, literalmente, reajustarme las hormonas y ayudarme a calmarme un poco. Nunca me había dado cuenta de lo mucho que me estreso cuando me siento tan frustrada sexualmente, y ese hombre es un dios a la hora de hacerme sentir viva de nuevo. Y aunque no estoy segura de qué más puede ofrecerme, estoy dispuesta a explorar más a fondo nuestro acuerdo. Tal vez si podemos llegar a un acuerdo más seguro, me dará la tranquilidad que necesito para seguir manteniendo a Calvin sin tener que preocuparme por mi propia seguridad o reputación. Ir del brazo con él puede ser perjudicial para mí a la larga, pero quizá pueda ser simplemente su médico personal a cambio de los mismos beneficios, o de otros mejores.

Se oye un alboroto, voces que gritan y mujeres que chillan. Salgo del chorro de agua, detrás de la fina cortina translúcida, desde donde oigo a alguien gritar con fuerza. Entonces, la voz de un hombre retumba y reverbera por todo el vestuario femenino. Instintivamente, me estremezco y retrocedo contra la pared,

deseando poder atravesarla como un fantasma. ¿Por qué iba a entrar un hombre en un vestuario de mujeres? El miedo se me clava en el corazón y rezo a Dios para que alguien llame a seguridad y echen a ese pervertido asqueroso, pero los gritos se intensifican y se hacen más fuertes.

Unos ruidos bruscos y estruendosos llenan el vestuario y retumban a través de la lámina de plástico que me separa del resto de las duchas. Oigo la voz áspera de un hombre gritando mi nombre y tiemblo. La figura enmascarada arranca de un tirón la fina cortina de plástico y alarga la mano para agarrarme por mi largo pelo. Grito y protesto con fuerza, intentando zafarme de su agarre. Me duele la cabeza donde me tira con tanta fuerza que el cuello se me va hacia atrás mientras sigo luchando contra él.

Las otras mujeres del vestuario me miran ahora como si hubieran visto un fantasma, con los ojos desorbitados por la conmoción y el miedo. Varias de ellas tienen el móvil en la mano y el terror pintado en la cara mientras me observan, una mujer arrastrada por un asaltante desconocido. Mi cuerpo está húmedo por la ducha, mi pelo todavía mojado por el agua que ha goteado por mi piel y sobre mis pechos desnudos. El agotamiento se aferra a mis extremidades, como garras salvajes clavándose en mis músculos. Solo puedo esperar que una de ellas llame a la policía o a la seguridad del gimnasio antes de que el hombre me saque a rastras del vestuario, desnuda y chorreando. No dice nada, pero tira de mí con tanta fuerza que caigo al suelo; entonces se me echa encima, sentándose a horcajadas sobre mí antes de que pueda protestar.

—¡Basta! ¡No! —grito mientras una horda de mujeres furiosas nos rodea, golpeando al hombre con los puños y los zapatos, con cualquier cosa que pueden coger.

Entonces la puerta vuelve a abrirse de un portazo y otro hombre se alza sobre la multitud. Norm entra, con los ojos encendidos de rabia. Se lanza al corazón del caos y se enfrenta al atacante, moliéndolo a golpes hasta que suelta mi cuerpo. Las mujeres me ayudan a ponerme en pie mientras Norm sigue peleando, golpeando al hombre hasta que este huye gritando. Hay un millón de voces preguntándome si estoy bien, pero lo único que puedo hacer es

sollozar y temblar mientras miro a Norm. ¿Cómo ha llegado hasta aquí tan rápido? ¿Por qué estaba aquí? No puedo creer que esto esté pasando.

—¿Se encuentra bien? —pregunta Norm, entornando los ojos hacia mí.

—¿Es usted de seguridad? —pregunta una mujer.

—Gracias a Dios que ha llegado. ¿Alguien va a detenerlo? —pregunta otra.

—Estoy bien… —trago saliva con dificultad y asiento, pero no estoy bien. Ni un poco. Me tiemblan las manos y ni siquiera sé dónde está mi toalla hasta que Jen me la envuelve y me aprieta contra su pecho. Siento que todo sucede a cámara lenta, como si diera vueltas, moviéndose a mi alrededor tan rápido que no estoy segura de poder seguir el ritmo—. Ne-necesito sentarme. —Jen me guía hasta el banco que hay cerca de nuestras taquillas mientras Norm nos sigue, espantando a las mujeres para que se alejen de mí. No debería estar aquí, pero ni loca voy a dejar que se separe de mí ahora, no después de lo que acaba de pasar.

—¿Te importa, Bruto? —espeta Jen, pero yo niego con la cabeza. Hay mujeres semidesnudas por todas partes, pero sus ojos solo están puestos en mí.

—Cumplo órdenes, señora. —Junta las manos delante de él y cuadra los hombros, y yo suspiro aliviada.

—No pasa nada, Jen… —Me aprieto más la toalla y dejo caer los hombros. Jen retrocede, yendo hacia su propia taquilla. La toalla que le envuelve el cuerpo la mantiene cubierta, pero se queda rondando como si no pudiera cambiarse aquí. No la culpo. Yo tampoco quiero vestirme delante de Norm, pero es mejor que estar sola.

—Ahora mismo vuelvo —sisea, llevándose la bolsa a un probador.

—Gracias, Norm —digo con un suspiro tembloroso. No me lo puedo creer. No puedo creer nada de esto. Siento como si estuviera en una especie de pesadilla. Es tan surrealista que, como médico, sé que es el shock que se está apoderando de mí. Respiro hondo y me obligo a ponerme en pie. Norm se queda a mi lado mientras me visto y me pongo los zapatos. Permanece en silencio, pero es lo suficientemente caballero como para mirar al techo hasta que me

aclaro la garganta—. Estoy lista… ¿Me llevas a casa? —le pregunto, porque de ninguna manera voy a subirme al metro ahora.

No sé cómo lo hace Lorenzo, o cómo supo Norm que lo necesitaría, pero hoy agradezco que estuviera aquí. Me estremezco al pensar lo diferente que habría sido todo para mí. Quizá este acuerdo con el señor Gatti sea algo que deba mantener un tiempo más, tal y como está. Si un hombre puede atacarme dentro de un vestuario femenino en el gimnasio, puede encontrarme en cualquier parte. Necesito protección.

Solo tengo que tolerar que me utilice para reforzar su reputación. Puedo vivir con ello.

10

LORENZO

Las cosas en el negocio han estado complicadas desde que me dispararon. Pasé más de dos semanas en cama y ha habido unos cuantos impagos, de los que Norm se ha estado encargando por mí. Estoy sentado frente a Tito, un hombre que, por lo visto, me debe algo más que unos cuantos favorcillos y una gran cantidad de dinero. Sus pagos de los últimos meses se han quedado cortos y, ahora que he vuelto a la carga, estoy haciendo limpieza.

—Faltan mil doscientos, Tito. —Chasqueo la lengua y me recuesto en la silla del escritorio, observando cómo se retuerce en su asiento frente a mi mesa—. ¿Puede explicarme por qué no ha entregado la cantidad completa las tres últimas veces? —Sus pagos, acordados con el fin de mantener a su mujer y a sus hijos al margen de este lío y, simplemente, dejarme llevar mi negocio, son lo único que lo mantiene fuera del punto de mira.

Tiembla, retorciéndose las manos. Sabe que no soy un hombre con el que se juega. Su nueva chaqueta de cuero y el pendiente de botón con forma de lobo que lleva son añadidos a su atuendo habitual. Mi dinero no es para que se dé el lujo de comprarse accesorios caros. Él lo blanquea para que mis asuntos parezcan legales y recibe el beneficio de mi protección, de forma parecida a como Sofía y yo hacemos ciertos intercambios.

—Eh... Lorenzo, yo... —Niega con la cabeza—. Puedo devolvérselo. Lo juro. Se lo haré llegar en los próximos meses.

Entrecierro los ojos y lo estudio un buen rato antes de inclinarme hacia delante. —Eso no es suficiente, Tito. Conoce las reglas. —Mi voz es grave y letal, lo que hace que se erice—. Me debe la cantidad íntegra, y me la debe ahora. Le di la oportunidad de arreglar las cosas y no lo ha hecho. Ya sabe lo que viene después.

Veo cómo palidece, con los ojos desorbitados por el miedo. Sabe perfectamente a qué me refiero. Es una regla bastante simple, una que todos en nuestra organización conocen. Si no pagas tus deudas, pagas con tu vida. Es una dura realidad, pero es lo que nos mantiene en el negocio.

—Pu-puedo conseguirlo, Lorenzo. Lo juro, puedo conseguirlo. —Le tiembla la voz y noto que está al borde de las lágrimas.

Pero Tito nunca me había fallado hasta ahora, y cuando el gato no está, los ratones bailan. No tengo por qué apiadarme de él, pero es más fácil y rápido castigarlo un poco y seguir apoyándome en un hombre que nunca se ha descarriado antes que traer a alguien nuevo y tener que enseñarle a respetarme.

—Venga aquí —le ordeno, haciéndole un gesto. Se levanta y se acerca a mí temblando, con la mirada gacha. Alargo la mano y le cojo el pendiente, mientras una sonrisa de superioridad se dibuja en mis labios—. Qué bonita baratija tiene aquí —digo, tirando ligeramente de ella—. Debió de costarle una pasta, ¿eh?

Tito asiente frenéticamente, con la mirada clavada en la mía con terror. —P-por favor, Lorenzo, no...

Pero no le doy la oportunidad de terminar la frase. Le arranco el pendiente de la oreja de un tirón rápido, deleitándome con su grito de dolor. La sangre le gotea por un lado de la cara mientras sostengo el pendiente a la luz, examinándolo de cerca.

—¿Sabe qué, Tito? Esto podría cubrir una buena parte de su deuda conmigo. —Vuelvo a sonreír con suficiencia y lanzo el pendiente sobre la mesa, delante de mí—. Considérelo un adelanto. Tráigame el resto de mi dinero para el final de la semana, o la próxima vez no seré tan amable.

Tito asiente, con las lágrimas corriéndole por la cara mientras se aprieta la oreja sangrante. —Sí, Lorenzo. Le conseguiré el resto del dinero. Lo juro.

Lo despido con un gesto displicente, volcando ya mi atención en la siguiente tarea que tengo entre manos. Ocuparme de Tito es una molestia menor, pero hay peces más gordos que freír en el mundo del crimen organizado. —Fuera de mi despacho.

Lo veo retirarse, con la sangre corriéndole por el brazo y goteando desde el codo, y en el umbral de la puerta veo a Sofía. Tiene los ojos abiertos como platos por la sorpresa, pero el ceño fruncido de rabia. —¿Qué demonios te pasa? —sisea Sofía al entrar en la habitación—. Eso ha sido innecesario, incluso para ti.

Levanto una ceja hacia Sofía, con un destello de diversión en los ojos. —Mira quién habla, cariño. Sabías dónde te metías cuando te involucraste conmigo. —Me reclino en mi silla, estudiándola un momento—. Pero supongo que no has venido a sermonearme sobre mis prácticas empresariales, ¿verdad?

Los ojos de Sofía brillan con irritación ante mi indiferencia, pero su expresión se suaviza ligeramente mientras se acerca a mí. —He venido a darte las gracias por hacer que Norm me proteja, pero después de este espectáculo, ya no estoy tan segura de querer formar parte de este acuerdo.

Esa afirmación me pone en pie y me hace avanzar hacia ella. No pienso dejar que se salga de nuestro acuerdo ni de coña. —No estoy seguro de que estés pensando con claridad, Sofía. Tienes una deuda conmigo y pienso cobrarla. Sabías en qué te metías cuando aceptaste este arreglo.

Sofía se mantiene firme, con la mandíbula apretada en señal de desafío. —Nunca acepté que hicieras daño a gente como Tito. Eso no forma parte del trato.

Doy un paso más hacia ella, con voz grave y peligrosa. —No puedes elegir qué partes del trato quieres seguir. —Le toco la cara con suavidad y ella se estremece, pero no retrocedo—. Eres mía, Sofía. Y harás lo que yo diga.

Se burla de mis palabras y me aparta de un empujón. —No soy tuya y no puedes controlarme. —La agarro por la muñeca y la atraigo hacia mi cuerpo. Su abrigo no hace más que estorbar, así que le bajo la cremallera y se lo arranco. Suelta un grito ahogado e intenta zafarse.

—No te comportes así. Nuestro acuerdo sigue en pie. Eres mía a cambio de protección. Yo he cumplido mi parte y tú cumplirás la tuya. —La llevo hasta mi escritorio y la obligo a inclinarse sobre él.

La respiración de Sofia se acelera mientras recorro su espalda con los dedos. La otra mano se me va a la cinturilla de sus pantalones y tiro de ellos bruscamente hacia abajo. Intenta retorcerse para escapar, pero le sujeto las caderas con firmeza, manteniéndola en su sitio.

—No vas a alejarte de mí, Sofia. Ni ahora ni nunca. —Deslizo la mano entre sus piernas y siento su humedad. Se estremece bajo mi contacto, incapaz de reprimir un gemido. Me acerco a su oído, mi aliento caliente contra su piel—. Te gusta esto, ¿a que sí? Te gusta que te digan lo que tienes que hacer. No eres más que una guarra que necesita que le den una lección.

El cuerpo de Sofia se convulsiona mientras froto mis dedos contra ella. Sus caderas se arquean contra mi mano, suplicando más. —No —gimotea, con la voz apenas un susurro.

—Entonces dime que no y pararé —gruño. Le meto los dedos dentro, arrancándole un gemido—. Dime que no quieres esto.

—¡No quiero esto! —chilla Sofia. Su cuerpo tiembla, una mezcla de miedo y lujuria. Sé que lo desea, solo que no quiere admitirlo.

—Mientes muy mal, Sofia. —Retiro los dedos lentamente, me los llevo a la boca y la saboreo. Sisea e intenta apartarse, pero tiro de ella para impedírselo—. ¿Ves? Sabes tan bien y sigues tan mojada. No quieres que pare, ¿verdad? —Es tan predecible. Todo lo que tengo que hacer es provocarla sexualmente y se acobarda. Es como si yo fuera el titiritero y ella hiciera lo que le pido por un pequeño orgasmo. Bueno, es hora de que aprenda la lección sobre lo que implica trabajar conmigo.

Me desabrocho el cinturón y luego la bragueta, y ella gimotea. —Solo porque me folles no significa que seas mi dueño.

—Ah, pero sí lo significa. —Saco la polla dura como una piedra de mis pantalones y le provoco el coño hasta que se retuerce y suplica más—. Harás todo lo que yo diga. No creo que quieras ponerme a prueba. —Gimotea cuando le saco la polla.

—Fóllame ya —gruñe, y veo cómo se contraen sus agujeros. Su culo es demasiado tentador. Aprieto la polla contra él y embisto con fuerza mientras ella chilla de dolor. Jadea y gime, arañando el escritorio y gimoteando.

—Joder… ay, joder… ay, Dios.

—Sí, niña buena… —le digo, embistiendo. No deja de gimotear y gemir de dolor, y mis embestidas se vuelven más duras. Ella gime y se arquea contra mí. Pero esto es una lección, no algo placentero. Sus suaves chillidos de dolor se convierten en gemidos de placer, y cuando empieza a tensarse, me permito correrme.

Me corro, volcando espesos hilos de semen caliente en su cuerpo mientras me suplica más. Y cuando he terminado, me salgo y observo cómo su culo se contrae y se tensa. —Joder… haz que me corra. Estaba tan cerca —maúlla. Tiene la mano debajo, tocándose el coño, y lo único que hago es volver a colocarle las bragas sobre el culo.

—Bueno, entonces no aprenderías la lección, ¿verdad?

—¡¿Qué?! —chilla mirándome por encima del hombro—. Maldito enfermo.

—Vaya… parece que mi hijo tiene otra admiradora. —El tono de voz de mi padre interrumpe a Sofia, que sisea y se levanta, arreglándose frenéticamente los pantalones—. Déjelos —le dice él.

Me guardo la polla, me subo la cremallera, rodeo el escritorio y la observo forcejear con los pantalones alrededor de las rodillas. —¿Una copa? —le pregunto a mi padre, y ella suelta un gritito. La fulmino con la mirada y él enarca las cejas.

—Ahora mismo no. Tengo otras cosas que hacer hoy, pero la señorita Sofia… Qué vista más bonita. —La examina de arriba abajo mientras me sirvo un vaso de güisqui. No hay nada más que puro odio en su mirada y lo único que se me ocurre es que debería haberla desnudado del todo también.

—Como quieras —le digo llenando mi vaso. Me giro para ver cómo la inspecciona.

—Parece que tienes un buen acuerdo aquí montado, Lorenzo. Un ejemplo de primera del cuerpo femenino. —Mi padre chasquea la lengua en señal de aprobación y Sofia resopla, subiéndose los

pantalones—. Señorita Carter, ¿supongo que está cumpliendo bien su parte de este acuerdo?

Agacha la barbilla mientras se abrocha los pantalones y recoge del suelo el abrigo que dejé caer junto al escritorio. —Solo he venido a decirle a Lorenzo que ya no puedo tener nada que ver con él. Es malo para mi reputación y sus actividades ilegales van a pasarle factura. Lo que significa que me pasarán factura a mí. —Mete los brazos en el abrigo y le frunce el ceño. Nadie le frunce el ceño a mi padre, pero quizá todavía no ha aprendido la lección.

Él se limita a reírse, como si ella fuera un ratón en su laberinto. —Estoy seguro de que cambiará de opinión al respecto. —Se mete las manos en los bolsillos y la observa subirse la cremallera.

—Lo dudo mucho.

—Lo hará cuando vea el ascenso que le he conseguido. Jefa de Cirugía suena bien, ¿o quizá jefa de Traumatología? ¿Qué tal un millón de dólares para su fundación? —Mi padre se acerca a Sofia y le coloca un mechón de pelo negro suelto detrás de la oreja. Sé que a ella no le gusta el tipo de trabajo que hago, pero si sabe lo que le conviene, no intentará echarse atrás en nuestro acuerdo ahora. No con mi padre metiéndose por medio. Sería una lástima.

—¿De qué está hablando? Estoy a años de un ascenso de ese tipo.

—Ah, pero yo tengo contactos. —Le guiña un ojo y le ahueca la mejilla—. Y a ese hermano suyo le vendría muy bien la investigación que el Bellevue puede hacer con una donación de un millón de dólares. ¿Cómo se llamaba? ¿Calvin?

Sofia enarca las cejas y se pone rígida. —Deje a mi hermano fuera de esto.

—Ah, pero si estoy intentando ayudar… —Le da una palmadita en la mejilla y pasa a su lado, avanzando hacia mí—. Supongo que sí me tomaré esa copa, hijo. Y, señorita Carter… piénselo. Realmente no va a conseguir una oferta mejor en ningún otro sitio.

Sofia me fulmina con la mirada y sale furiosa, con los tacones repiqueteando en el suelo. En este juego, mi padre es siempre el ganador. He aprendido de él todo lo que sé. Y Sofia entrará en razón. Solo voy a darle un poco de tiempo.

SOFIA

Estoy sentada con el palito de la máquina de café en la mano, removiendo la nata y el azúcar en la negrura de la infusión y dándole vueltas a mi dilema. Jen me advirtió que no me involucrara con esta gente y, en el fondo, también sé que no es lo correcto, pero si Norm no hubiera estado allí la semana pasada en ese vestuario, las cosas serían muy distintas ahora. Fui a casa de Lorenzo para darle las gracias, pero mi intento de distanciarme educadamente de esa vida me salió el tiro por la culata.

—Te lo digo en serio, Sofi. Si no estuvieras liada con ese cabrón, ese hombre no habría entrado en la ducha para empezar. —Jen insiste en que Lorenzo está planeando estos sucesos fortuitos que no paran de ocurrirme, pero no entiendo por qué haría algo así. Solo está preocupada por mí, eso es todo. Aunque, a decir verdad, estoy bastante confusa sobre por qué yo fui el objetivo en esas duchas, cuando había docenas de mujeres alrededor. Según las otras, el hombre fue directo a mi cabina y me sacó de un tirón, sin siquiera mirar a las demás.

—No lo creo, Jen. Algunas de estas cosas pasaron antes de su pequeño acuerdo conmigo. El intento de robo del coche que se convirtió en un atraco es una de ellas. —Niego con la cabeza, dejo el palito sobre la mesa blanca y estéril, y levanto la vista hacia su expresión impasible. No está convencida ni le hace gracia. Su animadversión por el señor Gatti no tiene fin, y entiendo por qué.

Pero la oferta que me hizo su padre es casi demasiado buena para ser verdad. Casi demasiado buena como para dejarla pasar. Es que no veo cómo va a conseguirlo.

—Tienes que admitir que es sospechoso. —Le da un sorbo al refresco directamente de la lata y frunce los labios al dejarla delante de ella.

—No tengo que admitir nada —le digo, pero estoy de acuerdo con ella..., un poco. Ahora mismo estoy hecha un lío por dentro. Entre la presión económica bajo la que vivo intentando cuidar de Calvin con todos sus gastos médicos y cero ingresos por su parte, sumado al simple estrés de mi carrera, y si a eso le añadimos el hecho de que vivo en una de las ciudades más grandes del país donde los crímenes ocurren a diario, siento que un poco de protección extra nunca le ha hecho daño a nadie. Aprovechar la influencia que tiene Lorenzo es un acto de amor propio, en mi opinión. Aparte del hecho de que el sexo con él es increíble, incluso cuando me niega el orgasmo como hizo la última vez.

—Doctora Carter, ¿puedo hablar un momento con usted? —Oigo la voz masculina y me giro para ver al jefe de mi jefe en la puerta de la sala de descanso de los médicos. Tiene una expresión seria en su rostro y, por un segundo, siento que tal vez me van a echar una bronca, pero no he hecho nada malo. Miro a Jen y me encojo de hombros, luego cojo mi café y me levanto.

—Por supuesto, señor. —El doctor Holder es el jefe de departamento y un hombre muy severo, lo que podría ser la única razón de su expresión seria y su tono seco. Así que no hay motivo para preocuparse más de la cuenta ni ponerse nerviosa. Lo sigo fuera de la sala y por el pasillo hasta la sala de conferencias. El doctor Mike Baker, mi supervisor directo, está sentado alrededor de la larga mesa de madera, junto con algunas otras caras que no me resultan familiares y unas pocas que conozco bien; el director de Medicina, Thomas Kline, también está aquí. Siento que se me oprime el pecho, y adiós a mi intento de no ponerme nerviosa.

—¿Qué está pasando? —pregunto, de pie, incómoda, cerca de la puerta mientras el doctor Holder se acerca y ocupa uno de los dos últimos asientos que quedan en la mesa. El único libre está en la

cabecera, donde estoy segura de que no pinto nada. El doctor Kline se pone de pie y me saluda con la cabeza.

—Doctora Carter, por favor, venga y tome asiento. —Señala la cabecera de la mesa, donde debería estar sentado él, y palidezco.

—Eh... ¿de acuerdo? —Avanzo en esa dirección con vacilación, consciente de que muchos ojos me siguen. De repente, el pijama azul y la bata blanca de laboratorio que llevo no me parecen adecuados. Estoy rodeada de trajes y faldas y quiero que me trague la silla al sentarme. Incluso la iluminación del techo parece empequeñecerme; la enorme lámpara de araña que cuelga sobre el centro de la mesa irradia poder y prestigio. No estoy segura de haber estado antes en esta sala. Mi entrevista se realizó en el despacho del doctor Holder con el doctor Baker presente.

—Doctora Carter, no le haremos perder el tiempo. Sabemos que es usted una mujer ocupada y que tiene vidas que salvar. —El doctor Kline junta las manos y entrelaza los dedos, dejándolos colgar frente a su cuerpo mientras habla—. El consejo ha tomado una decisión unánime. Nos gustaría ofrecerle el puesto de directora de Cirugía, más conocido como jefa de Cirugía. —Levanta la mano justo cuando se me descuelga la mandíbula y continúa—. Sé que esto puede ser una sorpresa, pero no hay nadie mejor para ocupar este puesto.

Mis ojos recorren conmocionados los rostros de la gente que me rodea. Algunos tienen sonrisas que les llegan a los ojos, pero otros fruncen el ceño, como el doctor Holder. Es su puesto el que ocuparé si acepto este ascenso, lo que me hace preguntarme adónde irá él. No hay nada más alto para él aquí, excepto ocupar el lugar del doctor Kline, y no veo que eso vaya a suceder.

—Pero yo... —intento protestar, pero con un chasquido de lengua el doctor Kline me interrumpe.

El dedo que agita ante mí me recuerda a mi abuela cuando intentaba coger a escondidas unos caramelos antes de la cena del domingo. Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos. Esto es obra del padre de Lorenzo. Puedo sentirlo. Alguien de mi edad y con mi experiencia no pinta nada presidiendo un departamento entero, aunque puedo aprender rápido. Y no estoy segura de si quiero aceptarlo. Me

encanta la cirugía y salvar vidas. Lo mío es traumatología, no la administración. Ni siquiera sé si encajaré en este puesto.

—Ahora, no responda enseguida a menos que su respuesta sea afirmativa. Todos sabemos que puede que necesite tiempo para hacerse a la idea de ganar tanto más con tan pocas horas —suelta una risita el doctor Kline y la mitad de la sala se le une. La otra mitad se remueve incómoda y juraría que veo miedo en algunas miradas. Antonio Gatti ha conseguido camelarlos a todos de alguna manera. No se supone que esto sea así. Se supone que debo ganar experiencia y sabiduría escalando puestos, no que me catapulten a la cima gracias al poder y al dinero.

—Sinceramente, necesito pensármelo —me agarro a los reposabrazos de la silla de metal y cuero negro y me incorporo. Tengo que salir de esta sala antes de decir algo de lo que me arrepienta. Si los pongo en evidencia, si hago que recaiga sobre ellos la responsabilidad de tomar la decisión correcta, seguirán siendo fieles a un hombre malvado en una organización muy corrupta. Es la única forma en que esto ha podido suceder. No soy estúpida. Y si lo hacen, no estoy segura de poder seguir trabajando en este hospital.

Así que la única opción que tengo es alejarme de esta situación y pensar. Si le sigo el juego a Gatti, no seré mejor que ninguno de ellos. Si no lo hago, no le sirvo para nada. Ahora mismo, están jugando conmigo, poniéndome a prueba para ver qué haré, dónde está mi límite. Y lo tengo, pero ni siquiera yo sé dónde está. Puede que sea este.

—Por favor, tómese el tiempo que necesite. El doctor Holder ya está mirando puestos por todo el país. Sin embargo, necesitamos cubrir esta vacante de inmediato, así que no espere demasiado.

El destello de desesperación en los ojos del doctor Holder me dice que lo han echado y que su búsqueda de empleo no es lo que ha provocado la repentina necesidad de contratar a un nuevo jefe. Lo están obligando a marcharse para hacerme sitio, para manipularme y que haga lo que Lorenzo quiera que haga, y no me gusta. Quiero disculparme con él, pero me muerdo la lengua y asiento educadamente.

—Denme dos semanas —murmuro. Luego salgo de la sala y atravieso el hospital de vuelta.

Tengo que realizar una operación, y puede que no sea capaz de llevarla a cabo dadas las circunstancias. Sabía que los Gatti tenían contactos, pero no me daba cuenta de hasta qué punto. Y jamás pensé ni por un segundo que serían capaces de intimidar o sobornar a toda la junta del hospital para destituir por la fuerza a un jefe en funciones con el fin de hacerme hueco. El nivel al que están dispuestos a llegar para conseguir lo que quieren me asusta, y el hecho de que sea a mí a quien quieren es aún más aterrador. ¿Por qué soy yo su objetivo?

Mientras me preparo para la cirugía, mi mente sigue obsesionada con Lorenzo y su padre. Si les desobedezco, si rechazo el puesto y el acuerdo entre Lorenzo y yo, ¿me matarán? ¿Matarán a Calvin? ¿Hasta dónde llegarán para asegurarse de que obedezco sus órdenes? ¿Vendrán a por mí en público o en plena noche, cuando esté encerrada en mi casa pensando que estoy a salvo?

—¿Se encuentra bien, doctora? —pregunta una enfermera desde debajo de su mascarilla. Sostiene una toalla y un par de guantes listos para mí.

—Eh, sí —le digo, dándome cuenta de que estoy tan distraída que ni siquiera la he visto entrar en la sala de lavado. La parte delantera de mi bata está empapada en agua y tengo el pelo revuelto. En diez segundos me ha puesto los guantes, la mascarilla, un gorro quirúrgico nuevo y una bata nueva atada, junto con otro par de guantes.

Es hora de hacer mi trabajo, lo que significa que no puedo pensar más en esto. Entro en el quirófano dispuesta a apartarlo todo de mi mente, y al acercarme a la mesa veo a nuestro paciente justo cuando las enfermeras empiezan a recitar las constantes vitales.

—Paciente varón, cuarenta años, se presenta con neumotórax, herida de bala en el pecho. Tensión arterial de noventa-sesenta y bajando, saturación de oxígeno al setenta y dos, listo para la extracción —asiento, ahora completamente concentrada.

—Bisturí —le digo, extendiendo la mano, y con eso, estoy en mi elemento. Aquí es donde debo estar, en un quirófano, no detrás de

un escritorio de nácar. No puedo aceptar ese trabajo.

Solo que no sé cómo decírselo a Lorenzo.

12

LORENZO

La gente se gira cuando entro por cualquier puerta, pero en este hospital todavía más, sobre todo después de que me hayan visto en lugares muy públicos con Sofía del brazo. Las mujeres del mostrador de información ni siquiera pestañean al verme pasar de largo por delante de seguridad, pero a los hombres de las placas no les hace demasiada gracia. Norm me sigue a corta distancia, but maintains su arma oculta, igual que yo. No hay necesidad de violencia.

—Señor Gatti, solo los visitantes autorizados del hospital pueden entrar en las instalaciones. —Uno de los guardias se planta con los hombros rectos y el pecho hinchado, como si me intimidara o creyera que puede detenerme.

Me río entre dientes de su bravuconería, porque cualquier hombre que anteponga el honor de hacer bien su trabajo al instinto de supervivencia innato en todo ser humano se merece una palmadita en la espalda. Levanto las manos en señal de rendición y doy un paso atrás para sacarme el móvil del bolsillo. Pulso la marcación rápida para llamar al señor Kline y espero.

—Doctor Kline, ¿qué ocurre?

—Doctor Kline, soy Lorenzo, llamo para hacer una visita. Por favor, hable con sus agentes de seguridad. —La línea se corta antes de que pueda continuar y los dos guardias se miran enquanto eu me volto a guardar el móvil en el bolsillo. En cuestión de segundos, el

primero coge su teléfono, que vibra en su bolsillo. Se lo lleva a la oreja y, justo cuando la llamada se conecta, su rostro palidece.

—Eh… sí, señor —masculla el hombre antes de terminar la llamada y guardarse el teléfono—. Por aquí, señor Gatti. —Señala más allá de los tornos y los detectores de metales y yo sonrío con satisfacción. Al final la gente lo pilla y, aunque preferiría no tener que andar con estos jueguecitos, todos aprenden de una forma u otra.

—Viene conmigo —les digo, levantando la barbilla en un gesto dirigido a Norm. Le permiten pasar, aunque puedo ver la vacilación en sus expresiones. No todos los días el príncipe de la mayor organización criminal visita el hospital, pero hoy no es un día normal.

Sofía no ha contestado ni respondido a mis llamadas en una semana e incluso le ha dado esquinazo a Norm durante tres días seguidos, lo que significa que no estoy cumpliendo mi promesa de protegerla, y mis intentos de demostrar lo bien que funciona mi protección se han visto frustrados. No voy a permitir que un cabo suelto se descontrole y me perjudique, así que si tengo que plantarme en su lugar de trabajo y obligarla a escucharme, lo haré. Si no fuera por el lastre de su hermano, me sentaría en su sofá y esperaría a que volviera a casa. Sin embargo, esta forma parece mejor, porque todo el mundo me verá acercarme a ella. La tengo calada. Esto será mucho más eficaz.

De camino a la unidad de cirugía del hospital, me doy cuenta de que no estoy seguro de su horario. Así que me detengo cerca del puesto de enfermería de la cuarta planta, donde sé que están los quirófanos. Una dulce enfermera con una placa que dice «Greta» está sentada detrás del mostrador, tecleando en el ordenador. Cuando me mira con una sonrisa que rápidamente se convierte en una mueca de temblor, sé que estoy en el lugar adecuado.

—Hola —digo, fingiendo entrecerrar los ojos para leer su placa—, Greta. Me gustaría ver a la doctora Sofía Carter. Mi nombre es...

—Oh, sé quién es usted —tartamudea y se humedece los labios, luego fuerza una sonrisa—. Hemos oído hablar mucho de usted. —Le tiembla la mano al coger el ratón y utiliza la rueda de

desplazamiento para navegar por la página. Sus ojos recorren la pantalla del ordenador y asiente un par de veces—. La doctora Carter está saliendo del quirófano tres. Tiene revisiones posoperatorias el resto del día.

—Es increíble lo fácil que se puede seguir una simple petición. Gracias, Greta, por devolverme la fe en la humanidad. ¿Por dónde se va al quirófano tres? —pregunto, enderezándome la corbata. La mujer sigue temblando mientras me señala a la derecha y yo me inclino desde los hombros como gesto de agradecimiento. Si todo el mundo supiera y entendiera quién soy como la dulce Greta, las cosas serían mucho más fáciles para la gente.

Norm empieza a seguirme, pero levanto una mano para detenerlo. Él se para en seco y sé que estará ahí cuando vuelva. Me dirijo hacia el quirófano donde encontraré a Sofía y espero. Salen varias enfermeras, algunas de ellas todavía con mascarilla. Veo cómo sacan a un paciente en una camilla por otra puerta y sé que es solo cuestión de tiempo que Sofía también salga. Miro el reloj. No tengo tiempo para esto y estoy a punto de tomar el cielo por asalto cuando ella empuja la puerta con cara de asombro.

—¿Lorenzo? ¿Qué haces aquí? —mira a su alrededor furiosa, me coge del brazo y me mete en lo que parece un lavabo. Hay dos lavabos grandes y estanterías llenas de toallas, batas y diferentes materiales quirúrgicos.

—Bueno, como no estás siendo muy transparente con tu decisión ni con tu paradero a veces, he pensado que sería prudente visitarte aquí. Te darás cuenta de que el acuerdo no ha terminado y, para ser una mujer que está saliendo conmigo, no te estás comportando como tal. —Me suelta el brazo y yo me aliso las arrugas de la manga de la chaqueta.

—¿De qué coño estás hablando? ¡No soy de tu propiedad, Lorenzo! —Está alterada, y con razón. Que un hombre de mi estatus la visite así significa algo. La mayoría de la gente se estaría meando encima, pero Sofía no. En su caso, es más bien como si se mojara las bragas de otra forma, quizá anhelando liberarse de su tensión sexual. Ha pasado un tiempo.

—¿Por qué has intentado evitar deliberadamente la ayuda de Norman? ¿No te das cuenta de lo peligrosa que es la ciudad? Durante tres días le diste esquinazo. —Espero pacientemente, manteniendo la calma en mi expresión y mi lenguaje corporal. Mis dedos quieren convertirse en puños, pero me niego a que me altere. Ella me pertenece y lo aprenderá muy rápido sin que yo me sulfure.

—No ha pasado nada. Si lo necesitara, lo llamaría. —Bufa y retrocede un paso. Juraría que hay deseo en sus ojos, o quizá miedo, pero lo más probable es que sea deseo.

—Y no has aceptado el puesto... —chasqueo la lengua—. Es una verdadera lástima. El pobre doctor Holder va a perderlo todo por nada si no aceptas el trabajo.

—¡Cómo te atreves! —espeta ella, dándose la vuelta bruscamente para abrir el grifo. Se echa jabón en las manos y se las frota con furia, como si no se las hubiera restregado ya después de la operación. Es una comedia para hacerme pensar que está ocupada, cuando en realidad lo que intenta es evitar mirarme a los ojos.

Así que me acerco a ella por detrás, pego mi cuerpo al suyo desde los hombros hasta las rodillas, la rodeo con mis brazos por la cintura y aspiro el aroma de su champú. —Sabes, Sofia, si eludes tu responsabilidad conmigo, no recibirás los beneficios. —Mientras pronuncio estas palabras, aprieto mi pelvis contra la suya. Sé que eso la va a poner a tono y es justo lo que quiero. No se cansa de mí; se le nota en la cara cada vez que estamos juntos.

Me está utilizando por el sexo tanto como yo a ella por el buen nombre, y ahora conseguiré lo que quiero. Se agarra al borde del lavabo, dejando correr el agua, y siento cómo se le tensan los hombros. Tal vez piense que estoy siendo demasiado directo, pero no sabe que podría simplemente ordenarle que me obedeciera y asesinarla si se negara. Estoy siendo amable.

—Sofia, acepta el puesto.

—¿Y si no lo hago? —pregunta, empujándose contra mí. Capto la indirecta y retrocedo.

—Si no lo haces, no podrás permitirte vivir en esta ciudad. Lo sabes. Los gastos de Calvin no hacen más que aumentar cada mes,

y tu sueldo no da para mucho. —Me ajusto la corbata y me quedo junto a la puerta mientras ella se enjuaga las manos y cierra el grifo —. Además, un hombre como yo puede mover hilos. Piensa en lo que le hice a Holder.

Cogiendo una toalla de un toallero cercano, se vuelve hacia mí y frunce el ceño. —¿Me estás amenazando con que me despidan?

—Yo no hago amenazas. —Entrecierro los ojos, clavándolos en ella—. Hago promesas. —Abro la puerta y me quedo ahí un momento—. Cena en mi casa a las seis en punto. No llegues tarde. A Norm le pone nervioso tener que ir a buscarte. —Y con eso, salgo del umbral y dejo que la puerta se cierre. No acepto un no por respuesta y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Sofia aceptará ese puesto y mantendrá el acuerdo que hicimos. Aunque tenga que obligarla a hacerlo. No me importa derramar sangre para conseguir lo que quiero. Si ella no sabe portarse bien, yo tampoco lo haré. Me dirijo directamente al puesto de enfermería donde Norm espera en el mismo sitio donde lo dejé hace unos instantes.

Pasamos por delante del mostrador, donde ahora nos miran fijamente tres enfermeras, y nos dirigimos al ascensor, con el que bajamos a la tercera planta. Giro a la derecha y sigo las indicaciones hacia las oficinas de administración, donde encontraré al doctor Holder. Mi padre le pagó una suma considerable, casi el salario de un año, para que siguiera adelante y encontrara un nuevo puesto. Ha recibido las mejores recomendaciones del doctor Kline y de la junta, y ahora me la debe.

Golpeo la puerta suavemente y le oigo decir: «Adelante». Así que abro la puerta y dejo a Norm de nuevo en el pasillo.

—Ah, doctor Holder —canturreo, y él levanta la vista asustado. Me gusta infundir miedo allá donde voy. Un hombre inferior podría cansarse de ello, pero yo me alimento de él, como una piraña en el agua buscando sangre.

—Eh, sí, señor —balbucea, levantándose para tender la mano. Sin duda no está contento de que le hayan echado, de tener que mudarse a una nueva ciudad con su familia y todo eso. Pero me importa un bledo.

—Siéntese —le digo, sin siquiera extender la mano—. La doctora Carter se muestra reacia a aceptar el puesto. Anímela a hacerlo, si sabe lo que le conviene.

Se hunde en su silla y se retuerce las manos. —Pero no puedo obligarla a hacer nada que no quiera.

—Puede y lo hará. ¿O prefiere que hable con su mujer? —Tengo todas las pruebas listas para incriminarlo por algo que a su esposa no le haría ninguna gracia. Lo miro con los ojos entrecerrados y él asiente profusamente.

—Sí, señor... Lo intentaré.

—No, lo hará. Y, por cierto, espero una llamada de celebración dentro de unos días. Por favor, asegúrese de que no me lleve una decepción.

—Sí, señor.

Retrocedo y dejo que la puerta se cierre. Luego, respiro hondo. La cena será interesante. Y si Sofia decide no aparecer de nuevo, la caza también será divertida.

13

SOFIA

Sostengo el vestido de verano contra mi cuerpo y lo ajusto a mis curvas. Jen ladea la cabeza y me mira, pero no parece convencida. —No estoy segura de que sea tu color. ¿Lo tienen en azul? —Se vuelve hacia el perchero y rebusca entre los vestidos, buscando ella también el vestido perfecto. Las dos tenemos pensado ir al festival de la ciudad el próximo fin de semana por el Día de los Caídos y hace tiempo decidimos ir juntas de compras a buscar ropa.

Así que, como es nuestro día libre, estamos en Hudson Yards, con su decoración patriótica, aprovechando las rebajas en busca del atuendo perfecto. Y creo que este vestido es una pasada, pero, por lo visto, el amarillo no es mi color. Lo cuelgo de nuevo en el perchero y, por tercera vez hoy, me doy cuenta de que un hombre extraño me está observando. Ha estado en al menos cuatro de las tiendas que hemos visitado y es inquietante. No lo reconozco de ningún otro sitio, pero no me gusta.

—¿Pasa algo? —pregunta Jen, percatándose de mi ansiedad.

Le doy la espalda al hombre y parpadeo rápidamente para contener la emoción que amenaza con aflorar. —Mírame a la cara y a ningún otro sitio, ¿vale?

Jen arruga la frente, preocupada. —¿De acuerdo?

—Y mantén la calma… —Relajo los hombros y me apoyo en el perchero con aire despreocupado. El hombre no puede verme la cara, pero si lee mi lenguaje corporal, con suerte no se dará cuenta

de que estamos hablando de él. Cuando la mirada de Jen se fija en la mía, digo—: Hay un hombre a unos veinte metros detrás de mí. —Sus ojos se desvían y yo digo en voz baja—: ¡Ah! —Y sus ojos vuelven a clavarse en los míos—. Lleva siguiéndonos unos cuarenta minutos. No sé qué pensar.

Su rostro se serena, como si se hubiera dado cuenta de que le toca mantener la cara de póquer. —Ya veo. —Coge el vestido que yo sostenía hace un momento y me lo vuelve a presentar—. Sujeta esto. —Hago lo que me dice, y ella saca el móvil y, con toda naturalidad, me hace una foto con el vestido. Inmediatamente, baja la mirada hacia el teléfono y amplía la imagen—. No lo reconozco.

Me inclino y miro boquiabierta su móvil, donde la cara del hombre ocupa toda la pantalla. Intento situarlo, pero no me suena de nada. No lo he visto por el hospital ni cerca de Lorenzo. No es de ninguna de las citas de Calvin, ni tampoco es un paciente. No tengo ni idea de por qué este hombre podría estar interesado en mí o en Jen.

—No creo que ya me sienta cómoda aquí. ¿Quieres que nos vayamos? Puedo ponerme un vestido que tengo en el armario. —Vuelvo a colgar el vestido en el perchero. Jen tiene razón. De todas formas, no es mi color.

—Sí, vamos —dice, guardando el móvil en el bolso—. Pero que no parezca que es por eso.

Estoy de acuerdo con ella, así que cotilleamos un poco más. Veo algunas cosas que me gustan, pero no pienso hacer una cola de docenas de personas durante otros treinta minutos sintiéndome así. Es muy posible que este hombre sea solo uno de los matones de Lorenzo, enviado para protegerme, pero la verdad es que no he sido muy dócil con sus deseos. Ignoré su invitación a cenar el otro día y no abrí la puerta con la cadena puesta cuando Norm vino a llamar, usando la excusa de que no me encontraba bien.

Esa negativa a obedecer al señor Gatti vino acompañada de una llamada de advertencia de su parte de que o asistía al Festival del Día de los Caídos con él o ya vería, y yo lo único que quiero es desaparecer. Llegar a este acuerdo con él fue una decisión horrible. Ahora hay gente a mi alrededor que está sufriendo por ello. El

doctor Holder es un buen hombre con familia, que ama esta ciudad y a sus pacientes. No se merece que lo sacrifiquen por mí de esa manera.

—¿Estás bien? —pregunta Jen, rodeándome el brazo con el suyo. Me acerca a ella porque nuestro hombre misterioso está ahora más próximo, a solo unos quince metros, pero es obvio que todavía nos sigue. Quiero creer que es mi protección, pero siento un miedo persistente que no puedo quitarme de encima.

—No… no lo estoy. Me he metido en un lío del que ojalá pudiera salir. —Apoyo la cabeza en su hombro y camino a su lado con torpeza a cada paso que doy.

—Cuéntamelo todo. —Jen sabe que Lorenzo intenta cortejarme, e incluso algo de lo protector que es conmigo, pero no conoce los sucios detalles de todo, y no estoy segura de poder expresarlo con palabras sin sonar patética. —Cuéntamelo —dice, dándome un codazo.

—Llegué a un acuerdo con él, pero se le ha ido de las manos. No sé cómo echarme atrás.

—¿Qué acuerdo? —Me aprieta el brazo y yo suspiro con fuerza.

—Mi seguridad a cambio de salir con él, solo que no me gusta la atención que recibo cuando me ven en público con él. —Me enderezo y miro por encima del hombro. El tipo sigue ahí y su mirada se cruza con la mía. Definitivamente no es mi protección y no he visto ni rastro de Norm, aunque es raro que lo vea. Ese pensamiento me reconforta un poco, porque quizá siga por ahí, al acecho, observándome, pero también es posible que no.

—¿Qué más? —pregunta Jen, y yo niego con la cabeza.

—Nada más. —Pero, al pronunciar estas palabras, se me revuelve el estómago. Hay algo más, pero me avergüenza profundamente admitir lo que sé. Está claro que al menos algunos de los miembros de la junta saben cómo Lorenzo se está deshaciendo del doctor Holder para ponerme a mí en ese puesto, pero si se lo cuento a otras personas del hospital podría haber una investigación de ética. Podrían llevarme ante un comité de evaluación porque estoy saliendo con el hombre que mueve los hilos. No puedo permitirlo.

—No me mientas, Sofia. Estás ocultando algo. Cuéntamelo todo.

Evito la mirada de Jen mientras salimos del Yards a la bulliciosa acera y nos dirigimos hacia la entrada del metro a unas pocas manzanas de distancia. El hombre sigue ahí, siguiéndonos. Siento que el corazón me late demasiado deprisa, como si hubiera estado corriendo, pero mantengo un ritmo uniforme y constante. Ahora mismo estoy rodeada de gente, pero es un consuelo nimio. Ya he visto a hombres atacar a una mujer en medio de una multitud, muy parecido a lo de aquel imbécil en el vestuario.

—Escucha, no sé cómo lo está haciendo, pero ha conseguido que despidan a Holder. Quieren nombrarme jefa de Cirugía. A mí… Tengo veintinueve años. A la gente de mi edad no la nombran jefa, le dicen que vaya ascendiendo en el escalafón. Me estoy saltando como siete ascensos entre mi puesto actual y el de jefa. Jen, es una locura. Cree que va a moverme como a un peón en una partida de ajedrez y que a mí me va a parecer bien. —Vuelvo a mirar por encima del hombro. El hombre está más cerca ahora que entramos en la boca de metro y bajamos con el gentío.

—Tienes que librarte de este trato, Sofia. Quizá solo te esté utilizando de cara a la galería, pero ¿y si no le sigues el juego?, o ¿y si fracasas como jefa y te despiden? Entonces, ¿qué?

Eso duele, pero es verdad. Sin los años de experiencia necesarios para saber lo suficiente como para ocupar ese puesto en el hospital, es muy posible que fracase. Y, si eso ocurre, es imposible saber qué haría Lorenzo, o hasta qué punto podrían sufrir los pacientes. Hice un juramento de no causar daño, así que ¿cómo puedo ascender voluntariamente a un puesto de honor cuando podría hacer que la gente sufriera?

Pasamos nuestros abonos por el lector y cruzamos los tornos, intentando agacharnos para que no se nos vea tan fácilmente, y por un momento creo que hemos esquivado al hombre. Seguimos a la multitud y buscamos un sitio para esperar al metro. El mío llegará en minutos, pero el de Jen tarda un poco más.

—Tienes razón, pero no estoy segura de cómo salir de todo esto ahora. No es el tipo de hombre al que conviene enfadar, Jen. Estoy segura de que, si intento echarme atrás, me matará o, peor aún, me

obligará a hacer cosas con las que no estoy de acuerdo hasta que no me quede más remedio que denunciarlo. ¿Cómo me defiendo de algo así? —Mis ojos continúan recorriendo los rostros a mi alrededor, pero no veo al hombre.

—Entonces vete de la ciudad. Coge a Calvin y ve a mi cabaña en las Catskills. Puedes pedir una excedencia en el trabajo y mantener un perfil bajo hasta que se calme la situación. Seguro que el doctor Kline te ayuda a encontrar otro sitio donde trabajar si lo necesitas. —Me da una palmadita en la mano y me ofrece una sonrisa débil—. Tienes que alejarte de él, Sofia. Es lo más seguro.

El tren entra con un silbido en la estación y el conductor empieza a dar avisos. Las puertas se abren, la gente se baja y le doy un abrazo rápido antes de buscar mi sitio en el vagón. Un lugar fuera de la ciudad donde pueda pasar desapercibida es una buena idea, pero no estoy segura de cómo llegar, ni de qué decir a la gente en el trabajo. Si simplemente no me presento ante Lorenzo, se pondrá furioso. Sabe cómo manipular a la gente y hacerle daño. A eso se dedica.

Me agarro a la barra y espero a que el tren se ponga en marcha, pero, incluso antes de que las puertas se cierren, me fijo en el hombre que está al fondo del vagón. No me está mirando, pero estoy segura de que es él. Ni siquiera se molesta en disimular mientras me sigue. Hay suficiente gente en este tren como para que pudiera delatarlo, y los hombres a mi alrededor probablemente se unirían para protegerme, pero si tiene una pistola también podría provocar un incidente grave.

Así que me callo. Veo cómo las puertas se cierran y me aferro a esa barra como si fuera mi salvavidas. Con los ojos cerrados, susurro una plegaria para que, de algún modo, este no sea más que el ángel de la guarda de Lorenzo y que no me esté siguiendo alguien con intenciones perversas. Por lo que sé, podría ser el hombre que me atacó en el vestuario. Oí que lo detuvieron, pero quién sabe si ha pagado la fianza y, de ser así, nunca lo reconocería. Llevaba una máscara.

14

LORENZO

Sofia no se ha puesto un vestido nuevo como le ordené, pero está aquí, con una sonrisa en la cara para las cámaras, saludando a todo el que se nos acerca con tacto y elegancia. Sin embargo, cada vez que las cámaras se apagan y hay un respiro en el gentío que se mueve en nuestra dirección, se sume en un humor hosco con el ceño fruncido.

—Sabes que se te arrugarán los labios como los de una fumadora empedernida de setenta años si sigues frunciéndolos así. —Apoyo la mano en la parte baja de su espalda y la guío entre la multitud congregada en el parque de Washington Square para las celebraciones.

Vendedores ambulantes y *food trucks* abarrotan la zona, impregnando el aire con sus ruidos y olores. Los niños chillan al pasar corriendo y el sol nos cae a plomo desde lo alto, humedeciéndome la frente de sudor. Mi polo y mis pantalones de pinza son un poco formales para el evento, pero normalmente nunca se me ve en público sin traje. Sofia insistió en que desentonaría y ahora entiendo por qué.

Hombres y mujeres se pasean en pantalones cortos y camisetas, luciendo gorras de béisbol y sandalias. Incluso el vestido de verano de Sofia resulta un poco formal, pero con su nuevo título de jefa de Cirugía, está elegante. Le aprieto la cintura mientras la conduzco hacia unos bancos a la sombra. Hay tantas caras aquí que es difícil

saber qué lugar causará mayor impacto, pero con la cantidad de fotos que nos han hecho hoy, estoy seguro de que ya se ha corrido la voz de que he hecho acto de presencia con la encantadora doctora y de que la ciudad estará informada.

—Sentémonos —le digo, señalando el banco vacío. Norm nos sigue, rondando cerca y proyectando su propia sombra allá donde va.

—Bien. —A la actitud de Sofia le falta un hervor y puede que tenga que volver a enseñarle cómo debe responderme, pero lo tolero. Se ha portado bastante bien para las cámaras. Todo el mundo tiene derecho a tener un poco de carácter.

Se sienta ella primero y yo me acurruco a su lado para que quede bien ante cualquiera que esté mirando. Con el brazo sobre sus hombros y mi cuerpo pegado al suyo, me inclino y le doy un beso en la mejilla; luego le susurro al oído: —He oído que todavía no has aceptado ese puesto. Espero una carta en el despacho de Kline mañana a primera hora.

Cuando sea jefa de Cirugía, su prestigio subirá al siguiente nivel. Se escribirán y emitirán todo tipo de noticias sobre ella, ensalzando su maestría y su rápido ascenso. Ya es un genio —eso lo sabe toda la ciudad—, pero con un empujoncito por mi parte será mundialmente famosa. Y con eso cuento. Hombres y mujeres poderosos de todo el mundo acudirán en masa al Bellevue para recibir tratamiento, sabiendo que la mejor cirujana del mundo los atenderá.

—No sé por qué insiste tanto en esto. ¿No basta con que salga con usted? Su reputación ha mejorado desde que se me vio con usted en esa gala benéfica. —Se aparta un poco, con los brazos cruzados sobre el pecho de tal forma que se le marcan ligeramente los pechos. Disfruto de la vista mientras le mordisqueo el lóbulo de la oreja, dejando claro a quienquiera que esté mirando que no queremos compañía.

—Tú déjame los porqués a mí y limítate a hacer lo que te digo. Forma parte de nuestro acuerdo.

—No, nuestro acuerdo era que yo saliera con usted en público. —Habla con una sonrisa forzada, lo que significa que alguien nos está

mirando. Levanto la vista y veo a una persona haciéndonos una foto. Poso y, cuando se aleja, vuelvo a mordisquearle la piel—. Y aceptar ese puesto perjudica directamente a alguien que conozco y que me importa.

—No conoces a Holder de nada. Suerte que no ha sido Baker. Ese capullo no sabe nada, se graduó por los pelos. ¿Cómo diablos consiguió ese puesto? —Mi lengua traza una línea por su cuello y le muerdo la tierna piel justo debajo de la mandíbula.

—Sé que Holder tiene hijos y a mí me importan los niños. —Resopla y me aparta con el hombro—. Además, no soy la persona adecuada para el puesto. Creo que Holder se lo merece. Primero necesito aprender más.

Deslizo la mano por su regazo y le agarro la cadera contraria, atrayéndola con fuerza contra mi pecho. Ella se pone rígida y se aparta. Un gruñido me retumba en el pecho.

—Yo decido quién se merece qué.

—No, lo decide el director del hospital, el señor Kline, lo decide la junta médica, no un mafioso con un plan para quedar bien arrastrándome a mí por el fango. —Sofia se pone en pie y mira a Norm—. Usted es mi protección, ¿verdad? —espeta.

—Eh… —Él me mira de soslayo y asiento—. Sí, señora, lo soy. —Los anchos hombros de Norm hacen que los míos parezcan diminutos. Si quisiera, podría pulverizarme, pero le salvé la vida. Es leal.

—Protéjame entonces de ese maníaco. —Sofia me señala con un dedo y se va furiosa. Su obstinación me hace reír. Norm me echa un vistazo antes de seguirla y yo me levanto despacio y camino tras ellos. Se está comportando como una niña, y a los niños hay que darles un azote, que es lo que pienso hacerle en cuanto la pille a solas.

Tras caminar unas cuantas manzanas, envío un mensaje a mi chófer para que traiga el coche. Sofia está hecha una furia, zigzagueando entre la multitud como una loca solo para demostrar que está enfadada conmigo. Le estoy haciendo un favor, haciendo llover sobre ella fortuna y bendiciones que nunca alcanzaría por sí sola, y se niega a ver mi benevolencia. Ya se dará cuenta, pero por

ahora no puedo permitir que siga comportándose así o mis hombres empezarán a pensar que soy débil.

En menos de cinco minutos el coche aparece a la vista, avanzando en nuestra dirección por la Quinta Avenida. Sofia no lo reconoce, pero yo sí, así que cuando se abalanza y le corta el paso, bloqueando el paso de peatones, ella golpea el capó y le grita improperios como si mi chófer no fuera más que otro taxista maleducado de Nueva York.

—¡Gilipollas! Casi me atropellas. Debería llamar a la policía.

Antes de que pueda escapar, Norm ya está allí, rodeándole la cintura con su musculoso brazo. La levanta en vilo y se dirige a la puerta trasera. La abre con una mano y la mete dentro de un empujón con la otra. Espera con la puerta abierta mientras me acerco y, al subir, asiento con la cabeza.

—Gracias, Norman. Necesitaremos algo de intimidad —le digo mientras me siento. Cierra la puerta y veo a una Sofia muy desconcertada, hecha un ovillo en el suelo. Se aparta el pelo de los ojos y me mira con furia.

—¡Pero qué coño te crees que haces! —Se abalanza hacia la puerta, pero está cerrada con el seguro para niños puesto mientras el coche se reincorpora al tráfico. Golpea la ventanilla y grita—. ¡Sacadme de aquí!

Suspiro y cruzo una pierna sobre la otra, con las manos cruzadas en el regazo. —Tus gritos no sirven de nada, Sofia. Los hombres seguirán dando vueltas hasta que yo dé la orden de parar. Deberías ahorrar saliva.

Se gira bruscamente y vuelve a fulminarme con la mirada, con los ojos casi rojos de ira. Su pecho sube y baja con agitación mientras intenta recuperar el aliento, y se desliza en el asiento a mi lado. El resto de la limusina parece un vacío con los dos sentados aquí, pero no me importa su cercanía. Me facilitará las cosas en un segundo.

—Una cosa era que me vieran contigo en público. Y muy bien si quieres convertirme en tu puto juguetito. Pero no puedes joder mi carrera. ¿Entiendes? No voy a aceptar ese puesto.

Mi mano cobra vida propia. Alargo el brazo y le agarro el cuello con fuerza. Al instante, se atraganta y me araña la muñeca. Aprieto hasta que jadea en busca de aire, parpadeando a toda prisa. Está desesperada, mueve las piernas para enroscarlas en las mías, ahogándose por mi agarre, y espero hasta que sé que está a punto de desmayarse para aflojar la presión.

—Eres mía y harás lo que yo te diga. ¿Me entiendes? —susurro. Ella asiente mientras inspira hondo—. No soy un hombre al que se pueda ignorar, Sofia. He intentado ser paciente contigo. Te he dado más oportunidades y comprensión de las que mereces. Si fueras uno de mis hombres, a estas alturas ya te habrían azotado o matado.

Sus dedos aún intentan soltar mi mano, aunque sé que ya puede respirar bien. Su respiración es áspera mientras inspira, pero no se está asfixiando. Mantiene sus ojos clavados en los míos y, mientras hablo, se le escapan lágrimas por el rabillo.

—Ahora, vas a escucharme con atención. Te he prestado un servicio y debes pagármelo. No acepto dinero. Acepto tu obediencia. ¿Ha quedado claro?

Aflojo más el agarre y ella vuelve a asentir, aún aferrada a mi muñeca. Veo cómo su mirada pasa del miedo a la determinación. Aquí es donde me demuestra que va a obedecer, su última oportunidad, o tomaré cartas en el asunto, y no le gustará lo que decida por ella. Se pasa la lengua por los labios y susurra:

—Está bien... Lo aceptaré... Haré el trabajo.

La empujo, soltándole el cuello, y me reclino en mi asiento. Se arrastra por el largo banco hasta el otro extremo de la limusina y se frota la piel donde estaba mi mano. Sus ojos están ahora llenos de fuego, del tipo que veo cuando follamos, cuando está desesperada por ese clímax y diría cualquier cosa para que se lo dé. Pero esto es diferente. Es la determinación de conservar su vida. Aceptaré cualquiera de las dos, aunque me hubiera gustado que fuera la primera.

—Abre la nevera —le ordeno, pensando que un buen refresco podría venir bien. Es un día caluroso y ella está un poco sudada. Quiero que se refresque.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta, tragando saliva. Mira la pequeña nevera de la esquina y luego a mí otra vez.

—Abre la puta nevera. —Entrecierro los ojos al mirarla, y obedece—. Saca una botella de Coca-Cola ahora.

Con dedos temblorosos, saca una botella de Coca-Cola y cierra la nevera. Mira a su alrededor estúpidamente, como si buscara un abrebotellas o algo, pero no necesita uno. Al menos, no todavía.

—Ahora quítate las bragas.

—¿Qué? No. Puto pervertido.

—¿Debo recordarte que no soy un hombre con el que se pueda jugar? —Enarco las cejas y ella gimotea, y luego obedece. Pone la botella en el asiento a su lado y mete la mano bajo su vestido de verano para agarrar sus bragas rosas y bajárselas. Al hacerlo, se le cae una sandalia y se apresura a recogerla.

—Déjala —le espeto, y ella se recuesta en el asiento. El coche traquetea por las calles. Saben que no deben molestarme, aunque tengan que gastar toda la gasolina solo para que Sofia y yo tengamos nuestro momento.

Está aprendiendo, ahora se mueve más deprisa para obedecerme sin protestar, y eso me agrada, aunque solo sea por miedo. Me gustaría que hubiera algo más en nuestra relación, pero es lo que hay.

—Fóllate. —Mis palabras son inequívocas. La sorpresa en su cara, junto con sus jadeos de incredulidad, me dicen que he dado en el clavo.

—¿Qué? ¿Estás enfermo? No voy a hacer eso.

—Sí, lo harás. Me perteneces y te he pedido que hagas algo. Ahora, abre las piernas, métete la puta botella en el coño y fóllate. —Solo verla retorcerse hace que se me caliente la sangre. Siento cómo se me hincha la polla y ni siquiera he visto aún ese bonito coñito.

Sofia me tira la botella y rebota en el asiento a mi lado. —Que te jodan, Lorenzo. No lo haré.

Me río entre dientes, cojo la botella y se la devuelvo. El rubor de sus mejillas, floreciendo de excitación, la delata. Está intrigada y

cachonda. A esta zorrita le encanta que la manden y le digan lo que tiene que hacer, y quizá también tenga una o dos perversiones.

—Coge la botella, póntela entre las piernas y fóllate el puto coño ahora. —Imprimo un tono de enfado en mi voz y ella tiembla, con los ojos de nuevo muy abiertos.

La veo enderezar los hombros y su pecho sube y baja más deprisa. Cuando coge la botella con manos temblorosas, sé que va a obedecerme.

La forma en que se abre, y la humedad acumulada que brilla con la luz del sol que se asoma por las ventanillas tintadas, me dice que sabe cómo autocomplacerse. Duda un momento, mirando la gruesa botella entre sus muslos, y luego cierra los ojos y la presiona contra su abertura.

—Mierda, está fría.

—¡Hazlo! —le espeto.

Sofia se la mete de un empujón, presionando la botella contra la pared del fondo de una sola estocada. Su cuerpo se desliza más abajo en el asiento, con las caderas justo en el borde y la cabeza en un ángulo incómodo contra el respaldo. Es excitante. Ella es excitante. Me pone duro como una roca, así que libero a mi bestia, sacándola de su jaula para jugar. Me la meneo mientras ella empieza a embestirse y a masajearse el clítoris.

Con su coño a la vista, puedo ver cómo se contrae y se relaja alrededor de la botella con cada uno de sus movimientos. Gime y gruñe, y mientras el coche avanza a trompicones, jadea un poco. —No funciona.

—No he dicho que tuviera que venir. He dicho que se joda. —Sigo masturbándome, haciendo que una gota de líquido preseminal asome por la punta de mi polla y conteniéndome al borde del orgasmo. Dios, cómo me apetece follármela por el culo ahora mismo, pero está aprendiendo una lección, y una muy valiosa, por cierto.

Forcejea, se emplea a fondo. Noto que lo desea, pero no va a funcionar. Es tan excitante que tengo que contenerme, ralentizando las sacudidas para no correrme por todo el coche.

—Venga aquí —ordeno, y ella se incorpora y contiene la respiración. La botella se le cae del coño y añado—: Y traiga la botella.

Sofia ya está lista para mí, ansiosa por llegar al clímax y dispuesta a ser mi juguete sexual una vez más. Atraviesa la limusina a gatas y se arrodilla delante de mí, con la botella en la mano. Tiene trocitos de gravilla pegados y se los quita, pero no hay tiempo para eso. Alargo la mano y le arranco de un tirón el tirante del vestido de un lado y luego del otro. Suelta un grito ahogado y se sienta sobre los talones.

—¡Qué coño! ¡Es mi vestido!

—Cállese. —Le agarro una muñeca de un tirón, haciendo que vuelva a soltar la botella, y le ato el tirante a la muñeca y al tirador de la puerta.

—¡Eh! ¡Qué coño! —Me golpea las manos y forcejea mientras le ato la otra mano al otro lado del coche—. ¡Qué cojones! ¡No!

—Oh, Dios, va a disfrutar de esto —gruño mientras le bajo la cabeza. Está indefensa. Le meto la polla en la boca a la fuerza y ella gime y balbucea mientras empiezo a embestir. Sentir sus labios rodeándome es increíble. Chupa con tal ferocidad que apenas puedo controlarme. Me inclino, cojo la botella, me estiro por encima de su cuerpo y se la vuelvo a meter en el coño a la fuerza.

—Mmmm —gime, pero le follo el coño y la boca al mismo tiempo y, para rematar, me escupo en los dedos y le meto dos por el culo. En menos de tres minutos, es un manojo de temblores y siento cómo sus orificios se contraen con fuerza. Su cuerpo intenta rechazar la botella, pero yo la fuerzo a entrar de todos modos, y cuando está casi flácida, la suelto y le agarro la cabeza, hundiéndole la polla hasta el fondo de la garganta.

Mi cuerpo se libera, escupiendo mi semen caliente por su garganta. Ella tiene arcadas y tira de las ataduras, pero cada vez que su garganta se contrae me exprime más, haciendo que esto sea aún más placentero para mí.

Hasta que me vacío.

Me reclino, deslizando las caderas hacia atrás en el asiento, y ella queda colgando, lacia, entre las dos puertas. Con la cabeza echada

hacia atrás, cierro los ojos y dejo que mi cuerpo disfrute por un momento del aturdimiento postorgásmico. Sí… Diría que ha aprendido la lección.

15

SOFIA

Me duelen los hombros; me arden las muñecas. Cuelgo aquí como un trozo de carne en una carnicería con una teta colgándome del vestido roto y el coño chorreándome por el muslo. Lorenzo está ahí sentado, con esa cara de gilipollas engreído que tiene, deleitándose con el hecho de que me pone cachonda incluso cuando es un monstruo. Y joder si me ha puesto cachonda. ¿Qué coño me pasa? ¿Cómo puedo ser tan débil?

Se mueve, pero no levanto la vista hacia él. Observo cómo su mano se acerca a su polla, todavía dura y cubierta de mi saliva. Se la guarda en los pantalones y sube la cremallera, y luego se lleva la mano al bolsillo. Si no estuviera atada, pensaría que iba a por mi cuello, pero me relajo al saber que me necesita. Al menos por un rato. Corta los hilos que antes eran los tirantes de mi vestido y me suelta los brazos. Caigo al suelo, apoyándome en el asiento y frotándome la piel dolorida. Luego me subo el vestido para cubrirme el pecho.

—¿A qué coño ha venido eso? —pregunto con calma.

—¿Ahora te quejas? Porque juraría que hace solo unos segundos te retorcías de éxtasis.

Dios, lo que daría por borrarle esa estúpida cara de prepotente de una bofetada. Soy suya y lo sabe. La única manera de escapar de él es, literalmente, alejarme de él. Si estoy en la misma habitación

que él, mi puto coño toma el control. Lo próximo será obligarme a follarme a Norm solo para mirarnos y correrse.

—Te odio.

—No lo dices en serio. —Se abrocha el cinturón y se aparta a un lado. Lo veo bajar el asiento central, que revela una consola con un cenicero y una caja de puros. Saca uno, le corta la punta, se mete la mano en el bolsillo y saca un mechero—. ¿Un puro? —pregunta con crueldad, como si no acabara de intentar ahogarme para luego meterme la polla por la garganta hasta dejarme sin aliento.

Le habría dejado si me lo hubiera pedido, pero no lo ha hecho. Simplemente lo ha cogido. Y odio eso de él. Odio que tenga ese poder sobre mí, que yo se lo entregue como si fueran caramelos en Halloween o algo así.

—No. —Me levanto del suelo, me arreglo el vestido y vuelvo a aparcar el culo en el asiento más alejado de él. Sabe que soy suya. Ni siquiera puedo negarlo. No cuando mi propio cuerpo me traiciona.

—Tú te lo pierdes. Sienta de maravilla después de un buen polvo. —Le da una chupada al puro y me echa el humo a la cara de mala manera. Las ventanillas ni siquiera están abiertas. Agito la mano delante de la cara y frunzo el ceño. Luego cojo la sandalia y meto el pie en ella, dejando las bragas húmedas tiradas en el suelo. Después de que me haya follado con esa botella sucia, no pienso volver a ponérmelas. Necesito una ducha.

—Solo quería decir que...

El teléfono de Lorenzo empieza a sonar y me interrumpe. Contengo el aliento y lo fulmino con la mirada mientras lo contesta, ignorándome.

—Habla… Sí… Se suponía que ya te habías encargado de esto. Sí, bueno, si el trabajo no está acabado, no cobras. —Vuelve a chupar el puro y me observa botar con el movimiento del coche—. Cuando esté hecho, avisa a los de la limpieza. Esta vez no pueden aparecer cadáveres. —Baja el teléfono y mira la pantalla con el ceño fruncido un instante antes de mirarme con una expresión sardónica.

—¿Le acabas de decir que mate a alguien? —Me abrazo el vientre con los brazos y desearía poder fundirme en el asiento—. No pienso seguir formando parte de esto, Lorenzo. Eres malvado.

—¿Tan pronto has olvidado nuestra lección? —Coge el teléfono y se lo vuelve a poner en la oreja—. Llévanos a la casa —dice; a continuación, cuelga de nuevo y yo miro por encima del hombro la ventanilla cerrada y tintada que me separa de los conductores.

—Quiero irme a casa. —Me encojo aún más y siento que el miedo vuelve a invadirme. Se suponía que esto era una salida pública, no una excursión a su casa. Tengo que ir a casa a ver cómo está Calvin.

—Tengo un trabajo para ti.

—Ya he hecho mi trabajo para ti —digo con sequedad. Como si chuparle la polla no fuera suficiente por un día. Me ha utilizado para cincuenta sesiones de fotos y lo único que quiero es irme a casa y quitarme su rastro de encima.

—Yo digo cuándo se ha acabado tu trabajo, Sofia. —Lorenzo se guarda el teléfono en el bolsillo y se me queda mirando durante el resto del trayecto. Cuando llegamos, Norm nos acompaña por la escalinata de entrada a su ridícula mansión y yo supongo que nos sentaremos en el salón, pero chasquea la lengua cuando intento entrar.

—Por aquí —dice con severidad, y yo lo sigo.

Miro dentro de la habitación al pasar y veo a Antonio; me inunda el alivio de que, después de todo, no vamos a entrar ahí. Nada podría ser peor que volver a ver a su padre. El hombre no ha hecho la donación a la fundación como prometió, así que estoy enfadada con él. Pero, al igual que su hijo, hará que todo gire en torno a que no he aceptado un trabajo que no pedí con unas consecuencias que no quiero.

—Aquí —ladra Lorenzo, haciéndose a un lado mientras abre una puerta.

En el instante en que la puerta se abre de par en par, huelo a infección y a sangre. Es un olor que nunca confundiré ni olvidaré. Como cirujana lo huelo a diario, aunque normalmente se mezcla con los olores familiares de la lejía y el limpiador. Y nunca lo he olido con tanta intensidad en ningún sitio que no fuera un quirófano.

—¿Qué es esto? —digo, entrando en la habitación. Veo a un hombre postrado en la cama, con la espalda al descubierto. Tiene un

agujero enorme en la espalda, del que supura pus amarillo mientras rezuma sangre—. ¡Qué demonios! —Mi formación médica se activa al instante—. Joder, este tío está séptico.

—Arréglarlo —oigo desde la puerta. Miro por encima del hombro y veo a Antonio allí, con un vaso de algún tipo de whisky en la mano.

—¿Qué? —Me doy la vuelta y niego con la cabeza—. Soy cirujana, no hago milagros.

—Arrégla-lo. —Acentúa cada palabra como si fuera una frase mientras aprieta la mandíbula y me mira fijamente—. ¿O deberíamos buscar a otra buena doctora que nos ayude? —Se lleva el vaso a los labios y siento como si estuviera mirando a los ojos del mismísimo diablo. Si Lorenzo es capaz de hacer lo que me ha hecho a mí, de amenazarme como lo ha hecho, su padre es peor.

No digo nada. Me vuelvo hacia el herido y me inclino sobre él para examinarle la herida. —¿Le han disparado? —La parte posterior de su cuerpo parece que se la han hecho añicos. Le falta tejido muscular y óseo necesario para poder coserlo. Tal como está, no volverá a caminar. Levanto la vista hacia Norm, que también está de pie junto a la cama.

—Un calibre doce en las tripas. Por delante solo tiene un agujerito. Esta es la peor parte. —Norm empuja un carrito hasta mi lado que aún no había visto. La habitación no es precisamente estéril, pero si no actúo ya, este hombre morirá. Incluso si hago algo, es muy probable que muera de todos modos. Echo un vistazo a la ventana y sé que necesito más luz. —Abre las cortinas —espeto, y Norm va a hacer lo que le he pedido. El riesgo de infección también es alto, pero de eso ya me preocuparé más tarde. Cojo un par de guantes, me los pongo y luego examino las herramientas. Hay un sinfín de cosas, pero ni suturas, ni grapas, ni nada para limpiar la herida.

Me esfuerzo un rato, limpiando el pus del foco de la infección y secando la sangre. Es un milagro que no se haya desangrado ya. Tiene el hígado intacto, pero los intestinos perforados por varios sitios.

—Necesito aguja e hilo ya. —Mientras los espero, cojo un vaso de agua de la mesilla de noche. No hay ninguna forma real de irrigar esto, así que utilizo una toalla de baño ya manchada con la sangre del hombre y el agua del vaso para intentar limpiar la materia fecal. Dará igual que le pongan los mejores antibióticos del mundo si le coso esta mierda dentro.

Estoy frenética, con las manos temblorosas mientras limpio sus órganos internos con toquecitos. Ni siquiera se mueve. No estoy segura de si lo han dejado inconsciente con alguna droga o con alcohol, o si el dolor es tan intenso que simplemente ha perdido el conocimiento. No sé cuánto tiempo lleva así, pero parece que al menos un día. Y, a pesar de mis esfuerzos, sin un injerto de piel, no hay forma de que pueda cerrarlo. Así que, cuando Norm me da la aguja y el hilo, le coso los intestinos perforados y le tapono la herida con gasas empapadas en alcohol.

Cuando me aparto, estoy cubierta de sangre y temblando. Me quito los guantes y me alejo sabiendo que sus posibilidades son casi nulas. Tiro los guantes e intento salir de la habitación, pasando por delante de Antonio, pero me detiene con un brazo en el marco de la puerta.

—¿Se pondrá bien?

Hago una pausa y me quedo mirando el oscuro pasillo. —Deberías haberme llamado en el instante en que esto ocurrió. No hay nada más que pueda hacer. Necesita urgencias, antibióticos, una cirugía de verdad. Joder, necesita un puto injerto de piel.

Lorenzo observa cómo me enfrento a su padre y enarca una ceja. O está entretenido y esperando el espectáculo, o está impresionado de que no tenga miedo.

—Te dije que lo arreglaras.

—Trae una puta ambulancia aquí y haré lo que pueda en el Bellevue. —Lo fulmino con la mirada por el rabillo del ojo y él me tira del brazo, obligándome a girarme y a mirarlo a los ojos.

—No has hecho lo que te dije.

—Tú no has cumplido tu parte del trato. ¿Dónde está el millón de dólares para la fundación?

Oigo la bofetada antes incluso de verle mover la mano. Me arde la mejilla mientras la cabeza se me gira hacia un lado. Tomo aire profundamente y mantengo la mirada fija en el suelo del pasillo. Nadie mueve un músculo mientras Antonio da otro sorbo a su bebida.

—Se ha ido, jefe —dice Norm y yo me estremezco. Sabía que iba a morir.

Hay un momento de silencio antes de que Antonio vuelva a hablar. —Si quisiera un fracaso, habría traído a un veterinario. A lo mejor no eres la mejor médica del país.

—Y a lo mejor tú eres un impresentable. —Levanto la barbilla y le sostengo la mirada—. No vuelvas a llamarme.

Me giro y miro directamente a Lorenzo, que ahora tiene las dos cejas arqueadas. Definitivamente, está impresionado. Me pregunto si él se atrevería a enfrentarse así a su padre. Doy unos pasos hacia él y, cuando está lo bastante cerca para oírme, susurro: —Se acabó. Yo me largo. —Luego me dirijo hacia la puerta principal y hacia mi libertad.

Recupero el bolso del coche, donde lo tiraron con prisas cuando Norm me metió dentro, y pido un Uber para que me recoja a unas manzanas de aquí. Un corto paseo me ayudará a despejar la mente, porque acabo de plantarle cara al jefe de la mafia más famoso que ha visto la ciudad de Nueva York. Ahora, esa escapada a la cabaña de Jen en la montaña me parece cada día más apetecible.

16

LORENZO

Estoy en el umbral de una de mis habitaciones de invitados, sabiendo lo que ha hecho mi padre. Todos sabíamos que este hombre iba a morir. Nadie sobrevive a un disparo de escopeta a bocajarro en el vientre cuando parte de la columna vertebral vuela por los aires. Sin embargo, la doctora Carter se ha dejado la piel intentando salvarlo. Nuestro anterior equipo médico lo habría desahuciado y le habría inyectado cloruro de potasio para aliviar el sufrimiento.

—¿Dónde lo pongo? —pregunta Norm, que ya está ocupado doblando los bordes del edredón alrededor del hombre para sacarlo de allí. Necesitaré un colchón nuevo, y puede que también una moqueta nueva.

—En la nevera, por ahora. Sus partes podrían sernos útiles más adelante para algún chantaje. —Me rasco la barba y miro a mi padre, que está absorto en sus propios pensamientos.

—Córtale los dedos y empaquétalos con esmero. Solo los de la mano derecha, por favor. Tengo que enviar un mensaje. —Mi padre sale de la habitación con el vaso vacío en la mano y se dirige al salón a por otra copa.

Lo sigo, pensando en cómo la formación médica de Sofia se le activa como un interruptor en cuanto ve a alguien herido. Es un instinto visceral que probablemente tengan la mayoría de los sanitarios de urgencias. Demonios, seguramente es un acto reflejo

de la humanidad, excepto para la gente como yo. Yo me quedo mirando cómo se retuercen como los insectos que son, preguntándome si su sufrimiento es tan doloroso que también les deja cicatrices mentales. Es lo que diferencia a la gente como ella de la gente como yo. Es una buena persona.

Yo soy una bestia.

—Nuestra doctora no tiene pelos en la lengua, ¿verdad? —Mi padre entra en el salón y sus rasgos oscuros se iluminan de nuevo. La habitación está sumida en el caos, probablemente por el frenesí de actividad de cuando mis hombres trajeron al ruso moribundo a casa. Nadie le dijo a Sofia que el hombre no nos era leal. Simplemente le dijimos que lo arreglara y le indicamos la dirección correcta. Así es como sé que es buena persona.

—Desde luego —convengo, sirviéndome con él un chorrito de bourbon, uno bueno y polvoriento de mediados del siglo XX, envejecido en una barrica de vino en un viñedo de la costa oeste. El primer sorbo es dulce, pero el ardor me reconforta la garganta—. Y cuando la follo y se resiste, es sensacional.

—Bueno, yo prefiero a mis mujeres dóciles, incluso obedientes. —Se vuelve para observarme por encima del borde de su vaso con astucia en la mirada—. ¿Estás seguro de que es ella? Hay una docena más de candidatas por todo el país.

Cuando mi padre me propuso la idea de limpiar mi reputación y restaurar el apellido de la familia casándome con alguien de buena fama, pensé que estaba loco. Mi reputación de asesino y empresario despiadado es todo lo que necesito. Controlo a los actores de esta ciudad como un maestro juega al ajedrez, pero tiene sus inconvenientes. Es caro estar sobornando constantemente a estos periodistas y policías. Y comportarse es impensable.

Pero si estuviera casado con la persona adecuada, una persona que tuviera algo que ofrecer aparte de dinero, podría conservar mi dinero y forjarme una reputación de soberano benévolo. No el sádico que mueve los hilos. Sofia lo cambiará todo para mí cuando nos casemos inevitablemente, porque toda la humanidad muere algún día. Todo ser humano es vulnerable y frágil. Y lo único más caro que pagar por el silencio es pagar por la atención médica.

—Es una situación en la que todos ganamos… —Vuelvo a sorber el bourbon y continúo—. Sofia quiere una carrera. Quiere mantener a su hermano. Quiere curar a la humanidad. Cuando vea el beneficio de hacer lo que le decimos, accederá.

—Pero hay otras —dice, enarcando una ceja.

He visto a las otras, mujeres de mediana edad y aspecto desaliñado, o poco atractivas o ya casadas. Sofia es una joya. —Es ella. —Asiento hacia él; mi decisión la tomé en el instante en que Norman entregó a la buena doctora en aquel almacén para salvarme. La eligieron a ella como objetivo por su pericia en medicina y por la recomendación de media docena de otros profesionales médicos ya secuestrados. Su nombre estaba en boca de todos.

Y cuando abrí los ojos a su belleza, supe que era ella. No aceptaré a ninguna otra. Y ahora que sé lo fantástica que es en todos los sentidos, no me conformaré con menos.

—Que así sea. —Se bebe el resto de un trago y deja el vaso en la encimera. Volviéndose hacia la ventana, pregunta—: ¿Cuánto falta para que fuerces su cooperación?

Me aclaro la garganta. He sido paciente con ella durante mucho tiempo. Nunca tuve la intención de obligarla a casarse. Creía que aceptaría el acuerdo y que todo evolucionaría de forma natural. Tuve que ir a elegir a la única mujer con una jodida conciencia moral que quiere salvar a todo el mundo, incluso a costa de su carrera. Su obsesión con que Holder pierda su trabajo no es algo que yo previera. Cualquier otra persona saltaría ante la oportunidad de tener ese puesto a su edad, y que ella lo rechace es un imprevisto.

—Dale tiempo. —Me mantengo de espaldas a la ventana, pero observo cómo las sombras oscurecen su rostro, aunque la luz del sol bañe su expresión. Mi padre es un hombre sagaz. No se anda con chiquitas, y me ha enseñado a no andarme con chiquitas a mí tampoco. Pero Sofia es delicada. Hay una forma de tratarla que no implica las mismas tácticas de fuerza bruta que hemos usado con otros.

—Haz que obedezca, Lorenzo. —Se vuelve para mirarme, imponiendo su expresión más dura—. Nosotros no funcionamos así.

Te estás ablandando. —Entorna los ojos y yo levanto un poco la barbilla. Me enseñó el respeto y el honor, pero también me enseñó a no aguantar mierda de nadie. Y ese «nadie» ahora mismo es él.

—Manejaré esto a mi manera, y se hará.

Las aletas de su nariz se ensanchan mientras aprieta la mandíbula. Espero una bofetada o incluso una dura reprimenda, pero no llega ninguna de las dos. Me está preparando para liderar, y si quiere tener confianza en mi capacidad para hacerlo, tiene que darme espacio para tomar estas decisiones por mi cuenta. Me está poniendo a prueba, viendo si seguiré sus pasos, pero yo no soy un seguidor. Abro nuevos caminos y sé cómo manejar a la señorita Sofia Carter lo suficientemente bien.

Mi padre sale sin decir una palabra más y yo me termino la bebida. El camino para llegar a Sofia siempre pasa por su corazón o por su coño, pero el sexo no está funcionando para convencerla de que tome la decisión correcta, así que tiene que ser su corazón. Lo sé porque cuando le pongo un hombre sangrando delante, actúa con rapidez, sin coacción... o con una coacción mínima. Y lo único que sé que significa más para ella que cualquier otra cosa es su hermano.

—¡Norm! —lo llamo, y espero. Sé que está ocupado, pero esto no puede esperar. Un muerto sí puede.

Momentos después, Norman entra en el salón y se reúne conmigo. —Sí, jefe.

—Prepara el cuarto de invitados tan rápido como puedas. Vamos a tener compañía pronto. —Me giro para mirarlo y él asiente.

—Hay que limpiar mucho. Tengo que llamar a nuestros hombres. ¿Cuán rápido es «rápido»? —Se mantiene erguido, con los hombros rectos, como de costumbre. Este hombre es dolorosamente leal. Si le pidiera que limpiara esa habitación él solo en una hora con su propio cepillo de dientes, lo haría, y luego se cepillaría los dientes con él al terminar. Es curiosa la gratitud. Cree que me debe la vida, y yo estoy satisfecho con eso.

—Cuarenta y ocho horas serán suficientes. —Lo miro por encima del hombro—. Colchón nuevo, sábanas nuevas, alfombra nueva. Ni un rastro de muerte. Y deshazte de ese olor horrible.

—Por supuesto, señor —dice, como si tomara notas mentales de mis palabras. Son todas cosas de rigor, pero aprendí hace mucho tiempo a no dar por sentado que la gente seguirá las instrucciones a ciegas. Todo el mundo necesita un recordatorio.

—¿Algo más, señor?

—Sí… —Inspiro hondo y le expongo mi plan—. Me gustaría que te pasaras por el apartamento de la doctora Carter después de que esté a buen recaudo en el trabajo. —Gesticulo con la mano mientras hablo—. Deja a Josh o a Elden allí para que la vigilen… Tú céntrate en el hermano. Quiero que hagas que le empaquen las cosas y lo traigas aquí. Y no te olvides de nada que necesite. Sus medicamentos, material médico, la cama… lo que sea que su enfermera te diga que necesita.

—¿Vamos a secuestrar a su hermano? —Norm me mira entornando los ojos. Desde luego, es una jugada audaz, pero es la única que me queda que no requiere el uso de la fuerza. Sofía debe ver que yo estoy al mando, y la única forma de conseguirlo es haciendo que lo crea en su corazón.

—Sí, pero no lo verán así. —Sonrío—. Le darás instrucciones a su enfermera para que trasladen a Calvin a mi propiedad por deseo de Sofía, para que esté más cerca de la mejor atención posible. No escatimaremos en gastos para que tanto él como su enfermera estén cómodos durante el traslado. Proporcionaremos el mejor material médico y demás. —Junto las yemas de los dedos al ver que a Norm se le ilumina la mirada.

—Sí, señor. ¿Algo más, señor?

Me acerco a la ventana y miro hacia fuera, imaginando lo que debieron de ver mis vecinos cuando los pechos de Sofía estaban apretados contra este cristal que da a la calle. Todas las cosas que le he hecho a esta mujer y sigue volviendo a por más. Así es como sé que Calvin significa más para ella que nada en este mundo. Si se niega a aceptar ese trabajo por mí, sé que lo hará por él.

—Sí, cuando el hermano y la enfermera estén a salvo en la furgoneta de camino hacia aquí, vuelve y destroza el piso. Destruye cualquier cosa que parezca sentimental. Raja los sofás, las sillas, las camas… Haz que parezca que alguien estaba muy enfadado con ella.

Muéstrale cómo es su futuro sin mí. Asústala… Pero no le pongas un dedo encima a su hermano. ¿Entendido?

Me vuelvo hacia Norm, que está asintiendo. —Entendido. Terminaré la habitación ahora y haré que traigan al señor Carter y a su enfermera a primera hora.

Este plan funcionará. El corazón de Sofía está demasiado conectado al de su hermano como para que falle. Y cuando la tenga a solas en mi casa, le hablaré de nuestra inminente boda. Los planes ya están hechos. Nos casaremos en junio con la sola presencia de los invitados más ricos y de la élite. Con ella como la aclamada jefa de cirugía y yo como el humilde benefactor que dona generosamente para acabar con el sufrimiento de miles de personas, mi reputación quedará cimentada y me ganaré una nueva confianza.

Ahora es solo cuestión de tiempo. La telaraña está tejida. Solo estoy esperando a que mi pequeña mariposa revolotee y se enrede en mi plan.

SOFIA

No fue tanto el golpe lo que me afectó, sino saber que un hombre murió. Estuve allí, sobre él, atendiéndolo, sabiendo que no había forma de que sobreviviera. Hice todo lo que pude. Hice todo lo que me enseñaron en mi formación, aunque no tenía analgésicos para aliviar su sufrimiento, ni un quirófano para prestarle los cuidados que le habrían salvado la vida. Con mis escasos recursos, estaba condenada —y él también— desde el principio. Entonces, ¿por qué me está afectando tanto ahora?

El agua está hirviendo, casi quemándome las manos mientras me las froto por tercera vez. Ya han entrado tres enfermeras, se han lavado y han salido de esta diminuta sala, pero yo sigo aquí, viendo el agua caer sobre mi piel enrojecida, preguntándome si aquel hombre habría muerto igualmente de haber estado en mi quirófano. ¿Murió simplemente porque no tenía el instrumental y las condiciones adecuadas? ¿O cometí yo un error?

He perdido pacientes antes, muy enfermos, que perdieron demasiada sangre, incluso algunos niños. Pero nunca había visto algo tan grotesco y explícito. La imagen de su espalda abierta en canal, supurando pus y sangre, con los órganos expuestos y fragmentos de hueso esparcidos entre la inmundicia... me provocó pesadillas anoche. Y ahora no puedo concentrarme. Me tiembla la mano bajo el chorro de agua y la sujeto con la otra para detener el temblor.

Parpadeo con fuerza, apartando de nuevo los pensamientos. Este es mi quirófano. Es mi hospital. La operación de esta persona lleva programada dos días. Solo voy a ponerle una varilla y seis clavos en el fémur a un adolescente por un grave accidente de baloncesto. Puedo hacerlo. Es rutinario. He hecho un millón de estas o algo así.

Respiro hondo, cierro los ojos y reproduzco la operación en mi cabeza. Reducción cerrada, después incisión justo debajo de la cabeza femoral descendiendo diez centímetros en el fémur. Introducir la varilla con guía de rayos X. Fijar los tornillos. Sujetar el hueso en su sitio mientras hago una incisión diez centímetros por debajo del lugar de la rotura para... ¿A quién coño quiero engañar?

Me vuelve a temblar la mano y me agarro al borde del lavabo, dejando correr el agua. Se me revuelve el estómago y se me tensan los hombros. Incluso con los ojos cerrados y la respiración profunda y constante, no puedo ver nada más que esa infección. No puedo hacer esta operación. Me tiemblan demasiado las manos. Mi paciente podría sufrir por mi estado emocional y no puedo ponerlo en riesgo de esta manera.

Cierro el grifo y me quito la mascarilla. No conozco a ninguno de los perioperativos, así que salgo de la sala de lavado y saco el móvil del bolsillo para enviarle un mensaje de emergencia al doctor Baker. En cuestión de segundos, mi móvil suena y su nombre aparece en el identificador de llamadas de la pantalla.

—He recibido su mensaje, Sofia, ¿qué ocurre? —Solemos usar el código para indicar una emergencia menor, pero teniendo en cuenta que mi paciente ya está sedado y esperando, sé que esta es importante.

—No puedo hacer esta operación. Chico de catorce años, fémur roto. Necesita una varilla, pero me tiemblan las manos. Tengo que retirarme. ¿Puede enviar a Larkin? —Larkin es un cirujano excelente y sé que está libre ahora mismo. Lo vi sentado en la sala de descanso, listo para terminar su jornada, justo antes de ir a lavarme.

—Claro, ¿qué ocurre?

—¿Puedo ir a su despacho? —Me muerdo el labio. Cuanto más sincera sea con mi jefe y mis amigos, más entenderán por lo que

estoy pasando. Por desgracia, no puedo ser del todo franca, porque hacerlo sería admitir violaciones éticas.

—Sí, por supuesto. Llamaré a Larkin ahora y la veré en mi despacho en quince minutos.

Baker cuelga, me guardo el móvil en el bolsillo y tiro el gorro quirúrgico a la basura mientras me quito la bata y los patucos. Operé a más de una persona fuera del hospital. Me acosté con un paciente, aunque me coaccionaron para hacer una operación que no estaba autorizada por el hospital. Acepté favores de un capo de la mafia y ahora, con todo este asunto del ascenso a jefa de cirugía, es demasiado.

Moverme en la delgada línea entre la corrección y el abismo del mal hace que se me revuelva aún más el estómago. Pulso el botón del ascensor y espero a que llegue a mi planta. Baker sabe que hay algo turbio con el ascenso; tiene que saberlo. Y Jen también sabe de mi acuerdo con Lorenzo, aunque nunca debería habérselo contado. Su oferta de escapar a la cabaña en las montañas es tentadora, pero nunca funcionará.

Entro en el ascensor, pulso el botón del tercer piso y las puertas se cierran. Mientras bajo, pienso en que huir a esa cabaña solo enfurecería a la familia Gatti. Antonio no es el tipo de hombre que me dejaría ir de rositas. Nunca podría volver aquí, y Nueva York es mi hogar. ¿Dónde trabajaría? Porque si falto al trabajo uno o dos meses, mi puesto será cubierto. E incluso entonces, cuando volviera, no es que la gran organización criminal se fuera a marchar sin más y yo fuera a tener paz. Se presentarían en mi puerta de inmediato para cobrarse la revancha.

Suena el timbre y las puertas se abren en mi planta. Salgo e inmediatamente veo a Jen en el puesto de enfermería rellenando papeles. Levanta la cabeza cuando paso a su lado. Deja sus cosas y se pone a mi altura, enganchando su brazo en el mío como de costumbre.

—Estás pálida, ¿qué pasa? —Por supuesto que se une a mí. Es mi mejor amiga. Nunca me dejaría pasar de largo sintiéndome así sin decir nada.

—Yo… —No puedo explicárselo, pero no hace falta. Me conoce demasiado bien.

—Es él otra vez, ¿verdad? —Chasquea la lengua—. Tienes que irte de la ciudad. Vete a la cabaña, tía. Te juro que te sentirás mucho mejor.

Apoyo la cabeza en su hombro mientras caminamos y, cuando llegamos al despacho de Baker, él ya está allí, esperando. Le hago un gesto con la cabeza a Jen, que parece entender que tengo que hacer esto sola, y se queda fuera mientras yo entro y cierro la puerta. Baker se sienta detrás de su escritorio y yo me quedo junto a la puerta, abrazándome el estómago.

—Me encuentro mal. No puedo operar hoy.

—¿Qué demonios pasa, Carter? Este lío con Holder y lo de la jefatura de cirugía es una locura. ¿Y ahora resulta que se encuentra demasiado mal para operar? —Baker mira a Jen a través de la ventana del despacho; está ahí fuera como un perrito abandonado —. ¿Qué coño quiere esa?

Suspiro y me giro para abrir la puerta y dejar entrar a Jen. —Lo sabe todo, ¿vale? Así que ahora necesito ser sincera. Lo estoy pasando mal.

Jen entra, cierra la puerta y me coge de la mano. Me la aprieta con fuerza y me da el coraje moral para soltarle todo el lío al doctor Baker: el secuestro, la operación de Lorenzo, la forma en que él organizó su pequeño acuerdo, el ascenso, su donación, la promesa de un millón de dólares de Gatti padre y, finalmente, el hombre que murió a mis manos. Cuando termino, me hundo en la silla y me cubro la cara. No lloro, pero solo porque estoy tan abrumada emocionalmente que me he vuelto insensible a todo.

—Le he dicho que llame a la policía. Sé que Gatti debe de tener a algunos en nómina, pero no a todo el cuerpo. Pueden ayudarla a salir de este acuerdo y...

—No —la interrumpe Baker, y yo lo miro, sorprendida. Su ceño fruncido no es de ira. Parece atrapado, frustrado y derrotado—. No puede llamarlos.

—¿Qué...? ¿Por qué? —Jen se sienta en la silla a mi lado mientras el móvil me vibra en el bolsillo. Ni siquiera lo miro. Pellizco la tela

que lo cubre para encontrar el botón de encendido y silenciar la llamada.

—Porque conozco este juego. Gatti está moviendo los hilos. Es la razón por la que va a conseguir ese ascenso, ¿verdad? —Hace una breve pausa, pero no me da tiempo a responder antes de que continúe—. Es un hombre poderoso. Si se resiste llamando a la policía, estará muerta antes de que se acueste esta noche. La policía queda descartada.

—Entonces, ¿qué hago? —Mis dedos se entrelazan en mi regazo y el móvil vuelve a vibrar. Lo ignoro de nuevo, apretando el botón a través del bolsillo del pantalón.

—Te vas a la cabaña —dice Jen, volviéndose hacia mí. Araña el reposabrazos de madera de la silla de cuero azul y frunce los labios —. Es un buen plan. Puedes contactar con el FBI o algo, conseguir protección de testigos. Te trasladarían lejos de aquí y conseguirías un trabajo nuevo...

Suspiro y dejo caer los hombros. Calvin solo puede recibir el nivel de cuidados que necesita en esta ciudad. El ensayo en el que se supone que va a participar empieza en menos de un mes, y no puedo quitarle eso. Necesita la oportunidad de volver a caminar. Si el ensayo funciona, podría estar de pie para Navidad. Podría devolverle la vida de una forma que la cirugía nunca podría hacer por él.

—¿La cabaña? —pregunta Baker, y Jen le cuenta todos los detalles sobre su cabaña en las montañas de Catskill. Yo, sin embargo, estoy como anestesiada, oyendo solo a medias el plan que están urdiendo para mí mientras le doy vueltas a cómo cuidar de mi hermano. Si yo me fuera y él se quedara, Antonio lo mataría. Lo sé. No puedo hacer eso. Pero tampoco puedo llevármelo de Nueva York. No hay mejor opción para su tratamiento.

Y aunque Antonio me aterroriza hasta la médula, Lorenzo no es del todo malvado. Tiene su encanto. Claro que su forma de controlarme, la dominación física, puede resultar excesiva, pero sé que hará lo que dice. Cumple su palabra. Se asegurará de que su padre done ese millón de dólares para la investigación, y sé que Calvin puede beneficiarse de ella. Tengo el corazón partido por la mitad, y el móvil vuelve a vibrar.

—A lo mejor debería cogerlo —dice Baker, reclinándose en su silla.

Meto la mano en el bolsillo y me estremezco ante la idea de ver la pantalla. Mi instinto me dice que es Lorenzo. No he aceptado el ascenso como me advirtió. Cuando me fui de su casa ayer, le dije que lo dejaba. Y lo digo en serio. Lo dejo. No puedo volver allí. No puedo operar a una persona más fuera de este hospital. No puedo acostarme con él, por glorioso que sea, y ya no puedo salir con él abiertamente. Y, sobre todo, no volveré a someterme a su padre nunca más. Cualquier hombre que le pone la mano encima a una mujer es peor que el mismísimo diablo.

Pero en el identificador de llamadas no pone el nombre de Lorenzo. Pone que llama la policía de Nueva York. El corazón me da un vuelco en la garganta mientras deslizo el dedo hacia la derecha para responder.

—¿Diga? Soy Sofia Carter. —Ahora la mano me tiembla un poco más mientras me pego el móvil a la oreja. Cierro los ojos para aislarme de todos los estímulos externos que puedo, centrándome en el barítono que retumba a través del teléfono.

—Señorita Carter, hemos recibido una llamada a su número de que alguien ha entrado en su apartamento. Estamos aquí ahora y todo está bastante revuelto. Nos gustaría que...

—¡Estaré allí en quince minutos! —Ni siquiera me detengo a decirle a Baker lo que ha pasado. Me levanto de un salto del asiento y espeto—: Me tengo que ir —mientras salgo corriendo de la habitación hacia el ascensor. Jen me sigue los talones como un perro faldero. Me detengo en la sala de descanso para coger la bata y el bolso, y luego salgo corriendo de nuevo mientras ella me acribilla a preguntas.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

—Alguien ha entrado en mi apartamento. Tengo que ver cómo está Calvin.

—Voy contigo.

—Tienes que trabajar. —Pulso el botón del ascensor y meto los brazos en las mangas de la bata. El corazón me va a mil por hora. Ni

me molestaré en coger el metro. Antes corría. Puedo correr las siete manzanas o así que hay hasta mi casa más rápido que el puto tren.

—No estás pensando con claridad. ¿Y si está allí? ¿Y si te hacen algo?

—Era la policía —le digo a Jen, volviéndome hacia ella mientras me cuelgo el bolso en bandolera—. No van a montar ningún numerito con la policía delante.

—Eso no lo sabes. —Jen se interpone en mi camino cuando las puertas se abren, pero la aparto de un empujón.

—Ve a trabajar. Te llamaré. —En cuanto entro en el ascensor, pulso el botón de cerrar la puerta y suena un timbre. En cuestión de minutos estoy en la calle, corriendo. Serpenteo entre los peatones y cruzo las calles corriendo cuando no hay tráfico, sin esperar a que el semáforo se ponga en verde. Mi único pensamiento es Calvin.

¿Qué le han hecho? ¿Está bien la enfermera? ¿Se han llevado algo? Sé que ha sido Lorenzo. Esto apesta a él por todas partes. No he aceptado el ascenso, así que Kline no ha llamado para confirmar que el pequeño plan de Lorenzo está funcionando. Así que han actuado. Van a intimidarme, a hacerme sentir que ya no estoy segura en esta ciudad. Seguirán presionando y presionando hasta que haga lo que ellos quieren, y no pienso hacerlo ni de coña. Holder se merece ese puesto, no yo.

Cuando llego a mi apartamento, estoy sin aliento y sudando. Veo la madera astillada esparcida por el pasillo y paso por encima para entrar en el apartamento. Está todo destrozado. Los cojines del sofá están rajados, hay platos rotos por todo el suelo de la cocina. Los policías están en medio del caos, hablando, y cuando entro parecen sorprendidos de verme. Han vaciado mis estanterías y lo han tirado todo al suelo; todas las superficies donde había algo apoyado están vacías. Me abro paso entre el desastre en dirección al pasillo.

—¿Dónde está Calvin? —pregunto, aturdida, pero soy incapaz de oír la respuesta, si es que me dan alguna.

Entro en su habitación y veo que también está vacía. Su cama está deshecha y las sábanas, por el suelo. Los cajones de su cómoda están vacíos, y la pantalla del televisor, destrozada. Dejo escapar un sollozo profundo y desgarrador, y caigo de rodillas. —¡No!

—Señora, querríamos hacerle unas preguntas. —El agente que está detrás de mí me toca el hombro; me estremezco y me alejo a gatas.

—¿Dónde está? ¿Qué le han hecho?

—Señora, el apartamento estaba vacío cuando llegamos. Solo estaba este desastre... —El hombre, es el mismo que estuvo aquí la primera vez que entraron a robar. El que estuvo en el intento de robo del coche que se convirtió en un atraco. Sus ojos sardónicos y su sonrisa sádica remueven el cuchillo en la herida. Trabaja para Lorenzo. Lo sé—. Usted... —siseo, irguiéndome—. Ha sido usted. Trabaja para él.

Le clavo el dedo en el pecho y su expresión cambia. —Usted ha hecho esta mierda. ¡¿Adónde se han llevado a mi hermano?! —Ahora estoy gritando, golpeándole el pecho con las manos, pero él simplemente me agarra las muñecas y me las aprieta contra el cuerpo.

—Yo tendría cuidado con cómo me comporto, señorita. Al señor Gatti no le gusta que la gente se le rebele. —Lo dice tan bajo que sé que intenta ocultar sus palabras a su compañero en la otra habitación.

—Recuerde mis palabras, señor… —Le echo un vistazo a su nombre, bordado en la camisa—… Thatcher, le juro que haré que pierda su puto trabajo. —Le escupo en la cara y me safo de su agarre; luego lo empujo con la fuerza suficiente para que retroceda unos pasos. Se ríe entre dientes, como si simplemente lo hubiera molestado, pero no puedo perder el tiempo con él.

Sé perfectamente adónde se han llevado a Calvin y solo puedo rezar para que hayan sido amables con él y con su enfermera. Doy por sentado que a ella también se la han llevado, ya que Lorenzo no tendría ni la más remota idea de cómo cuidar a un parapléjico.

Paso de largo al policía corrupto y avanzo por el pasillo, dejando atrás al segundo agente, que parece conmocionado. —Su compañero es un corrupto. Si sabe lo que le conviene, pedirá un nuevo compañero. —Lo fulmino con la mirada mientras tropiezo con unos muebles rotos y me dirijo a la puerta.

Él suelta un bufido ahogado y yo no le hago caso. Este apartamento y las pertenencias que hay en él no significan nada para mí sin Calvin. El casero volverá a cerrar y arreglará la puerta, pero yo tengo que centrarme en recuperar a mi hermano. Jen tiene razón. No podemos quedarnos aquí. Aunque tenga que mudarme a Los Ángeles o incluso a otro país, tengo que coger a Calvin y largarme. Habrá nuevos ensayos, nuevos medicamentos. Joder, puede que incluso consiga mantenerlo en el ensayo con un alias y dejando que sus enfermeras se encarguen de todo el transporte, pero una cosa está clara. Tengo que irme de Nueva York ya, o Lorenzo nos matará a los dos.

LORENZO

La habitación es perfecta, la luz natural la ilumina con tanta intensidad que las luces ni siquiera están encendidas. Es mediodía. Estoy esperando a que Sofia reciba la llamada de que su hermano ha desaparecido y de que su casa ha sido desvalijada. Y la enfermera es bastante agradable conmigo, agradecida y contenta de que el equipo médico que hemos conseguido para Calvin sea de última generación. Sus apretados rizos rubios se agitan sobre su cabeza mientras asiente y me sonríe.

—Sabía que Sofi estaba saliendo con usted, pero no tenía ni idea de lo generoso que es. Tiene mucha suerte de tenerlo aquí para cuidar de ella y de Calvin de esta manera. —Es un poco mayor, de unos cincuenta y tantos quizás, y tiene aspecto de madre. Entiendo por qué Sofia la aprueba para cuidar de Calvin, que duerme profundamente, también agradecido por mis cuidados.

—Sí, hago lo que puedo para encargarme de las cosas.

—Bueno, creo que las noticias se equivocan por completo con usted, señor Gatti. Tiene un corazón enorme. —Mientras habla, organiza la ropa de Calvin en la elegante y moderna cómoda que va a juego con todo el dormitorio. Norm no ha escatimado en gastos y ha reemplazado todo en la habitación con muebles nuevos. Sofia se quedará conmigo, pero Calvin tiene un espacio muy agradable aquí y lo apruebo por completo. Incluso ha preparado también la

habitación de la enfermera, ya que ahora contrataremos a alguien que lo cuide las veinticuatro horas.

—Creo que ya oigo llegar a nuestra invitada de honor —le digo, guiñándole un ojo. Retrocedo hacia el pasillo al oír abrirse la puerta principal y a Sofia arremeter contra Norm. Cierro la puerta tras de mí, dejo a la enfermera con su organización y recorro el pasillo hasta el salón.

Norm camina con paso decidido detrás de Sofia, cuyos zapatos chirrían sobre el mármol. Está enfadada y sabía que lo estaría. La he violentado de la forma más grave sin ponerle una mano encima. Su corazón es ahora arcilla, listo para ser moldeado y adaptarse a mis exigencias, y tengo muchas.

Ni siquiera tengo que hablarle a Norm para que se aparte. Su sexto sentido de mi presencia se activa y se hace a un lado cuando me acerco. Sofia está allí, vestida con sus pantalones azul oscuro y su blusa color crema. La bata de laboratorio le cuelga abierta por delante. Está húmeda de sudor, con las mejillas sonrojadas por la rabia y el pelo alborotado.

—Sofia, qué bien que te nos unas. —Mientras avanzo con paso decidido hacia ella, retrocede hacia el interior de la habitación. Sabe que mi contacto es su adicción y yo sé que cuando está cautiva de su propia ira es maleable.

—Malnacido cabrón, ¿qué le has hecho a mi hermano?

—Calvin está bien, durmiendo plácidamente. —Vislumbro a Norm de pie en el umbral de nuevo mientras me dirijo al sofá y me siento.

Sofia se abalanza sobre mí, descargando sus puños sobre mi cuerpo en una lluvia de furia. Levanto el brazo, dejando que me agreda, y veo a Norm tensarse y dar un paso hacia mí también, pero niego con la cabeza para frenarlo. Tiene razón en sentirse protector, pero Sofia no puede hacerme daño. Estos arrebatos solo durarán hasta que le duelan las manos.

Cuando cesa su ataque, doy una palmada en el sofá y me aliso el pelo. —Ven, siéntate. Charlemos.

—Llévame con él —gruñe y rodea el extremo del sofá. Es mona cuando se enfada y me estoy excitando pensando en lo divertido que será apagar esa ira suya una vez más.

—Siéntate.

—Que te jodan.

—Siéntate. Ahora. —Me enderezo y la fulmino con la mirada, y ella aparta la vista, cruzándose de brazos sobre el pecho. El sexo rebelde y desafiante es una cosa. El desafío abierto hará que se las vea conmigo y no le conviene—. Ahora, Sofia.

Aprieta la mandíbula, pero se deja caer en el extremo del sofá y mantiene los brazos cruzados sobre el pecho. —Has destrozado mi casa.

—Esta es tu casa ahora. —Inclino mi cuerpo para mirarla y ella resopla.

—Jamás viviré contigo. —Las palabras salen de su boca cargadas de malicia y de todo el odio que puede reunir, pero veo la mirada en sus ojos. Le gusta la idea de ser mi juguete.

—Dormirás en mi cama. Follarás conmigo todas las noches. Desayunarás conmigo cuando me despierte y me recibirás cuando vuelva a casa cada tarde. —Me pongo de pie, listo para que mi mensaje quede alto y claro.

—¿Crees que me posees? ¿Crees que voy a jugar a las casitas contigo?

—No, vas a casarte conmigo. Y voy a tener un linaje contigo que perdure por los siglos… —Sus ojos, todavía nublados por la hostilidad, se alzan hacia mi rostro.

—Nunca tendré hijos tuyos.

—¿Cómo sabes que no estás ya embarazada? —Con todas las veces que hemos follado en los últimos cuatro meses, no hay duda de que, de todos modos, es solo cuestión de tiempo.

—Me pongo la inyección. No es posible. No puedes obligar a alguien a que te quiera. —Se encoge sobre sí misma, como si mi presencia sobre ella la intimidara. O quizá está intentando ocultar que le gusta la idea de ser mía.

—No, pero sí puedes obligarla a casarse contigo, y si no quieres obedecerme, no tendré otra opción.

Baja la barbilla y entrecierra los ojos. —¿Es eso lo que es esto? ¿Crees que voy a ser tu esposa? ¿Crees que casarte con una prestigiosa y aclamada doctora con un puesto directivo en un

hospital de fama internacional arreglará tu reputación hasta el punto de que serás intocable? —Se levanta bruscamente, con el cuerpo tan cerca que puedo oler su champú. Y cuando se gira para salir furiosa, la agarro por la muñeca.

—No, creo que he encontrado a la mujer que puede ganarme en mi propio juego y quiero aprender cómo lo hace.

Sofia se queda helada, de espaldas a mí. Le sujeto el brazo a la espalda, girándoselo lentamente hasta que se le dobla la muñeca en mi mano y el codo se le encoge. Se lo clavo en mitad de la espalda y le susurro al oído:

—Salvo que yo no dejo que nadie me gane. Y ahora vas a aprender lo que pasa cuando desobedeces una orden directa.

Agacha la cabeza y la gira hacia un lado. Me fulmina con la mirada por el rabillo del ojo y gruñe:

—¿Así que vas a follármela otra vez? ¿«Castigarme» por rebelarme, cuando sabes que tu polla me pone cachonda? ¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Crees que eso es un castigo?

Una risa grave retumba en mi pecho mientras le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Eres mía, te guste o no. Calvin no recibirá los tratamientos que necesita ni se someterá al ensayo que quieres si vuelves a desobedecerme. ¿Entendido?

Asiente con rigidez, pero se le corta la respiración cuando le doblo la muñeca con más fuerza. Entonces le agarro la cadera y pego su cuerpo al mío para que sienta el bulto de mi erección. Su rabia me pone jodidamente cachondo; no tiene ni puta gracia.

—¿Lo entiendes, Sofia?

Gime.

—Sí.

—Entonces tienes que aprender la lección.

La hago girar para que me mire de frente y la agarro por el cuello. Sé que lo odia, pero también sé que la pone caliente. La empujo contra la pared, golpeándole la nuca contra ella. Abre mucho los ojos y gime cuando le aprieto el cuello con más fuerza. Su cuerpo lucha contra el mío, ladeando la cadera para apartarse de mí. Retrocedo, pero solo un poco. Norm observa cómo se intensifica la

situación, pero sabe que no debe mirar fijamente. Por el rabillo del ojo, veo que se pone de espaldas a nosotros, pero sé que no conseguiré que se vaya ahora, no después de que me haya pegado.

—Jódete —gruñe y le suelto el cuello.

La agarro del pelo y presiono mi cuerpo contra el suyo para inmovilizarla.

—Me obedecerás, Sofia —le digo al oído—. Si no lo haces, Calvin no obtendrá nada.

—¡Mentiroso de mierda! —Intenta zafarse de mí—. ¡Conseguirá todo lo que necesite! ¡No dejaré que hagas esto!

—No, no lo hará —digo mientras la pego a mi cuerpo. Actúa como si no supiera dónde poner las manos, así que la ayudo. Le sujeto las muñecas juntas, atrapándolas contra su abdomen—. Y sabes que cumpliré esa promesa. —Me inclino hacia su oído y le susurro—: Y sabes que me dejarás.

Sofia se retuerce y forcejea contra mi agarre, pero soy mucho más fuerte que ella. Necesita el desahogo del sexo para domarla y someterla, así que eso es lo que le daré. Aunque solo sea para disfrutarlo yo.

—¿Quieres que te folle, Sofia?

—¿Tú qué coño crees? —pregunta, fulminándome con la mirada y las fosas nasales dilatadas.

Le fuerzo uno de los brazos a la espalda y uso la otra mano para pellizcarle y tirarle del pezón. Sigue fulminándome con la mirada mientras hago rodar el duro botón entre el pulgar y el índice. La tela de la camisa y el sujetador estorban, pero pronto dejarán de hacerlo.

—¿No? —pregunto, soltándole el pezón y bajando la mano por los pantalones hasta su coño. Froto mis dedos por dentro—. ¿Es esto lo que quieres que haga? —La agarro del pelo y la obligo a echar la cabeza hacia atrás, mirándola a los ojos. Me río y uso la mano libre para desabrocharle los pantalones y bajarle la cremallera. Sofia aprieta los dientes y aparta la vista.

—Mírame —digo, tirándole del pelo. Me mira. Sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. No soportas que te haga esto, ¿verdad? —saco los dedos de su coño y veo la humedad que gotea. Me los

chupo para limpiarlos y uso la otra mano para bajarle los pantalones por un lado. Es débil. Se acobarda ante mí porque su coño arde por mi polla y odia que lo haga.

—Te odio.

—Pero no es verdad. —Le agarro la camisa. La desgarro con una mano, abriéndola de un tirón. Los botones se esparcen por el suelo y le arranco la camisa—. Odias no poder tomar tus propias decisiones. Odias que te controle hasta el más mínimo detalle. Pero no me odias a mí.

—Eso no es cierto —dice, pero sabe que lo es.

Lanzo su sujetador a un lado y le bajo los pantalones del todo. Sus bragas se unen al resto de su ropa en el suelo, y la hago girar para que quede de cara al sillón. Le levanto los brazos y le ato las manos a los reposabrazos con su sujetador y sus bragas. Deslizo mi cinturón por las trabillas y le sujeto un pie a una de las patas de la silla. Ahora está indefensa. Y aun así, sigue siendo hermosa. Tiene la espalda arqueada, la columna larga y recta, las manos atadas y las piernas abiertas. Deslizo las manos desde su rodilla hacia su coño, por la cara interna del muslo, y ella se estremece.

—Te gusta esto —digo, pasando el dedo entre los labios de su coño.

—No me gusta —dice ella.

—Estás mojada —digo. Deslizo el dedo arriba y abajo por su hendidura húmeda, usando sus jugos para lubricarme. Recorro los labios de su coño hasta el clítoris. Lo froto en círculos. Ella ahoga un grito.

—Ne. Ce. Si. Tas. Que. Te. Con. Tro. Le —digo—. Eres una chica mala. Una puta. Hay que darte una lección. —Le meto dos dedos y arquea la espalda. Ahoga un grito. Recorro su rígida e hinchada zona erótica. Ella gime y se contrae, indefensa para hacer otra cosa que no sea aprender la lección—. Ahora yo te controlo. Dilo.

—Tú me controlas ahora —dice.

Le tiro del pelo con fuerza y hundo mis dedos en ella. Soy brusco, porque necesita aprender.

—Eres mi puta. Dilo —digo, con los dedos todavía dentro de ella.

—Soy tu puta.

—Eres mi putita. Eres de mi propiedad. Dilo —digo, tirándole del pelo con más fuerza.

—Soy de tu propiedad —dice.

—Tu coño es mío —digo, tirándole del pelo y hundiendo mis dedos en ella. Ahoga un grito—. Tu culo es mío. —Le tiro del pelo con más fuerza y hundo los dedos con más fuerza. Ahoga un grito—. Tu clítoris es mío. Tu boca es mía. —Le trabajo el puto coño con tanta fuerza que jadea y araña los reposabrazos.

—Tu cuerpo es mío. Dilo.

—Tu cuerpo… es mío… —Las palabras de Sofia salen entre gemidos, así que la presiono más. Mi mano contra su culo produce un delicioso sonido de bofetada y deja una marca roja donde golpea.

—Ah… —Se le contrae el coño, y el culito también. Es erótico y quiero volver a verlo. Así que volví a bajar la mano, dejando otra marca roja.

—Joder —sisea, apretando mis dedos. Sé que está lista.

La dejo ahí, inclinada sobre el respaldo de esa silla, casi completamente inmovilizada, mientras me bajo la cremallera de los pantalones y me saco la polla.

—Vas a aceptar el ascenso.

—Sí —gimotea ella.

—Te vas a casar conmigo.

—Joder… —gime ella….

—Dilo.

—Sí —maúlla, y veo cómo su coño se contrae de nuevo.

—Ahora, suplica…

Me la meneo y espero a que sus labios pronuncien las palabras mágicas para poder abrirle los pliegues y reclamar su coño como mío una vez más.

—Por favor, por favor, por favor —gime, suplicando. Sé que lo desea, pero quiero oírselo decir.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto, frotando mi polla contra su coño.

—Fóllame —gime.

—¿Quieres mi polla en tu coño? —pregunto, frotándome contra ella.

—Sí —jadea.

—Dilo. Dime que quieres mi polla en tu coño. —Observo cómo mi polla se desliza por los labios de su coño.

—Quiero… —gime—. Tu polla… en mi coño. —Lo dice y la penetro con fuerza. —¡Mierda! —chilla, con el coño como si le ardiera.

—Te gusta, ¿eh? —Envisto otra vez, esta vez profundo—. ¿La quieres más adentro?

—Oh, Dios —gime—. Por favor, fóllame más profundo.

La embisto con fuerza, empujando la silla hacia delante con cada estocada. Ella gime cada vez más fuerte, con la silla dando contra el escritorio mientras yo embisto. Le meto la mano por debajo y le doy un azote fuerte en el clítoris. Su coño se aprieta a mi alrededor. Esto va a ser increíble.

SOFIA

Si pudiera tocarme el clítoris, ya me habría corrido una docena de veces. La polla de Lorenzo es tan enorme que siento que me va a atravesar el cérvix, y joder si no quiero sentirlo más adentro.

—Dilo... Di que me deseas otra vez.

—Te deseo —mascullo, y agarro los reposabrazos con tanta fuerza que me duelen las manos. Mi coño se contrae y, cuando gruñe mi nombre, me corro con fuerza. Me estremezco y convulsiono. La pierna que tengo libre tiembla, y menos mal que estoy inclinada sobre esta silla o me desplomaría en el suelo.

Me da una fuerte palmada en el culo, avivando el orgasmo, y gimo y echo la cabeza hacia atrás. Es increíble en esto, sabe tocarme las teclas adecuadas hasta que caigo al borde del éxtasis una y otra vez.

—Joder, joder —sollozo.

—Otra vez —exige, y me azota de nuevo—. Quiero oírte gritar.

No puedo. Estoy agotada, pero tampoco quiero que pare.

—¡Otra vez!

—Te deseo —gimo entre espasmos, y su mano cae sobre mi culo. Lo oigo gruñir y gemir y sé que él también está a punto.

—Joder, estás jodidamente buena así —me dice al oído, y siento su pulgar contra mi ano—. Estarías increíble con mi polla ahí dentro. —Mi cabeza cae hacia delante y mi respiración se convierte en jadeos entrecortados. Me mete el pulgar a la fuerza y suelto un grito

ahogado. Entonces siento cómo se corre. Su caliente explosión me inunda y luego se aparta. Me tira del pelo con fuerza hacia atrás para que lo mire por encima del hombro. Jadea, con el pecho subiendo y bajando.

—Eres mía —gruñe—. Jodidamente mía.

Mi cabeza cae en el instante en que me suelta y me quedo colgando sobre la silla, escuchando el sonido de su cremallera al subirse los pantalones mientras su semen se escurre de mi cuerpo y me corre por la cara interna del muslo. Tengo todo el cuerpo flácido y débil, incluso después de que me afloje las ataduras y me suelte. Me tambaleo hacia mis bragas, pero él señala el sofá y me fulmina con la mirada.

—Pero... —gimo en señal de protesta, pero sus fosas nasales se ensanchan. No puedo decirle que no. Tiene sobre mí un poder al que no puedo resistirme. Es como un hechizo lanzado sobre mi mente que me imposibilita rebelarme contra él. El poder que posee es hipnótico. Me tropiezo hasta el sofá y me siento, notando cómo la humedad entre mis piernas empapa el cuero.

Lorenzo camina hacia el mueble bar y saca dos vasos y una botella de un licor de color ámbar. Vierte un par de dedos en cada uno, vuelve a poner el corcho en la botella y la deja a un lado, luego coge los vasos y viene hacia mí. Se sienta y me entrega uno. Lo cojo con mano temblorosa. Hasta los brazos los tengo débiles por el esfuerzo.

—Gracias —murmullo, llevándome el vaso a los labios al instante. El vaivén que acabo de vivir me tiene confusa y abrumada.

Lorenzo me ha robado a mi hermano en mis propias narices y lo ha traído aquí sin mi permiso. Su arrogancia es asombrosa, y parece que no soy capaz de plantarle cara. Cada vez que lo intento, pasa esto. Me domina, manipula mi cuerpo para que lo desee y se estrella contra mí con oleada tras oleada de exigencias hasta que soy un mar de lágrimas, suplicándole que me folle hasta someterme.

—No voy a quedarme aquí —le digo mientras me bebo el líquido de un trago y dejo el vaso en la mesa. Norm sigue de centinela en la puerta, bloqueándome el acceso al resto de la casa—. Y quiero ver a mi hermano.

—No tienes elección, Sofia. Harás lo que yo diga. Y si eres buena, te permitiré ver a Calvin. Estoy seguro de que será bueno para su estado mental. —Le da un sorbo a su bebida como un puto dictador y lo fulmino con la mirada. Cruzo una pierna sobre la otra y me abrazo las tetas.

—Al menos, déjame vestirme. —Miro mi ropa y parpadeo con fuerza. Parece que hay dos pares de pantalones en el suelo, no uno. Pero Lorenzo lleva los suyos puestos.

—A su debido tiempo... —Me observa por encima del borde de su vaso mientras bebe un poco más y pregunta—: ¿Quieres otra copa?

Algo va mal. Nunca me siento tan mareada con una sola copa, ni siquiera cuando no he comido en todo el día. —La cabeza... —Me siento mareada y me llevo una mano a la frente. La habitación me da vueltas y siento que me voy a desmayar.

—Ah, sí, eso debe de ser el rohypnol, que empieza a hacer efecto. —Su estúpida sonrisita es irritante de cojones. Se la borraría de la cara de una hostia si pudiera ver bien.

—¿Me has drogado? —Me tambaleo y me agarro al borde del sofá para mantenerme erguida—. ¿Cómo? —Lo he estado observando todo el tiempo. Es imposible que haya puesto algo en mi bebida tan rápido. Todo lo que ha hecho es sacar los vasos y servir las bebidas.

—No eres muy observadora, Sofia. Ahora, sé una buena chica y duérmete. Te prometo que mañana será mejor.

Parpadeo con fuerza y empiezo a desvanecerme. Lo tenía todo planeado. Lo sé. Tenía la droga en el fondo del vaso antes incluso de sacarlo del armario y me ha follado hasta el sometimiento para que bebiera con él. Soy una completa imbécil.

—Lo has planeado todo. ¿Verdad? Cada ataque, cada vez que me pasaba algo malo. Lo has planeado todo para que viniera corriendo a ti en busca de protección. —Lo miro fijamente a través de mi neblina—. Me voy y me llevo a Calvin conmigo —le digo, poniéndome de pie, pero mi cuerpo cae con más fuerza de la que soy capaz de emplear para mantenerme erguida y su oscuridad engulle mi mundo.

20

LORENZO

Sofia se desploma en el suelo y yo me termino la copa antes de moverme. Norm la mira por encima del hombro, pero vuelve a girarse hacia el pasillo. Debería haber aprendido la lección hace semanas, pero está claro que tengo que tomar medidas más drásticas para asegurarme de que se somete a mis deseos.

—Norm, por favor, lleve a la doctora Carter a mi cama —le digo. Dejo mi vaso y le echo un vistazo al suyo. Haberle puesto el Rohypnol en la copa antes incluso de que entrara en la casa ha sido una idea fabulosa, sugerencia de Norm. Por mí, la habría mantenido atada a la silla y habría vuelto para follármela de vez en cuando, pero así también funciona. Me permite adelantar un poco de trabajo esta noche antes de acostarme. Dormirá todo el día y probablemente toda la noche con esa cantidad en el cuerpo.

Norm echa un vistazo a la ropa de ella, pero no le presta atención y la levanta, echándosela al hombro. Ese bruto de hombre puede levantar su cuerpo con un solo brazo, es algo que siempre me ha impresionado. Su pecho de barril es del tamaño de mi cómoda.

—Señor —asiente, y luego desaparece por el pasillo con ella. Lo sigo después de servirme otra copa. Sofia es una flor delicada, una que necesita ser podada y fertilizada, pero una flor, al fin y al cabo. ¿De qué otro modo podría describir la belleza del beneficio que aporta a mi vida en contraste con su vena testaruda? Sin embargo, pronto le arrancarán esas espinas y solo traerá cosas buenas.

Subimos las escaleras y giramos por el pasillo. Norm enciende la luz al entrar en mi dormitorio y, con la mano libre, abre la cama antes de dejarla caer sobre el colchón. La tapa y ella se gira hacia un lado con un bufido.

—No lo entiendo, jefe —dice, de pie junto a ella—. Hay cientos de mujeres que morirían por ir de su brazo. ¿Por qué esta? ¿Por qué ella?

Suelto una risita y acerco el sillón que hay junto al escritorio de lectura en la esquina de mi habitación. El profundo terciopelo verde machacado brilla a la luz mientras me siento y me relajo con mi copa.

—Bueno, Norman, cuando llevas tanto tiempo en esto como yo, empiezas a apreciar de verdad las cosas buenas de la vida. Una de esas cosas es una mujer que no teme desafiarte. —Doy un sorbo a la copa y observo cómo él entorna los ojos, confuso.

—¿Quiere que se rebele? —Da un paso atrás, cruzando las manos por delante de la cintura.

—Dígame, Norman. Si tuviera puntos ciegos, ¿querría que alguien se los señalara?

Él la mira y asiente.

—Sí, por supuesto.

—¿Y si tuviera debilidades, querría que alguien las apuntalara? ¿Hacerlo de modo que fuera usted fuerte en todos los aspectos? Alguien en quien pudiera confiar porque usted la ha refinado y le ha enseñado cómo prefiere que se le trate.

—Sí, por supuesto.

Doy otro sorbo a mi copa y suspiro. Ambos la observamos dormir un momento mientras dejo que mis preguntas calen en el duro cráneo de Norm. Hay cosas que nunca deberían necesitar explicación. Cuando elijo a alguien para que se una a mi familia, no me gusta que me cuestionen. En este caso, sin embargo, puedo entender por qué tanto él como mi padre creerían que otra mujer más dócil podría ser mejor para mí.

—Sofia aporta algo que solo ella puede poner sobre la mesa. Se resiste a hacerlo porque valora su moral por encima de mis proposiciones. Pero acabará cediendo, como todas las demás

personas que hemos traído a esta familia. Ahora, si me hace el favor, dígale a mi padre que lo recibiré ahora mismo.

Norm asiente y sale, dejándome terminar mi copa y observar a mi sonrojada futura esposa. Ronca suavemente, abrazando la manta con fuerza contra el pecho. Este pequeño peón está ahora en posición de tomar al rey, y la probabilidad de una entre mil de que eso ocurra está ahora garantizada. Sofia solo tiene que dar el «sí, quiero» en el altar que le he preparado y todo este reino será suyo: jaque mate.

—Ah, veo que ha conseguido usted un premio… ¿La bella durmiente? —Mi padre entra pavoneándose en la habitación, fumando un puro. Me termino la copa que tengo en la mano, me levanto y dejo el vaso vacío sobre la cómoda.

—La bella durmiente, en efecto. Sofia es difícil de manejar, pero nada que un poco de magia no pueda solucionar. —El olor del humo de su tabaco se filtra por el aire y su aroma, dulce y penetrante, me llega a las fosas nasales—. Nos casaremos antes de que acabe el mes. Los planes ya están hechos.

—Bien… —Asiente y da una chupada a su puro—. ¿Las invitaciones están enviadas, entonces?

—Enviadas por correo… Y cuando los invitados vean la magnífica esposa que tengo, sin duda alabarán el día en que usted me concibió.

Mi padre suelta una risita y luego su expresión se vuelve seria.

—No es suficiente, hijo, con que vaya de su brazo en los eventos. Debemos hacerles ver que ostenta usted el poder incluso sobre el hospital más prominente del país. Ahora mismo, controla los hilos entre bastidores. El doctor Kline se encoge de miedo ante usted. Pero cuando se case con la señorita Carter, su autoridad quedará cimentada. ¿Lo entiende?

—Las ambulancias se enviarán cuando usted lo diga. Las cirugías se realizarán solo cuando usted lo permita. Sus enemigos enfermarán cada vez más, sus aliados tendrán la mejor atención sanitaria disponible. Y usted, muchacho, será el dueño de la ciudad. Yo construí esta organización hasta donde está. Somos dueños de los mercados, de las calles e incluso de la policía. Pero usted está

llevando esto al siguiente nivel. La gente no respirará sin su consentimiento. —Su sonrisa mordaz me divierte.

—Sí, bueno, una cosa a la vez. Un imperio no se construye en un día, y primero tenemos que convertir a Sofia en la señora de Lorenzo Gatti.

Luego, haremos jugadas de poder en esta ciudad que dejarán a todos nuestros enemigos boquiabiertos. Y cuando necesiten algo —cualquier cosa— se verán obligados a inclinarse ante el rey Lorenzo.

SOFIA

Un ruido fuerte me despierta sobresaltada. Abro los ojos y solo veo oscuridad. Es de noche y no tengo ni idea de dónde estoy. Alguien se mueve con torpeza por la habitación y me siento desorientada y asustada. Esta no es mi cama. Yo no tengo sábanas de seda. Y huele a hombre, no a la familiar fragancia de lavanda de mi espray relajante que uso por las noches.

Me quedo completamente quieta y escucho los ruidos. Es un hombre y parece que se está desnudando. Oigo el crujido de la tela y, después, una cremallera. Gruñe y murmura algo entre dientes. Además, arrastra las palabras. Es Lorenzo. Lo reconozco por la voz.

Cierro los ojos con fuerza mientras todo vuelve a mí de golpe. El sexo en su salón, atada a la silla, la forma en que me dio una bebida en la que confesó abiertamente haber puesto rohypnol. El cabrón asqueroso me drogó para dejarme inconsciente. Me pregunto cuánto tiempo llevaré durmiendo. Me giro lentamente para buscar un despertador, pero no hay ninguno. Ni siquiera hay forma de ver qué hora es.

Se mete dando tumbos en otra habitación y la luz que se cuela en la oscuridad es casi cegadora. Mis ojos tardan un segundo en acostumbrarse y veo su culo desnudo mientras desaparece al doblar la esquina para entrar en el cuarto. Al incorporarme, el aire fresco me roza la piel y me doy cuenta de que yo también estoy desnuda.

Ni siquiera tuvieron la decencia de volver a vestirme después de que perdiera el conocimiento. Dios, cómo los odio.

Tengo que salir de aquí, encontrar mi ropa y mi móvil, y luego coger a Calvin y largarme. Si mi puto coche estuviera arreglado, habría venido hasta aquí conduciendo y tendría una forma de escapar, pero después de que me lo robaran no he tenido dinero para repararlo. Está en algún puto taller, dondequiera que se lo llevara la grúa, y estoy atrapada sin medio de transporte. Pero Lorenzo tiene que tener un coche. Solo tendré que encontrar las llaves.

Tiritando, me levanto de la cama. Me da vueltas un poco la cabeza, un efecto secundario de la droga que me dio. Lo he visto un montón de veces: mujeres que llegan a urgencias con horas de su día perdidas después de haber sido drogadas y, a veces, incluso agredidas. No dejaré que me lo vuelva a hacer. No me voy a quedar aquí para darle la oportunidad. Camino hacia la puerta, pero antes de que pueda poner la mano en el pomo, él vuelve a entrar en la habitación y me mira.

—¿Adónde vas? —pregunta, con la voz tan pastosa que no consigo distinguir lo que dice a continuación. Se tambalea a cada paso y me agarra de la muñeca.

—Iba a buscar mi ropa —esa parte no es mentira—. Necesito mi ropa. Tiene la casa como una puta nevera y tengo frío.

—Bueno, no necesitas ropa en mitad de la noche —Lorenzo tira de mi muñeca y suelto el pomo de la puerta para seguirlo a la cama —. Si lucho contra él, se le pasará la borrachera y no me dejará salir. Pero si le sigo la corriente, quizá se quede frito y me dé la oportunidad de irme de aquí con Calvin antes de que nadie se dé cuenta.

—Tienes razón, no la necesito —me lleva hasta la cama, donde se sienta y me aprieta contra su cuerpo desnudo. Apoya las manos en mis caderas mientras acurruca la cara entre mis tetas e inspira mi olor.

—Mmm, me gustas desnuda. Me entran ganas de follarte.

Pongo los ojos en blanco. No es que no me guste el sexo. No me malinterpretéis, siempre es increíble. Es que no tengo paciencia para

esto esta noche. Quiero que se duerma para poder encontrar a mi hermano y largarme. Mi plan es seducirlo cuando esté medio dormido y luego salir pitando hacia la puerta.

—Pues fóllame —le digo mientras me giro, planto el culo en su regazo y me froto contra su polla—. Ahora la tiene flácida, pero no tardará mucho. Me clava los dedos en las caderas y tira de mí hacia abajo.

—Te follaré cuando esté listo, Sofia, y te gustará —su aliento caliente en mi espalda me provoca un escalofrío. Incluso cuando le doy lo que quiere encuentra la forma de ser el dominante. Joder, me encanta cuando me domina.

—Azótame —le pido. Me recuerdo a mí misma que lo estoy seduciendo para que se duerma, pero mi cuerpo también se está excitando. Y joder, me doy cuenta de que quiero correrme una vez más antes de huir. Con las cosas que me ha hecho este hombre y la forma en que me ha tratado, y todavía quiero que me folle. Necesito que me miren la cabeza.

—Tú no tienes el control aquí, Sofia —siento sus labios en mi oreja y me estremezco. Desliza la mano por mi cadera y entre mis piernas, y en cuanto las separo para que pueda tocarme, siento exactamente cuánto quiero que me folle. Mi coño gotea de humedad por él. ¿Por qué me traiciona mi cuerpo? Es un monstruo y aquí no estoy a salvo.

—Pero he sido una chica mala, Lorenzo —susurro. Sus yemas me rozan el clítoris y mis caderas se sacuden como respuesta—. Por eso quiero que me azotes.

—Ya estás empapada por mí.

Quiero que deje de hablar y empiece a follar. —Por los azotes… —jadeo cuando sus dedos rodean mi clítoris y luego se deslizan dentro de mí. Va a follarme y voy a dejarlo. Su polla empieza a endurecerse debajo de mí, así que paso la mano por delante de sus dedos arremolinados y lo ayudo, apretándolo y acariciándolo mientras se hincha—. Me gusta que me castigues como si fuera una chica mala.

Otro escalofrío me recorre cuando saca los dedos de mi coño y me da una palmada en el culo, un poco más fuerte de lo que

pretendía. Un poco de dolor mezclado con el placer es bueno. —No tiene gracia si me sigues la corriente —gruñe. Reconozco ese tono. Gime y me azota con más fuerza, haciéndome gritar. Los azotes son cada vez más fuertes, y me pregunto si lo hace a propósito para irritarme y que luche contra él. ¿Está evitando adrede darme lo que quiero? Se supone que tiene que azotarme, luego follarme y después dejar que me vaya. No puedo estar aquí cuando salga el sol.

—Vale... —espeto, y me levanto, obligándolo a quitar sus dedos de mi cuerpo. Voy hacia la puerta pisando fuerte y él se me echa encima como un depredador, acorralándome contra la pared.

—Así me gusta más... —Lorenzo me agarra un puñado de pelo y tira tan fuerte que mi cuello se arquea hacia arriba. Entonces me muerde el hombro y siento cómo sus dientes me desgarran la piel. Suele ser brusco, pero nunca tanto.

—¡Ay! —chillo, y me aparto de la pared de un empujón, haciendo que él trastabille hacia atrás. Su mano me golpea el culo con fuerza, produciendo un sonoro azote, y vuelvo a chillar—. Joder.

—Eso es. —Me coge del brazo y me empuja hacia el sofá—. Eres mía. No te largas.

—No te pertenezco. —Intento quitármelo de encima, pero es implacable.

—No vas a ir a ninguna parte —gruñe, agarrándome por el brazo y empujándome hacia la cama.

—Claro que sí. —Lo fulmino con la mirada e intento soltar mi brazo de su agarre. No me escucha. Algo ha cambiado en él. No sé qué es, pero es aterrador. Ya no controlo la situación. Me deja caer en la cama y me agarra las caderas, poniéndome de rodillas y luego empujándome la cabeza contra el colchón. Por fin vamos a alguna parte. Solo necesito que gaste su energía y se quede sopa de una vez.

—Eres mía. No te largas.

—No te pertenezco. —Intento quitármelo de encima, pero es implacable. Se sube encima de mí y me agarra las muñecas, inmovilizándomelas a la espalda con una mano. No puedo zafarme de su agarre, ni puedo escabullirme.

—Haces lo que yo digo. —Me azota otra vez y jadeo en busca de aire. Lucho con más fuerza y él me sujeta con firmeza mientras su polla se desliza por mi humedad, provocándome—. Vas a ser una niña buena para papá, ¿verdad? —Me pasa la mano por la parte posterior del muslo y luego me clava los dedos en la piel, apretando con fuerza. Intento asentir, pero la postura en la que estoy no me lo permite.

—Sí.

—¿Sí, qué? —Me azota el culo de nuevo y aprieto los dientes, intentando contenerme para no volver a gritar.

—Sí, papá —gimoteo mientras desliza sus dedos entre mis muslos y presiona su pulgar dentro de mí, esparciendo mis jugos antes de sacarlo y deslizar dos dedos en mi agujero.

—Niña buena. —Retira la mano y siento la punta de su polla presionándome—. Esto es lo que querías, ¿no? —Empuja con fuerza dentro de mí y siento cómo mi cuerpo se abre a él. Es tan grande, y me agarra el culo, abriéndome para recibirlo tanto como sea posible. Me está llenando de formas que nunca creí posibles. No puedo moverme. No puedo respirar. No puedo hacer nada más que quedarme ahí tumbada mientras él coge lo que quiere.

Me folla tan duro que no puedo respirar, y cuando por fin me suelta las muñecas, me llevo la mano al clítoris para frotármelo. Mi cuerpo se tensa cuando un pulgar se hunde en mi culo y me estremezco.

—Eso es. Date placer. —Me tira de las caderas hacia atrás, y mis dedos rozan mi punto dulce con cada embestida. Siento que la excitación crece, y mi espalda se arquea, empujando mi culo contra él. Quiero que me coja con más fuerza. Quiero que me haga daño. Quiero que me haga correrme más fuerte que nunca.

—Esa es mi chica —gime, y lo siento hincharse dentro de mí.

Mi cuerpo se sacude y la espiral interna de mi entrepierna estalla mientras el orgasmo me invade. Convulsiono, jadeo y él embiste unas cuantas veces más antes de que sienta su calor inundándome. Bombea dentro de mí una y otra vez, y yo cabalgo las olas de placer hasta quedarme sin fuerzas.

Se desliza fuera de mí y gatea por el colchón, desplomándose sobre su almohada, y yo le subo la manta por encima. Con suerte, se quedará sopa y podré seguir con mi plan. Me quedo en la cama observándolo. Se sube la manta por encima del hombro y ahueca la almohada, y entonces espeta: «Apaga la luz».

—Claro —le digo, saliendo de la cama y yendo de puntillas al baño. Entro y cierro la puerta hasta dejarla apenas entornada. En segundos, está roncando. Es mi oportunidad para escabullirme.

Giro el pomo con el mayor sigilo posible y luego empujo la puerta para que se cierre el pestillo. El semen de Lorenzo me gotea por la cara interna del muslo, y cuando me veo de refilón en el espejo, me descubro un moratón en el estómago —probablemente de la maldita silla— y sangre corriéndome por el pecho desde un chupetón en el hombro. Pongo mala cara y cojo papel higiénico para limpiármelo. Está medio seco, y no tengo tiempo para una ducha, por no mencionar que no quiero despertarlo. Me lo rasco con la uña, pero pronto me frustro. No tengo tiempo para esto.

Después de vaciar la vejiga, apago la luz y avanzo a tientas hacia la puerta. El frío mármol de las paredes es liso y me hiela los dedos hasta los huesos. La puerta también cruje al abrirse, lo que interrumpe brevemente los ronquidos de Lorenzo, pero se aprieta más la manta y sigue durmiendo.

El corazón se me acelera ante la idea de que puedan pillarme, pero eso no me impide arrastrarme hasta la puerta de su dormitorio y abrirla. Toda la casa está tan jodidamente fría que tiemblo como una hoja. También está a oscuras, pero consigo encontrar el camino a las escaleras y bajar. No hay nadie despierto. Es mitad de la noche. Aun así, me siento avergonzada por estar completamente desnuda y pavoneándome por este sitio como si fuera mío.

Veo un resquicio de luz que sale de debajo de una puerta y me acerco de puntillas. No se oye ningún ruido del otro lado, así que abro la puerta. Es el despacho de Lorenzo, lo que solo demuestra que estoy desorientada en la oscuridad y un poco perdida. Entro a toda prisa y revuelvo las cosas, vaciando cajones y abriendo armarios. No hay llaves por ninguna parte, pero eso no me desanima. Sigo buscando hasta que temo que alguien venga a

buscarme, y finalmente me rindo. Tengo demasiado frío como para andar perdiendo el tiempo con esto.

Ahora que me he orientado, me dirijo al salón donde dejé la ropa, esperando que siga allí. Pero cuando entro, no veo más que los muebles y las alfombras de siempre. La luz de la luna que entra por el ventanal es suficiente para ver, y eso me cabrea. ¿Cómo demonios voy a irme de este puto sitio si se ha llevado mis cosas?

Resoplo y decido registrar también esta habitación. Abro los cajones de las mesitas auxiliares y vacío su contenido sobre los tableros con el mayor sigilo posible. Luego paso a las estanterías, pero allí solo encuentro polvo y telarañas. Sin mi móvil, ni siquiera puedo llamar a un Uber para que venga a por mí.

Finalmente, cuando me acerco al pequeño mueble cerca de la puerta, encuentro un juego de llaves. No tengo ni idea de qué tipo de coche es ni dónde lo encontraré, pero tengo una vía de escape. Ahora necesito a Calvin y algo de ropa.

Vuelvo a sumergirme en la oscuridad del pasillo y lo recorro de puntillas. Hay tantas habitaciones en este sitio que no tengo ni idea de en cuál está. Me detengo, me llevo los dedos a la frente y pienso. Y, mientras lo hago, oigo unos ronquidos, unos ronquidos profundos. Es Calvin. Oigo el estruendo de tren de mercancías de mi hermano y me hace sonreír. Sigo los sonidos por el pasillo hasta la puerta que está justo al lado del despacho de Lorenzo.

Calvin no se inmuta cuando abro la puerta y entro. Sigue haciendo temblar el aire con sus ronquidos en un sueño plácido, así que me dirijo a la cómoda y empiezo a abrir cajones. La mayoría están vacíos, pero encuentro uno con bóxeres y camisetas limpios. Son de Calvin, seguro que se los trajeron con él porque Lorenzo creía que tenía el plan perfecto para hacer que me quedara a su lado. Me los pongo rápidamente y luego registro el armario. Su silla de ruedas también está aquí... Perfecto.

Saco la silla a duras penas del armario y la despliego, y después despierto a Calvin con cuidado.

—Eh, tío, tenemos que largarnos de aquí.

Él parpadea, bosteza y niega con la cabeza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú calla, ¿vale? Ya te lo explicaré todo más tarde.

Calvin es incapaz de ayudarme, y tardo casi media hora en acomodarlo en la silla y prepararlo para el traslado. Llevarlo hasta la puerta principal es fácil, pero bajarlo por las escaleras de la entrada es una pesadilla. Tengo que bajarlas de un escalón en uno, y para cuando termino tengo los brazos y las piernas doloridos y temblorosos; pero, una vez que lo coloco en la acera, todo va sobre ruedas. Cojo las llaves, guardadas en la bolsa que hay en la parte trasera de la silla de Calvin, y pulso el botón del cierre centralizado.

A lo lejos, varios coches más allá, unas luces parpadean. Tengo vía libre. Solo tengo que meterlo en el coche y largarme de aquí. Puedo llamar a Jen, averiguar dónde está la cabaña y esconderme. Aunque tenga que volar a Islandia para alejarme de esta familia, lo haré. Nadie amenaza a mi hermano, y mucho menos Lorenzo Gatti.

LORENZO

Amanece pronto cuando uno no se acuesta hasta altas horas de la madrugada. Pero mi cuerpo me despierta como de costumbre. Tengo un despertador interno que nunca me permite dormir más allá de las siete de la mañana.

Me froto los ojos y me doy la vuelta, esperando encontrar a Sofia acurrucada a mi lado, pero no está. Las sábanas están apartadas en su lado y el colchón está frío. Parece que se ha ido hace un rato. La puerta del baño está abierta, la luz apagada, lo que significa que tampoco está ahí. No me preocupa demasiado. Esté donde esté, la encontraré y tendremos una charla sobre modales.

Salgo de la cama con la polla dura como una piedra. Tengo que mear y me muero de hambre. Así que, bostezando, me dirijo al baño. La polla se me balancea a cada paso hasta que me inclino sobre el váter, sujetando a la cabrona para apuntar bien. La cabeza me martillea de dolor y el estruendo de mi meado al chocar contra el agua es tan fuerte que me hace daño en los oídos. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el antebrazo, que está apoyado en la pared sobre el inodoro. Cuando mi vejiga se vacía, vuelvo al dormitorio y me pongo unos pantalones cortos.

Mi móvil, enterrado en alguna parte de mi ropa de ayer, vibra, y la revuelvo hasta encontrarlo con la pantalla encendida. Tengo varios mensajes sin leer de Norm y algunos de mi padre. Tendrán que

esperar a que me tome un café y algo salado para quitarme esta resaca.

Móvil en mano, bajo las escaleras casi corriendo. Hay un poco de jaleo en mi despacho y oigo a mi padre gritándole a alguien. Nunca aparece tan temprano, pero no me sorprende que esté aquí. Él también se cree el dueño de este sitio, y yo le dejo hacer lo que le da la gana sabiendo que le queda poco y que un día todo esto será mío.

Ignorando los gritos, voy directo a la cocina. El café se está haciendo y huelo a beicon friéndose antes incluso de abrir la puerta. Mi cocinera está de espaldas a mí cuando entro, pero me saluda con su familiar «Buenos días, señor Gatti» mientras me dirijo directamente a la cafetera.

—¿Ha pasado por aquí la señorita Carter? —Cojo una taza, la lleno del café caliente de la jarra y luego me giro y le doy un sorbo mientras me apoyo en la encimera.

—Oh, no, señor. No he visto a ningún invitado esta mañana. —Me lanza una mirada de reojo y yo hago una mueca. Si no se ha tomado un café, quizá haya ido directamente a visitar a su hermano. Sé que anoche insistió mucho en verlo.

Saco el móvil y abro la aplicación del sistema de vigilancia de la casa mientras me dirijo de nuevo hacia la puerta de la cocina, murmurando: —Avíseme cuando la comida esté lista —a la cocinera mientras salgo. Abro la vista de la cámara de la habitación de Calvin y me sorprende ver su cama vacía, con las sábanas retiradas—. ¿Qué coño…? —murmuro y levanto la vista al oír pasos delante de mí.

Mi padre sale de mi despacho y cruza el vestíbulo hacia mí. —Tu juguetito la ha vuelto a liar, Lorenzo, y tienes que controlarla.

—¿De qué hablas? —Me guardo el móvil en el bolsillo. Ya me encargaré de eso más tarde.

—Digo que el coche de Norman ha desaparecido, se lo han llevado de la calle. Faltan las llaves. —Mi padre niega con la cabeza y suelta un bufido—. Aunque la verdad es que es la horma de tu zapato. Igual de testaruda y cabezota que tú de niño. Quizá tengas hijos fuertes que te sucedan cuando te toque irte. —Pasa de largo,

entra en la cocina y yo voy directo hacia la puerta abierta de mi despacho.

Cuando entro, veo a Norm inclinado sobre el ordenador de mi escritorio. Echo un vistazo a mi despacho. Está destrozado. Hay papeles y bolígrafos esparcidos por el suelo delante de todos los muebles. Las cosas de mi escritorio están desordenadas, y parece que alguien ha entrado a robarme.

—Señor —dice Norm, sin siquiera levantar la vista. Mira fijamente la pantalla y yo rodeo mi escritorio para ver qué es. Está revisando la misma grabación que yo estaba viendo hace un momento.

—¿Qué ha pasado? —La cabeza todavía me late de dolor, pero el café está ayudando un poco. Nunca fui tan estúpido como para creer que Sofia se tumbaría como una perra bien adiestrada para obedecerme, pero jamás pensé que robaría un coche y huiría en mitad de la noche.

—Estoy intentando ver a qué hora se fue. Cogió mis llaves del aparador del salón y también a su hermano.

—¿Cómo? —Dejo el café en la mesa y salgo disparado de mi despacho hacia la habitación de al lado, donde se supone que está Calvin. Su cama está vacía, igual que en el monitor, y su armario está abierto. La silla de ruedas no está—. Joder.

Me paso una mano por el pelo y suelto un gruñido de rabia y frustración. Luego, doy un manotazo a la mesilla de noche, tirando todo lo que hay encima al suelo. La lámpara se hace añicos y la caja de pañuelos de papel rueda por el suelo. ¿Se ha ido?

—Señor, parece que se fue sobre las tres de la mañana.

Furioso, me abalanzo sobre él, empujándolo con ambas manos con tanta fuerza que trastabilla hacia atrás. Su enorme tamaño me empequeñece, pero no me acobardo. —La has dejado largarse de aquí con tus putas llaves, Norm. —Sabe que no debe joderme. Me conoce lo suficiente como para saber que le haré daño, mucho daño.

—Señor, yo…

—Encuéntrala ahora mismo, joder. Mueve tu puto culo a la calle y encuéntrala. Tráela de vuelta aquí y hazlo ya. —Lo empujo de nuevo y choca contra la pared. Aprieta la mandíbula, con las fosas nasales dilatadas, y gira la cabeza hacia un lado. Está enfadado conmigo,

pero esto es culpa suya—. Dejaste tus putas llaves a la vista. ¿Qué coño te he enseñado? ¿Ya no sabes nada?

—Lo arreglaré, señor. —Su voz es tensa y cuadra los hombros. Norm no comete errores como este, y quizá he sido demasiado blando con él, pero que Dios me ayude, si no la trae de vuelta, lo destriparé tan rápido como a cualquier otro soldado.

—Ahora, Norm. —Paso a su lado al salir por la puerta y subo directo las escaleras para vestirme. El dolor de cabeza aviva aún más mi furia. Nunca en mi vida he estado tan furioso. Nadie ha tenido jamás la audacia de desafiarme así. Ni un alma. Y Sofia lo pagará.

Me quito los pantalones cortos y cojo unos calzoncillos, luego me pongo un traje y bajo de nuevo. Por el camino, llamo a uno de mis hombres para darle órdenes estrictas de que la encuentren y la traigan de vuelta. Cuando entro en la cocina, mi padre está sentado a la mesa desayunando. Clava el tenedor en un bocado de huevos y se lo lleva a los labios con aire de suficiencia.

Me siento frente a él y la cocinera me pone delante una taza de café recién hecho y un plato de beicon con huevos. Cojo un tenedor y me quedo mirando el plato, todavía furioso. Aunque en parte me culpo a mí mismo. Bebí demasiado y, si hubiera estado más alerta, me habría dado cuenta de que se iba.

—La ciudad es grande y es fácil desaparecer, pero la encontraremos. —Mi padre sorbe un poco de café y deja el tenedor en la mesa—. Ahora, come. Hoy tenemos mucho que hacer.

Tomo un bocado de huevos, cojo una tira de beicon y me la meto en la boca. La carne crujiente se deshace entre mis dientes mientras mastico y levanto la vista para encontrarme con su mirada.

—Tienes que deshacerte de Norman, Lorenzo. Es débil. Puede que sea leal, pero si es estúpido, tu reino caerá. Corta por lo sano. —Mi padre se hurga en un diente con la punta de la lengua. Me temía que algo así acabaría pasando. Nunca le ha gustado Norm. Pero no voy a cortar lazos con él sin más. Su lealtad vale demasiado.

—Yo me encargo —gruño mientras me meto otro bocado de huevos en la boca. No permitiré que nadie tome decisiones por mí, ni siquiera él.

—Eres tan fuerte como tu… más débil.

—¡He dicho que yo me encargo! —Lo fulmino con la mirada y sus cejas suben y bajan una vez antes de usar la servilleta para limpiarse la boca.

—Mmm… —Se levanta, asiente y luego se vuelve hacia la cocinera—. Gracias por el desayuno. Estaba delicioso.

Mi padre sale sin decir una palabra más y yo miro con rabia mi plato de comida. Si Sofia cree que esto va a librarla de nuestro acuerdo, se equivoca. En cuanto la encuentre, la llevaré directa al altar. Y si se niega a casarse conmigo, las cosas se pondrán violentas.

Me saldré con la mía.

SOFIA

La belleza y la paz de esta pequeña cabaña enclavada en la ladera de la montaña te dejan sin aliento, a pesar de la lluvia que ha estado cayendo todo el día. Cojo mi taza de té y me dirijo al salón para ver cómo está Calvin, que se encuentra sujeto a su silla de ruedas viendo concursos en la tele. El suelo de madera cruje bajo mis pies, pero el lugar es robusto, hecho de troncos gigantes apilados unos sobre otros y ensamblados en las esquinas, como solían ser las cabañas antiguas.

La terraza de atrás tiene vistas al arroyo Catskill, en el valle. Con todo el follaje de los meses de verano, no alcanzo a ver el arroyo, pero seguro que es precioso a finales de otoño, cuando los colores cambian y las hojas caen. Y no puedo ni imaginar lo pintoresco que será en invierno, cuando el arroyo se hiele y la nieve cubra la ladera de la montaña. Jen es una santa por dejarnos venir aquí a Calvin y a mí. Incluso me prestó su coche, por si acaso el de Lorenzo tuviera un localizador.

—Oye, Cal, ¿necesitas algo? —Me acerco a él arrastrando los pies y me mira por el rabillo del ojo. Incluso él se ha ido encontrando mejor, saliendo poco a poco de su depresión. Cree que estamos aquí de vacaciones, que me han dado una paga extra y unos días libres. Es una mentira piadosa para protegerlo de la terrible verdad y, aunque puede que sospeche algo, no pienso romper la farsa hasta

que tenga noticias del doctor Baker sobre la posibilidad de un nuevo trabajo en otro lugar.

—No me vendría mal algo de beber —dice, pasándose la lengua por el labio—. Estas reposiciones antiguas también se están volviendo aburridas. ¿A lo mejor podemos buscar otro canal?

Llevo diez días cuidando de él yo sola. La parte más difícil es meterlo y sacarlo de la bañera sin ayuda, pero por suerte él prefiere que lo lave con una esponja a un baño de verdad. Tener aquí a su enfermero sin duda aceleraría todos los procesos, pero esto nos ha dado tiempo para estrechar lazos. Además, sin trabajo me siento completamente inútil, como si no tuviera nada que hacer ni ningún propósito en la vida, así que cuidar de Calvin ha sido una buena distracción.

Dejo mi té y hago zapping hasta que gruñe en señal de aprobación. Es la serie *Te quiero, Lucy*, con Lucille Ball. Se ríe entre dientes antes de que siquiera deje el mando para coger su vaso de agua.

—Me encanta este...

Sonrío y le llevo el vaso a los labios, colocándole el extremo de la pajita en la boca. Sorbe, dando un trago largo. Tiene los labios agrietados; quizá esté un poco deshidratado. Y su cuerpo está frágil, también pálido y por debajo de su peso. Tiene los músculos atrofiados de estar tanto tiempo en esta maldita silla, y siento que su ánimo ha sufrido un deterioro similar. Sé que él se siente aún más inútil que yo ahora mismo, así que no me puedo quejar. Lo único que puedo hacer es seguir buscando un nuevo trabajo y pedirle ayuda al doctor Baker para facilitar que Calvin complete el ensayo clínico en unas semanas.

—Estoy pensando en darme un baño caliente. ¿Estarás bien un rato? —Le ajusto la correa del pecho que lo mantiene erguido y él inclina la barbilla para mirarme y sonreír.

—Claro que sí, te mereces un rato para relajarte.

Le doy una palmadita en el hombro y dejo su bebida. Luego recojo mi té y me dirijo al cuarto de baño. La bañera es gigante, lo bastante grande para dos personas, pero por desgracia no es de hidromasaje. Eso la haría perfecta. Aun así, abro el grifo para que se

llene mientras me quito la ropa. Dejo la puerta abierta para poder oír a Cal si me necesita, sabiendo que está atrapado ahí, delante de la tele, hasta que yo termine.

Con el té en el borde de la bañera, añado una buena dosis de baño de espuma bajo el chorro de agua y lo dejo de nuevo en la encimera. Cojo una toalla para poder secarme las manos y usar el móvil mientras estoy en remojo, y la coloco sobre el borde, cerca del teléfono. Luego abro las persianas de la ventana para kunna observar el paisaje más allá de las paredes de la cabaña. Existe la opción de abrir la pared entera y hacer que este baño forme parte de la terraza, pero es demasiado trabajo para un simple baño a solas.

Me meto en la bañera, hundiéndome en el agua mientras sigue llenándose, y observo a un par de cardenales que revolotean al otro lado de la ventana. Me saca una sonrisa, porque una vez oí que, si ves un cardenal, significa que alguien que ha fallecido te está cuidando y velando por ti. Pienso en mis padres y en sus trágicas muertes y me emociono un poco. Papá sabría qué hacer ahora mismo, cómo ayudarme. Como policía jubilado que era, tenía tanta sabiduría... Pero estoy sola para enfrentarme a esta situación.

Suspirando, acerco un poco de espuma para cubrirme el pecho y observo cómo los pájaros se van volando. Para ser una tarde avanzada de junio, está anocheciendo pronto, probablemente por el cielo cubierto que, de repente, siento que encaja con mi estado de ánimo. Cierro el grifo, me reclino en el agua y cierro los ojos. No puedo quedarme en esta cabaña para siempre. No es factible. Necesito ganar dinero y, aunque Jen es lo bastante generosa como para dejarme usar este lugar gratis, al final se me acabarán los ahorros y no tendré forma de comprar comida ni artículos de aseo. Los medicamentos de Calvin son caros y solo el ensayo clínico se comerá la mitad de mi sueldo de julio... si es que cobro un sueldo.

Tengo que irme a alguna parte, aunque sé que no puedo volver a Nueva York, al menos no como yo misma. Lorenzo me encontrará y, aunque no creo que él personalmente me mate, su padre sin duda lo hará. Ese hombre es la maldad personificada. No me sorprendería

descubrir que han estado acosando a gente que conozco para dar conmigo.

Como si lo hubiera invocado, me suena el teléfono. Me levanto en el agua para mirar el número. Jen me ayudó a conseguir un móvil de prepago, ya que el mío está en casa de Lorenzo con mi bolso y la última ropa que me puse. Nunca lo encontré la noche que escapé, así que tuve que comprar otro. Sin embargo, nadie tiene este número excepto ella, así que, cuando veo su número parpadear en la pantalla, me seco las manos y cojo el teléfono.

—Hola, tía… —vuelvo a acomodarme en el agua. Me ha llamado varias veces para ver cómo estoy, así que no es ninguna sorpresa ni nada por el estilo.

—Eh, Sofi, tenemos que hablar. —Jen suena alterada y se me eriza el vello de los brazos. Los sumerjo en el agua todo lo que puedo sin que las burbujas mojen el teléfono.

—Claro, ¿qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? —He tenido diez días para liberar la tensión de los últimos cuatro meses, pero con una sola frase ha conseguido que vuelva toda de golpe. Siento cómo se me tensan los hombros mientras ella continúa.

—Han matado a ese hombre… El que iba siempre detrás de Gatti. Está muerto… —El teléfono pita, indicando que ha llegado un mensaje de texto, y me lo aparto de la oreja para mirar la pantalla. Jen me ha enviado una foto de Norm del periódico. Ver su cara en la portada del *New York Times* junto al titular «Se investiga una muerte espeluznante» me da escalofríos.

—¿Que han hecho qué? —¿Lorenzo ha matado a su mano derecha? Adora a Norm. ¿Por qué iba a hacer algo así? Si ha matado a Norm por dejarme escapar, ¿qué me hará a mí?

—No hay ninguna noticia sobre cómo ha pasado, pero han encontrado el cuerpo flotando en el Hudson. Sofi, esto es muy jodido y me está acojonando. —Me la imagino mirando por encima del hombro mientras habla conmigo—. Han estado pasando cosas muy raras.

¿De verdad que Norm está muerto? ¿Ese puto enfermo lo ha matado porque robé unas llaves y me fui de casa? Se me cierra la garganta y aprieto los ojos con fuerza. Esto no puede estar pasando.

No puedo cargar con el peso de esa culpa sobre mis hombros el resto de mi vida. ¿Cómo ha podido hacerle eso a Norm?

—Me han seguido, Sofi.

—¿Que te han seguido? —Abro los ojos de golpe y me incorporo —. ¿Qué ha pasado?

—Gatti y un hombre mayor con el pelo oscuro me siguieron a pie desde mi apartamento hasta la cafetería y luego se subieron al mismo vagón de metro que yo para ir al trabajo. No me miraron ni una vez, pero sabían quién era. Caminaron detrás de mí todo el camino hasta el hospital y me vieron entrar por las puertas. ¿Y si me hacen daño porque quieren llegar hasta ti? —Suena aterrorizada.

—Ven a la cabaña. Quédate conmigo. —No puedo creerlo. ¿Por qué van a por gente que no tiene nada que ver con su pequeño plan? Lo de Norm lo entiendo, ¿pero Jen? Ella es inocente.

—Sí, creo que lo haré. —Noto la inquietud en su tono—. ¿Necesitáis algo? Porque en cuanto suba para allá, me quedo.

—Pues… quizá algo de papel higiénico.

—Vale, dame un poco de tiempo para dejar mis asuntos en orden. Esto es una locura. No puedo tener a la mafia siguiéndome por ahí.

—Siento mucho haberte metido en esto, Jen. Te juro que lo solucionaremos.

Cuelga sin despedirse y me quedo mirando la pantalla mientras la llamada termina y aparece la pantalla de inicio. Luego se vuelve negra mientras permanezco sentada, en estado de shock, tiritando mientras el aire acondicionado me enfría los hombros húmedos y descubiertos. Sabía que la familia Gatti estaba metida en asuntos horribles, y sabía que Antonio era una persona horrible, ¿pero Lorenzo? Él no es malvado como su padre, solo un incomprendido. Sé que con tiempo y paciencia suficientes, podría haberle enseñado a dirigir su negocio sin matar ni hacer daño a la gente.

Cuando un movimiento fuera de la ventana me llama la atención, giro los ojos en esa dirección. Es un cuervo, posado en la barandilla de la terraza, mirándome fijamente. La cabeza del pájaro de ojos redondos y brillantes se inclina y cambia de ángulo, pero sus ojos permanecen fijos en mí. El presagio de muerte es suficiente para

que alargue la mano y cierre la persiana de un tirón, pero incluso con mi movimiento el pájaro no se mueve. Está ahí fuera, mirando fijamente la ventana, y yo estoy en este maldito baño, temblando, asustada de un fantasma.

—Aquí estás a salvo, Sofi… Intenta respirar. No puede llegar a ti si no sabe dónde estás. —Dejo el teléfono e intento relajarme de nuevo, pero esa parte de este baño ya está arruinada. Ahora tengo que trazar un plan. No puedo quedarme aquí para siempre, y si viene a buscarme, me encontrará. Tengo que escapar de verdad, antes de que le hagan daño a nadie más a quien quiero.

LORENZO

Me considero un hombre paciente, pero se me ha acabado la paciencia, y la piedad, y las segundas oportunidades. Kline y Baker están de pie frente a mí, mientras yo permanezco sentado a la cabecera de la mesa de la sala de reuniones, en la cuarta planta del hospital Bellevue, con vistas a la gran ciudad de Nueva York. La bahía del Hudson reluce bajo la luz del sol, dejando dedos de luz ondulantes en el techo. Kline se muestra obstinado, fulminándome con la mirada. Pero Baker es débil; se retuerce las manos de miedo junto al hombre mayor y más sabio.

—He sido más que generoso con este lugar. Mis donaciones han pasado desapercibidas. —Presiono la mesa de caoba con un dedo e inclino la cabeza—. No tienen silla quirúrgica. No tienen un cirujano traumatólogo especializado. ¡No tienen ni puta idea de dónde está! —Mi voz sube de tono y volumen con cada frase. Miro a Lord, mi nueva mano derecha, ascendido cuando Norman tuvo su pequeño accidente.

Lord hace girar el cuello hasta que cruje con fuerza. La puerta está cerrada con llave, las persianas que dan al resto del hospital, bajadas para que nadie pueda vernos, pero oírnos, sin duda. No estoy preocupado. Kline y Baker van a decirme lo que necesito saber y luego me marcharé tranquilamente.

—¿Dónde está nuestra buena doctora? —Apoyo la palma de la mano sobre la mesa y frunzo los labios, a la espera de una

respuesta.

—Carter se ha esfumado. Solicitó un permiso de ausencia. —Kline actúa como si no estuviera intimidado, pero veo el miedo en su cuerpo. Se manifiesta en la vena que le palpita en la frente, en el sudor que le perla el labio superior. A él nunca lo quebraré, pero ¿Baker? Un juego de niños.

Asiento hacia Lord, que se mueve con rapidez, agarra a Baker por la nuca y le estampa la cara contra la mesa. Grita y se incorpora con un chorro de sangre saliéndole de la nariz, mientras se la tapa torpemente con ambas manos.

—Joder, tío —gimotea, y Kline se mueve, nervioso.

—Quizá el señor Baker sepa dónde está... —Me enderezo en la silla, con los dos pies firmemente plantados en el suelo, y vuelvo a asentir hacia Lord.

—Señor Gatti, le aseguro que ninguno de los dos sabe dónde está la doctora Carter. Solo nos dijeron que se iba a tomar un tiempo libre. —Kline se ajusta la corbata y Lord se la arrebata de la mano, deslizándole el nudo hasta el cuello con tanta fuerza que el hombre ahoga un grito y se agarra a las muñecas de Lord—. Por favor, no lo sabemos.

—Señor Baker, por favor, dígame dónde está la doctora Carter. —Me pongo de pie, observando cómo Lord aprieta el nudo alrededor del cuello de Kline. El hombre boquea y araña las manos de Lord mientras la cara se le pone roja.

—No lo sé, tío. Por favor, para... —Baker se tapa la cara; la sangre le corre por los brazos y le gotea de los codos—. Suéltalo.

Lord me mira esperando instrucciones y yo asiento. Aprieta con más fuerza, ajustando aún más el nudo. Kline cae de rodillas, dejando escapar jadeos guturales en busca de aire. Tiene la cara tan roja que resulta cómico, como un personaje de dibujos animados con los ojos saltones.

—Parece que Kline necesita un poco de ayuda, Baker. —Doy un golpecito con el dedo sobre la mesa y fijo la mirada en él.

—Oye, de verdad que no lo sabemos. Sofi dijo que quiere que su hermano se someta al ensayo en julio y me ofrecí a ayudar. Aparte de eso, no sé nada. Jen lo sabrá. Ella te dirá dónde está Sofi. —

Baker chilla como un puto cerdo y vuelvo a asentir hacia Lord, que deja caer a Kline al suelo hecho un ovillo, aspirando aire como si fuera una raya de cocaína sobre la mesa.

—Gracias por la información, caballeros. Nos vamos ya. —Caminamos hacia la puerta y miro a Baker por encima del hombro—. ¿Dónde encuentro a esa tal Jen?

—Segunda planta... sala de médicos. —Baker se limpia la nariz con la manga y estoy seguro de que ha captado el mensaje.

Sigo a Lord hasta los ascensores y luego hacia la sala de médicos. Las señales nos indican la dirección correcta, pero antes de llegar nos topamos con un gran revuelo. Una mujer con el miedo reflejado en sus ojos marrones agacha la cabeza y mira el móvil, pasando a toda prisa a nuestro lado en dirección a la salida. Al final de esta planta hay una puerta que da directamente al garaje. Lo sé porque lo he visto yo mismo en las grabaciones de vigilancia del día en que atacaron a Sofia cerca de su coche. Esa tiene que ser Jen, y Baker tiene que haberla avisado.

—Por aquí —le gruño a Lord, y esta vez él se da la vuelta para seguirme. Apresuramos el paso, intentando igualar el suyo, pero ella mira por encima del hombro y echa a correr—. Mierda. —Le hago un gesto a Lord y salimos tras ella. Médicos y enfermeros se nos quedan mirando mientras la perseguimos hasta la puerta del hospital, hacia el calor de las temperaturas de junio.

Jen serpentea entre los coches y desaparece por un segundo. Creo que se está subiendo a un coche, pero no oigo cerrarse ninguna puerta. Así que me detengo y dejo que Lord continúe la persecución. Intentando calmar la respiración, me apoyo en un todoterreno aparcado y escucho. Oigo sus pasos y el motor de un coche en algún lugar del garaje, en otra planta. Entonces oigo un gemido. Está cerca.

Avanzo en silencio, con sigilo, comprobando entre los coches a medida que avanzo. Cuando llego a una furgoneta grande, me detengo y miro por debajo. Veo los pies de una mujer al otro lado y sé que la tengo. Lord anda por ahí, así que de momento estoy solo.

Saco la pistola que llevo en la cintura y la sostengo delante de mí mientras rodeo la furgoneta y la apunto. No tengo necesidad de

usarla si responde de la forma correcta, pero si se resiste, aprenderá tan rápido como el doctor Kline que no debe desafiarme.

—¡Por favor, no dispares! —Jen se encoge, levantando las manos frente a ella. Se le cae el móvil y le tiemblan los brazos. Grandes lágrimas le corren por la cara, emborronándole el rímel, mientras yo levanto la punta de la pistola.

—Ven aquí. —Permanezco junto a la furgoneta, justo fuera del alcance de las cámaras. Si Kline sabe lo que le conviene, hará que seguridad borre esta grabación.

Jen avanza, sin móvil, sin bolso, sin las llaves del coche. Lo único que lleva es el estetoscopio colgado del cuello, pero mal puesto. Se tambalea al borde de caerse y ella tiembla de miedo mientras se acerca a mí.

—Por favor, no me hagas daño. Sofi solo quería marcharse. Tiene miedo. —Sorbe por la nariz y más lágrimas se le escapan por los ojos y, en cuanto está lo bastante cerca, la agarro por la muñeca y tiro de ella hacia mí, clavándole la pistola en las costillas.

—Baja las manos —le digo, rodeándola con un brazo por el costado. Ella obedece y echa un vistazo al móvil que ha quedado en el suelo, detrás de ella—. Camina conmigo, despacio y con calma, y no te pasará nada.

Jen duda, pero avanza conmigo. Nos alejamos de la fila de coches en dirección al ascensor de la esquina más alejada del garaje. Es el que da a la calle y usan los que vienen de compras al centro. El personal del hospital utiliza el otro ascensor y, después del numerito que hemos montado al perseguirla, no quiero levantar más polvareda.

Mientras cruzamos el garaje, Lord aparece en nuestro campo de visión, pistola en mano y buscando. Cuando me ve con Jen, se pone a caminar a mi lado.

—Jennifer, supongo. —La pistola se le remueve contra las costillas y ella suelta un gemido.

—Sí.

—Bien, vas a decirme dónde está la doctora Carter.

Pulso el botón del ascensor con la punta de la pistola y ella se retuerce, incómoda, en mi abrazo. —Por favor, no le hagas daño.

Solo quiere cuidar de Calvin.

—No tengo la menor intención de hacerle daño —le digo mientras se abren las puertas y salen unas cuantas personas. Nos dedican miradas de extrañeza, pero siguen su camino mientras nosotros entramos en el ascensor. Con Lord a buen recaudo dentro de la cabina conmigo, pulso el botón de parada de emergencia y dejo que Jen se escabulla.

Las puertas se cierran y Jen se encoge en una esquina, llorando y tapándose la cara. Lord vuelve a guardar la pistola en la funda y se queda de pie con las manos entrelazadas por delante, como si esperara una orden.

—Pero a ti sí que te haré daño si no me dices lo que quiero saber. —Enfundo el arma en la parte trasera de la cinturilla del pantalón y me arreglo la chaqueta del traje. No me gusta tener que correr y menos aún mancharme de sangre los trajes buenos, así que a partir de ahora le dejaré el trabajo sucio a Lord.

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¿No ha hecho ya bastante? Te ha salvado la vida. —Jen es tan temperamental como Sofia. Ya veo por qué se llevan bien. Estas neoyorquinas son unas bocazas y unas escandalosas, y me sorprende haber encontrado a una que puedo tolerar. Sin embargo, la que tengo delante no me complace en absoluto.

—¿Dónde está? —Entrecierro los ojos para mirarla y Lord da un paso al frente, amenazador.

—Está escondida. No pienso decirte dónde está. —Jen me ataca con sus palabras y Lord le da una fuerte bofetada.

—¿Dónde? —pregunto de nuevo, y ella le escupe a los pies. Lord vuelve a corregirla, esta vez con el dorso de la mano. La cabeza de ella se ladea de golpe y se tapa la cara, llorando con más fuerza.

—No pienso decírtelo… —Esta vez esconde los ojos, manteniéndolos bajos y apartados de mí.

Esta vez, Lord ni siquiera tiene que esperar mi orden. Se acerca, la agarra por la barbilla y la obliga a mirarme. La sujeta con fuerza, pero sin apretarle el cuello. Necesitará poder soltar la ubicación, así que dañarle las cuerdas vocales es contraproducente.

—¿Dón-de es-tá? —Estoy a punto de perder la paciencia. Si ella no me lo puede decir, volveré con Kline y Baker.

Jen gime y se retuerce en las manos de Lord, y las lágrimas no dejan de brotar. Ella lo golpea, le da patadas y le clava las uñas en el brazo con tanta fuerza que le hace sangre, pero él se niega a soltarla.

—¡Dónde! —grito, y ella suplica.

—Por favor… Vale. Te lo diré… Te llevaré. Por favor, no me hagas daño. —Lord la suelta y ella se desliza hasta el suelo en la esquina del ascensor, haciéndose un ovillo.

—Levanta —ordeno, volviendo a pulsar el botón de parada de emergencia. Si va a llevarnos allí, aún no hemos terminado con ella, pero, por si acaso, Lord le va a dar una lección para que la siguiente etapa de este viaje vaya más sobre ruedas. Me vuelvo hacia él y le digo—: Llamaré a Dex para que nos recoja. Tráela a la casa. —La miro de reojo—. Después de su pequeña lección.

Jen gime y grita mientras se abren las puertas del ascensor y yo salgo. Me giro para ver a Lord desabrochándose el cinturón, con una mirada voraz en los ojos. Esto es justo lo suyo, exactamente lo que le pone. Jen aprenderá la lección e iremos a recoger a Sofia esta noche.

Lord me mira mientras se saca la polla de los vaqueros y, mientras la puerta se cierra, lo veo alargar la mano hacia el botón de parada de emergencia.

Tengo que hacer algunos preparativos antes de recoger a mi futura esposa. Será mejor que no tarde mucho.

25

SOFIA

Cuando Jen me mandó el mensaje de que venía y que estaría aquí para la hora de comer, me puse las pilas. Limpié la cabaña entera, quizá mejor de lo que se había limpiado en años, y luego le di de comer a Calvin y lo acomodé en su cama para que viera los culebrones de la tarde. Se quedó dormido enseguida, lo que me dejó sola para preparar la comida para Jen y para mí.

Los pequeños sándwiches son probablemente un poco sofisticados para una simple comida de bienvenida a su propia cabaña, pero ha sido muy generosa al permitirnos a Calvin y a mí refugiarnos aquí mientras capeamos el temporal que rodea mi vida. Lo menos que puedo hacer es que se sienta como en casa en cuanto entre por la puerta. Así que sirvo dos copas de vino, coloco la bandeja de sándwiches y me siento a esperar.

Hoy hace un día soleado, aunque lloverá en algún momento. He aprendido que en la ladera de sotavento de este refugio de montaña con vistas al río llueve al menos una vez al día durante unos diez minutos. Eso me ha mantenido ocupada en más de una ocasión, apostando contra mí misma a qué hora llegaría la lluvia. Hoy, sin embargo, parece que será un chaparrón vespertino, con el sol en todo su apogeo calentando la cabaña.

Vuelvo a asomarme a la ventana principal, pero no veo nada. Así que, nerviosa, doy otra vuelta por el salón recogiéndolo todo. Me dejé el mando en el brazo del sofá de tweed, así que lo devuelvo a

la cesta que hay en el mueble de la tele. Y la taza del té de la mañana sigue en la mesa del rincón del comedor, en una esquina de la habitación. La llevo a la cocina y cojo un trapo para limpiar el cerco de condensación que ha dejado.

Una vez que lo he inspeccionado todo, vuelvo a mirar el camino de entrada, un asfalto negro, empinado y serpenteante que sube por la colina hacia el garaje, al este de la cabaña. Oigo un rugido grave que indica que se acerca un coche, y sé que es ella. Nadie más sabe que estoy aquí y, por lo que me ha contado Jen, nadie se acerca a la cabaña, excepto el equipo de limpieza después de que se alquile a huéspedes de Airbnb.

Hace casi dos semanas que no veo a nadie más que a Calvin, así que siento una cálida opresión en el pecho al pensar en tener compañía con quien hablar. Dejo caer la cortina y voy a la puerta para abrirla de golpe. La luz del sol baña la terraza delantera y salgo de la cabaña climatizada al calor del aire veraniego. El coche parece esforzarse para subir, lo cual es comprensible teniendo en cuenta la pendiente. La pronunciada inclinación del ocho por ciento fue dura para el coche de Jen cuando subí hasta aquí. Ella tenía la intención de venir en taxi, y estoy segura de que esos cacharros no son mejores.

Una elegante berlina negra con los cristales tintados aparece en el sinuoso camino de abajo y me dirijo hacia el borde de la terraza mientras desaparece tras la hilera de árboles para serpentear por la parte trasera de la cabaña y finalmente dar la vuelta y detenerse cerca de la parte delantera. Las escaleras crujen mientras bajo, con los brazos cruzados sobre el pecho en una ansiosa expectación. No es un viaje largo, pero tengo la sensación de que Jen estará deseando salir del coche y entrar en la cabaña. Me dijo que tenía miedo, y este lugar representa la seguridad para las dos.

Excepto que, cuando el coche llega y el conductor aparece a la vista, tengo la sensación de que algo va muy mal. No es un veinteañero conduciendo un Uber lo que veo. Es un hombre con un traje oscuro, gafas de sol de aviador oscuras y una expresión severa. Se me tensan los hombros, se me agarrota el cuerpo y se me hiela la sangre. No puede ser...

El coche se detiene antes de llegar a la terraza y por un segundo pienso en volver corriendo adentro, cerrar las puertas con llave y llamar al 112, pero me quedo paralizada, mirando el coche oscuro mientras se abre la puerta trasera. Mi mente lucha contra sí misma, argumentando que tiene que ser Jen, no Lorenzo, que debo de estar engañándome, que mis ojos me están jugando una mala pasada. Doy un vacilante paso hacia atrás y ahogo un grito al ver que arrojan a Jen del coche.

Se desploma sobre el asfalto cubierto de hojas y grita. Tiene la cara ensangrentada, la camisa rota. —¡Sofi, corre! —gruñe, pero antes de que pueda siquiera darme la vuelta para irme, Lorenzo sale del coche, pistola en mano, apuntándome.

—Yo que usted no me daría tanta prisa. —Pasa por encima de Jen y camina unos pasos hacia mí, pero mantiene la distancia.

Tiemblo, horrorizada por lo que estoy viendo. Me quedo con la boca abierta y, lentamente, me la tapo con la mano. Las lágrimas se me agolpan en los ojos y se quedan ahí, esperando permiso para caer.

—¿Qué demonios? —Quiero correr hacia ella y ver de dónde sangra, pero Lorenzo se interpone entre ella y yo—. ¿Qué le ha hecho? ¡Por qué le ha hecho eso!

La puerta delantera del coche se abre y el tipo del traje y las gafas, a quien no reconozco, sale y camina hacia Jen.

—Por favor —gimotea ella—, por favor, déjeme ir ya. —El hombre ignora sus súplicas y la agarra por la nuca de un puñado de pelo, levantándola hasta ponerla en pie. Tiene los pantalones cubiertos de sangre y las manos atadas a la espalda.

—Joder... —murmullo. Doy unos pasos precipitados hacia ella y Lorenzo chasquea la lengua, recordándome que tiene un arma.

—Será mejor que se detenga ahí, Sofia. Ya le ha hecho bastante daño a su amiga.

—¿Qué quiere decir, cerdo asqueroso? Yo no he sido. —Me estremezco y me abrazo el pecho mientras observo sus heridas. El corte de la frente es profundo. La sangre parece venirle de la entrepierna, como si le hubiera venido la regla y no le hubieran dado compresas.

—Mmm, bueno, no nos dejó ninguna dirección de reenvío ni número de teléfono. Tuvimos que usar nuestros medios para encontrarla. —Algo en la pistola hace clic bajo la punta de su pulgar y se la guarda en los pantalones—. Habría pensado que ya había aprendido la lección sobre mí, pero tal vez no.

—Déjeme curarle las heridas... —Doy otro paso hacia ella, pero el hombre que sujeta a Jen saca un cuchillo y se lo pone en el cuello, que deja al descubierto al tirar de su pelo con fuerza hacia atrás.

—Este es un bonito escondite. Espero que hayas descansado bien aquí antes de nuestra boda. —Lorenzo da un paso hacia mí y yo retrocedo. No puedo acercarme a ella para ayudarla porque me cogerá sin más.

—No voy a casarme con usted, cabrón. —Por muy adicta que esté a su polla, de ninguna manera puedo casarme con un hombre como este.

—Tú no tienes ni voz ni voto, Sofia. —Chasquea los dedos y el hombre del traje le traza una fina línea en el cuello a Jen con el cuchillo, un corte lo bastante profundo como para hacerla sangrar, pero no para matarla.

—¡Basta! —suplico, y por fin dejo que se me escapen las lágrimas.

—Sofi, lo siento mucho... Iban a matarme. —Jen se tambalea cuando el hombre la empuja hacia delante y luego corre hacia mí. Le abro los brazos, pero pasa corriendo de largo, sale a la terraza y se mete en la cabaña. Me giro para mirarla un instante y oigo el chasquido de la cerradura, justo antes de sentir la mano de Lorenzo agarrándome con fuerza el bíceps.

—No deberías haber hecho eso, Sofia —gruñe en mi oído, y el vello de los brazos y de la nuca se me eriza. Me safo del agarre con un tirón brusco que impacta en su estómago y, en ese mismo instante, siento que algo me golpea en la cabeza.

Me encojo de dolor, las rodillas me fallan y me llevo una mano a la nuca mientras caigo. Todo da vueltas a mi alrededor durante un segundo antes de que pierda el conocimiento.

~

La cabeza me palpita y me duele al moverme. También siento náuseas, como si hubiera bebido demasiado. Pero no recuerdo haber bebido nada. Lo que recuerdo es el pánico, el miedo, y a Jen... cubierta de sangre.

Me obligo a abrir los ojos, sin saber de dónde vienen el siseo y el zumbido ensordecedores. Dondequiera que esté, está oscuro. Un peso me sujeta a un colchón, aunque tengo libertad de movimiento. Parpadeo varias veces para que mis ojos se acostumbren a la poca luz y mi mirada se fija en una luz roja y brillante en la pared oscura. Dice «Salida» en negrita, iluminando el espacio negro como el carbón.

Me incorporo hasta quedar sentada y siento que la inercia me mece. Es una sensación extraña, no sé si viene de mi interior, como el vértigo, o del exterior, como si estuviera en algún tipo de vehículo. Me decido por lo segundo y me apoyo en una pared mientras me levanto y pongo un pie delante del otro, avanzando hacia la señal roja.

Empiezo a recordarlo todo: la agresión a Jen delante de mí, Lorenzo apuntándome a la cabeza con una pistola... Además, me golpeó fuerte. Debí de perder el conocimiento. El pulso se me acelera y avanzo más rápido, tanteando la pared hasta que encuentro un pestillo metálico. Tiro de él y la puerta se abre de golpe, una luz cegadora atraviesa la oscuridad.

—Ah, estás despierta. —La abro un poco más y veo a Lorenzo sentado tranquilamente con el hombre del traje. Tienen una partida de cartas dispuesta sobre una mesa entre ellos, con puros en la mano. Parpadeo con fuerza, frotándome los ojos ante la intensa luz mientras él continúa—: Pensé que descansarías tranquilamente hasta que aterrizáramos, pero me alegro de que te hayas levantado. Puedes ayudar a elegir nuestro nuevo lugar de celebración. Adelina me estaba diciendo lo maravillosos que están los viñedos de Tenuta di Fiorano en esta época del año.

Me apoyo con fuerza en el lateral de lo que ahora solo puedo suponer que es el fuselaje de un avión, y mis ojos recorren el estrecho espacio. Una mujer de pelo oscuro y ondulado me sonríe. —Ciao, bella, soy la organizadora de bodas. —Su acento es marcado, y ya no puedo aguantar más.

El vómito me sube por la garganta y sale de mi boca, empapando la moqueta con té, vino tinto y los restos de mi desayuno. ¿Dónde está Calvin? ¿Y por qué estoy en un avión?

LORENZO

Muestras de colores y de invitaciones yacen esparcidas sobre la mesa que salva el abismo entre Sofía y yo. Está sentada con las rodillas pegadas al pecho, con la mirada perdida a través del gran ventanal. La vista es exquisita, se extiende ladera abajo a través de los jardines y las fuentes que los salpican. Su pelo oscuro está revuelto, sin peinar desde hace una semana, y se niega a llevar otra cosa que no sea el conjunto que traía cuando llegó.

La verdad es que es una lástima, porque le he proporcionado el mejor vestuario que el dinero puede comprar, y además hecho perfectamente a su medida. Estos lloriqueos y esta obstinación se acabarán muy pronto, porque yo haré que así sea.

—Por favor, elija la tela que más le guste para el vestido para que podamos seguir avanzando —intenta Adelina de nuevo, en vano, conseguir que Sofía hable, pero ya me he hartado de su ley del hielo.

—Elijo el raso blanco. Es tradicional y calentará considerablemente su tez cremosa. ¿No le parece? —La organizadora de bodas levanta la vista al oírme y murmura una leve protesta antes de responder.

—Señor, lo normal es que la novia elija el vestido ella misma. —A Adelina se le sonrojan las mejillas y fuerza una sonrisa educada.

—Normalmente, así es. —Me inclino hacia delante y me abro la chaqueta para que no se arrugue—. Si Sofía no elige, elegiré yo por

ella.

Adelina asiente y evita el contacto visual. Es la mejor organizadora de bodas de Roma y, aunque no escatimaré en gastos, puede que la despida por simple ignorancia. La gente se informa bien antes de aceptar trabajar conmigo. No importa que esté en Roma; mi reputación me precede. O debería.

—Sofía, no te lo volveré a pedir. Incorpórate o te arrepentirás de haber elegido ponerte de morros.

Sofía me fulmina con la mirada, pero estira las piernas y sus pies descalzos tocan el suelo. La camisa que lleva, una blusa rosa claro, está arrugada. Sus ojos están rodeados de bolsas hinchadas por la falta de sueño. En Nueva York tuvo la libertad de robar un coche y largarse. Aquí, en mi terreno, no conoce a nadie y no puede ir a ningún sitio sin que la rastreen. Incluso si encontrara una forma de escapar, la encontraría en cuestión de instantes. Aquí soy el rey.

Se rodea la cintura con los brazos y agacha la cabeza. No me hace ninguna gracia.

—Podemos hacerlo en otro momento si no se encuentra bien. —Adelina empieza a recoger las muestras y las tarjetas, y yo levanto una mano para detenerla.

—No tenemos más tiempo. La boda está fijada para dentro de cuatro días.

—Pero, señor...

La fulmino con la mirada y se queda helada, con la mano temblando. La negativa activa de Sofía a participar en la planificación de nuestra boda me enfurece y esta mujer está a punto de llevarse la peor parte.

—No me voy a casar contigo, Lorenzo. —Sofía se vuelve hacia la organizadora de bodas y le dice—: Puede irse. Ya no necesitamos sus servicios.

Antes de que termine de pronunciar las palabras, ya estoy de pie y he rodeado la mesa. La agarro con fuerza del pelo, obligándola a levantarse. Gimotea y se queja, aferrándose a mis solapas mientras permanece a mi lado, temblando.

—Señorita Riccio, necesitamos un momento. —Mantengo los ojos clavados en el rostro de Sofía mientras Adelina deja caer las

muestras y sale a toda prisa de la habitación. Todo lo que veo es rojo, mi visión teñida de la sangre que me gustaría derramar ahora mismo. Siento su aliento en mi mejilla y casi puedo oír su pulso acelerado en el cuello, como un conejito cuya vida estoy a punto de arrebatar.

—Te odio.

—Me da igual. —La empujo con fuerza hacia abajo y cae sobre el sofá que tiene detrás. Sus mejillas sonrosadas hacen juego con el tono de las flores de la tapicería—. Esto no es un juego. A menos que quieras acabar como Norman, harás lo que yo diga.

—¿Estás diciendo que me vas a matar? ¿Qué? ¿Que me cortarás el cuello si no doy el «sí, quiero»? ¿Quieres hacer eso? —Se pasa una mano apresurada por la cara, apartándose el pelo, y yo le doy una fuerte bofetada en la mejilla. Su cabeza se gira hacia un lado y unas gotas de sangre caen sobre el sofá, tiñendo las flores de un rojo más oscuro.

—Estoy diciendo que consigo lo que quiero cuando lo quiero, y si no me lo das, serás castigada.

Vuelve a gimotear y se cubre la cara, y hay algo en su postura que me excita. Su negativa a someterse a mí me pone a mil, porque sé cuánto le gusta que la domine.

—Que te jodan —murmura, sin mirarme, y la agarro por un mechón de pelo para obligarla a mirarme. La rabia brilla en sus ojos tras las lágrimas de dolor.

—Lo harás... —Levanto la vista hacia la puerta y grito—: Adelina, ya estamos listos para usted. —Esta es la oportunidad perfecta para recordarle a Sofía quién manda y por qué se casará conmigo a pesar de sus protestas y, al mismo tiempo, enseñarle a Adelina por qué trabajar conmigo es peligroso.

—Tengo que volver a Nueva York. Calvin tiene que estar en ese juicio. Empieza en diez días. —Sofía me agarra la muñeca, pero no la suelto.

—Calvin se va a pudrir en esa cama si sigues negándote a hacer lo que te digo. —Siento que se me hincha la polla incluso antes de bajarme la cremallera.

—Mierda... ¿Qué haces? —Sofía me araña el brazo, retorciéndose en el sofá para escapar mientras yo la sujeto con más fuerza.

Adelina entra en la habitación, temblando, y Lord aparece detrás de ella, empujándola hacia delante. Sus ojos se abren como platos cuando me saco la polla de los pantalones y me la acaricio, y se gira a toda prisa para retirarse, pero Lord está allí, bloqueándole el paso.

—Ven, siéntate... —ordeno, volviendo mi atención a Sofía.

—Ahora le daremos una lección valiosa a la señorita Riccio sobre lo que les pasa a quienes me desafían. —Me la meneo con más fuerza, asegurándome de que mi polla esté completamente erecta.

—Que te jodan —escupe Sofia, apretando la mandíbula. Le suelto el pelo y la polla para usar ambos pulgares y forzarle la boca, y ella me clava las uñas en la piel intentando detenerme.

—Ah, no, esto te gusta, no lo olvides. —Con la boca de Sofia abierta a la fuerza, le meto un dedo entre los dientes para que no pueda morder y luego le meto la polla en la boca. Adelina mira horrorizada mientras empiezo a embestir, hundiendo mi polla hasta el fondo de la garganta de Sofia. Veo cómo a Sofia se le llenan los ojos de lágrimas mientras se ahoga con mi polla. La forma en que se le contrae la garganta es intensa, ordeñándome. Adelina intenta apartar la vista, pero Lord está allí, reteniéndola en la habitación, obligándola a mirarme.

—Chúpamela... no te limites a ahogarte. —Embisto con más fuerza, sintiendo que Sofia empieza a relajarse. Sus manos dejan de arañarme; se abren sobre mis muslos y su garganta se relaja. Sus labios también se ablandan, cerrándose alrededor de mi miembro y chupándomela. —Eso es... más adentro —gruño, viendo cómo mi verga entra y sale de su boca, su cuello abultándose a medida que me hundo más en ella. Las lágrimas siguen rodando por sus mejillas, pero su mano se desliza entre sus piernas, y sé que ya es mía.

—Señor Gatti, yo... —protesta Adelina, pero Lord la empuja para acercarla más. Ella tropieza hacia delante, tapándose la boca, horrorizada, mientras sigo jodiéndole la boca a Sofia. No le presto atención, pero Sofia abre los ojos. Mira a Adelina y tengo la sensación de que, extrañamente, le excita que esa mujer la vea chupármela así.

Ralentizo las embestidas y le agarro la cara. Sofia me mira y parpadea varias veces. He visto esa mirada, la que pone cuando quiere que la domine. He visto la forma en que me suplica con la expresión que la abofetee y la ahogue. El mero hecho de que ahora mismo tenga los dedos dentro de los pantalones, tocándose su pequeño y suave clítoris, me dice que le pone tan jodidamente cachonda la idea de que yo obligue a Adelina a mirarnos, que casi me corro en su boca.

—Levántate —gruño, sacándole la polla de la boca. Sofia jadea, se limpia la cara con el dorso de la mano y se levanta lentamente. Agarro mi polla y me la meneo despacio, manteniendo alta la excitación. —Desnúdate.

Sofia, con las mejillas sonrojadas de un rojo oscuro por la lujuria, mira a Adelina, que sigue con la boca tapada. La mujer tiene lágrimas en los ojos y parece un ratoncito asustado a punto de ser pisado por un elefante. Me importa una mierda si alguien me ve coger lo que es mío y jugar con ello, pero no soporto la idea de que a Sofia le excite algo que no sea yo.

—¡No la mires a ella! ¡Mírame a mí! —Le agarro la barbilla cuando empieza a desabrocharse los vaqueros y la obligo a mirarme a los ojos. Su mirada está nublada por el deseo, que intenta disipar parpadeando. Sus dedos titubean con la cremallera, pero pronto se baja los vaqueros. Se los quita con gran dificultad, ya que se le pegan a las pantorrillas con fuerza. Cuando se quita la blusa y libera sus tetas, Adelina solloza y se tapa la cara.

Lord agarra las manos de Adelina, se las sujeta a la espalda, le tapa la boca con la mano y la vuelve a girar para que nos mire. Sofia, ajena a todo eso, se queda de pie frente a mí en silencio. No se defiende, pero ya no espero que lo haga. Sabe lo que espero y, como una buena putita, va a dármelo.

Su desafío, al tensar la mandíbula y cuadrar los hombros, no hace sino incitarme. Le agarro el coño y le meto dos dedos, embistiendo hacia arriba mientras la acerco a mí. Su jadeo de placer, unido al empujón que me da, envía una onda de hambre a mi entrepierna.

—No luches contra mí —susurro mientras empiezo a follárselo con los dedos. Sofia gime, bajando la cabeza, mientras apoya las palmas de las manos en mi pecho y empuja suavemente. La embisto una y otra vez y siento la humedad lubricando maravillosamente su coño. —Dime que me deseas.

—Que te jodan —murmura, pero lo hace entre un jadeo y un gemido de placer.

—Dile a Adelina las ganas que tienes de que te haga correrte.

—Mierda... —sisea, y luego echa la cabeza hacia atrás.

—Dile lo que les pasa a las mujeres que no me obedecen, Sofia. Dile que ahora eres mi zorra, que te follo cuando quiero y donde quiero.

Su cuerpo empieza a retorcerse a mi alrededor, apretando mis dedos. Se restriega contra mi mano, necesitada de liberarse, y yo voy a contenerme hasta que haga lo que le digo. Ralentizo mis movimientos, solo para oírla gemir mientras agarra las solapas de mi chaqueta y aprieta la mandíbula.

—Eres mi juguete sexual, dilo.

—Oh, Dios —gime, empujando ahora las caderas contra mi mano mientras me la meneo lentamente para mantener la polla dura.

—Dilo. Di que eres mi juguete sexual.

—Joder... Lorenzo... Soy tu juguete sexual... Haz que me corra.

—Buena chica —gimo y le meto los dedos con tanta fuerza que empieza a estremecerse, temblando a mi alrededor. Su cuerpo se convulsiona febrilmente y miro a Adelina, que ahora es incapaz de apartar la vista. Se lo está tomando con calma, y no puedo permitirlo. Necesita entender quién soy, porque está claro que aún no lo sabe.

Saco los dedos del coño chorreante de Sofia y el orgasmo cesa casi al instante. —Ponte a cuatro patas —ordeno, y ella gime y se gira lentamente.

Mi polla está lista para poseerla, pero solo cuando sepa que esto les enseñará a ambas que consigo lo que quiero.

SOFIA

Las manos de Lorenzo son demasiado fuertes para oponerme, y ahora mismo no quiero luchar contra él. Quiero sentir cómo me llena, aunque eso signifique dejar que me folle mientras esa mujer mira. Me inclino sobre el respaldo del sofá, agarrando la madera dura mientras la miro fijamente a los ojos. Parece asustada y en estado de shock, pero ya no intenta escapar. Y Lord, el nuevo matón de Lorenzo, mira al frente, a la hilera de estanterías que hay en la pared. Parece que ya ha hecho esto antes, pero no conmigo.

—Esto no puede ser… —miro a Lorenzo por encima del hombro mientras coge una muestra de tela y la usa para limpiarme el coño. Es brusco, me deja tan seca que casi duele. Incluso me mete la tela dentro, como si fuera una esponja destinada a absorber mi humedad e impedirme sentir placer alguno.

Pero cuando me clava la polla hasta el fondo, gimo de todos modos. Es gruesa y seca, y siento cada milímetro de su longitud como si fuera papel de lija. Y también la siento más gruesa, como una puta lata de refresco, no una polla humana.

—Joder… Dios, esto… Ay —balbuceo, apretando con más fuerza el respaldo del sofá. Aprieto la mandíbula cuando empieza a embestir y sus manos se clavan en mis caderas. Quiero decir que es demasiado doloroso y apartarlo, pero estoy tan excitada que no puedo contenerme. Mi coño ansía esto, ser follado y llenado, y partido en dos por su polla.

Hay algo en la forma en la que toma de mí lo que quiere que me lleva al límite y me deja ahí colgada, suplicándole que me devore. Siento cómo mi coño se contrae a su alrededor, apretándolo y tirando, intentando hacer que se corra, aunque no lo hará. No va a permitirse llegar al orgasmo hasta que esté listo, hasta que haya acabado conmigo, y yo no puedo controlarme.

—Por favor… —susurro, girando la cabeza hasta que mi mejilla queda presionada contra el sofá. Vuelvo a mirar a la mujer, y me observa con una expresión muy extraña. Está asustada, pero no creo que sepa lo que está viendo. Ni yo misma sé a qué jueguecito está jugando, por qué me domina así y quiere que ella mire.

—¿Por favor, qué? —dice Lorenzo, con tono divertido.

—Por favor, hazme correrme —suplico, sabiendo que no debería. No debería darle exactamente lo que quiere. Pero no puedo evitarlo. Me folla más fuerte. Me clava la polla, como si intentara encajarse dentro de mí. Empuja y tira, sujetándome las caderas con tanta fuerza que me dejará moratones. Mi coño grita de dolor con cada embestida, pero es adictivo. Necesito que me haga correrme.

La organizadora de bodas mira horrorizada mientras yo gimo y suplico, y el fuerte azote de la mano de Lorenzo en mi culo la hace dar un respingo de miedo. Lord la obliga a seguir mirando, incluso cuando ella retrocede un paso hacia él. Es un muro de ladrillo, inamovible mientras Lorenzo embiste contra mí. Grito, un ruido tan espantoso que a mí también me asusta.

—¿Quién es tu dueño, Sofia? —gruñe él y yo gimo.

—Tú eres mi dueño —susurro.

—Díselo a ella —ordena.

Giro la cabeza, mirando a la organizadora de bodas mientras gimo—. Él es mi dueño. —Intento mantener un tono neutro, pero hay demasiado placer inundando mi cuerpo. Su polla me está dejando en carne viva por dentro y por fuera.

—Buena chica —ronronea y siento cómo se hincha dentro de mí.

—Por favor, por favor, por favor —suplico, intentando alcanzar el orgasmo.

—Dile que eres mi juguete sexual. —Golpea más fuerte, haciendo temblar todo el sofá—. Dile que te mereces esto.

Grito, sintiendo que voy a deshacerme en pedazos. —Soy tu juguete sexual —gimoteo.

—¡Díselo a ella! —Su ira se desata sobre mí con otro fuerte azote en el culo.

—¡Joder! —chillo. Su forma de embestir es tan exigente que mis tetas quedan aplastadas entre mi peso y el respaldo del sofá.

—Soy su juguete sexual. Me merezco esto. —El dolor se filtra en mi tono, lo que solo parece volver sus movimientos más agresivos.

Suelto el sofá con una mano y la llevo debajo de mi cuerpo mientras siento sus manos rodearme la garganta. Sus dedos se clavan y hacen que mi pulso parezca dispararse hacia mi cerebro. Me dejo llevar por la ola, permitiendo que se salga con la suya, sabiendo que ya no puedo hablar. Pero mantengo los ojos abiertos, viendo a la mujer que nos mira. Él gruñe y siento el primer latido de su polla, el primer chorro caliente de su corrida. Gruñe más fuerte con cada latido, su corrida me llena, quemándome por dentro.

Empiezo a correrme al mismo tiempo, pero no estoy segura de si soy yo quien hace el ruido o si es él. Es una cacofonía en mis tímpanos, los gemidos y el pitido en mis oídos. Su cuerpo se congela, sus músculos se tensan y su respiración se detiene. Mi cuerpo está en llamas, pero es un dolor del bueno. Me estoy quemando de dentro hacia fuera. No puedo respirar y no estoy segura de qué hacer con las manos. No sé si debo quitarlas del respaldo del sofá o dejarlas ahí. Sigue dentro de mí, y su agarre en mi cuello es tan fuerte que casi me desmayo, y entonces se detiene.

Se retira y siento un chorro de líquido bajar por mis muslos. Estoy sin aliento, aspirando una bocanada de aire tras otra mientras me desplomo en el sofá y me doy la vuelta. De su polla gotea sangre, manchándole los pantalones, y yo me miro entre las piernas el estropicio que ha hecho conmigo. Mi propia sangre se mezcla con su corrida en la cara interna de mi muslo y corre hasta el sofá de debajo, manchándolo. Aparto la vista, avergonzada de lo mucho que he disfrutado del sexo cuando este es el resultado.

Lorenzo se yergue sobre mí como un pavo real orgulloso con la polla tiesa cubierta de mis jugos y sangre, y quiero arremeter contra él, pero solo Dios sabe qué será lo próximo que haga.

—Ahora, ya podemos continuar. —Se guarda la polla, subiéndose la cremallera, y luego se limpia los dedos en otro trozo de tela.

Siento el que me ha metido dentro, pero no quiero ni pensar en sacarlo ahora mismo, no con la organizadora de bodas mirando. Cojo las bragas y entonces la veo, manteniéndose bien alejada de Lorenzo mientras vuelve a sentarse en su silla al final de la mesa y me mira horrorizada. Todo esto ha sido una estúpida lección con la que pretendía avergonzarme o algo así. Pues no ha funcionado. No estoy avergonzada.

No aparto los ojos de su expresión aterrorizada mientras me pongo las bragas y luego cojo la blusa. Me la pongo sin más y Lorenzo vuelve a sentarse para seguir con la planificación de la boda. Pero, cuando cojo los vaqueros para ponérmelos, él se aclara la garganta y habla.

—Tu ayuda ya no es necesaria, Sofia. Puedes ir a sentarte con tu hermano. —Mi mirada vuela hacia la suya y resoplo.

—¿No querías mi ayuda?

—Tu presencia es más conveniente en otra parte ahora. La señorita Riccio comprende cuál es su lugar y yo puedo terminar con esto. Ve a bañarte. Te tendré para cenar esta noche. —Sus ojos se convierten en dos rendijas y yo lo fulmino con la mirada, luego la miro a ella. Parece verdaderamente paralizada por el miedo, pero no hay nada que pueda hacer para ayudarla ahora. Además, Lorenzo solo tiene ojos para mí, o eso parece. No le pondrá un dedo encima ahora que Satán está saciado. No tiene nada de qué preocuparse, aparte de sus tiquismiquis decisiones sobre la papelería y las fuentes.

Me abrocho los pantalones y me dirijo a la puerta, sintiendo la humedad y el escozor entre los muslos. Quizá parte de su plan era obligarme a ponerme la ropa ridículamente pija que me ha comprado. Mis vaqueros y mis bragas están ahora claramente arruinados por las manchas de sangre, y dudo que vuelva a verlos una vez que me bañe.

Algo me dice que cuando Lorenzo ha dicho que me tendría para cenar, se refería a que yo estaba en el menú, no como invitada. Una parte de mí está emocionada por ello y otra quiere coger el primer

avión de vuelta a Nueva York y esconderse en la jungla de asfalto con la esperanza de que pierda el interés.

Paso de largo junto a Lord, que ha vuelto a ocupar su puesto frente a la puerta donde estaba antes de todo este fiasco, y sigo por el pasillo. Me flaquean las rodillas, un efecto que tiene sobre mí cuando me folla así. Y también me duele el cuello, de cuando me ha apretado. La primera vez que lo hizo, pensé que iba a matarme. Pero no me hace daño de verdad, al menos no de forma permanente. Es como si se excitara sintiendo el pulso en mi cuello, como si tuviera que estar cerca de quitarme la vida para poder llevar su cuerpo al límite.

Me lo froto con nerviosismo, recordando con qué fuerza me ha apretado. ¿Por qué le dejo hacerme esto? Su dominio es una droga, y yo soy una puta adicta indefensa a su gruesa polla. Soy débil. No soy la doctora Sofia Carter, cirujana de prestigio. Soy su puta y me odio por ello.

Al doblar por otro pasillo de esta enorme mansión, mi mente se desvía hacia Calvin. Lorenzo es un cabrón por usar el amor que siento por mi hermano contra mí con sus amenazas de casarme con él o atenerme a las consecuencias. Si no cedo y me caso con el desgraciado, Calvin nunca entrará en ese ensayo y nunca sabré si podría recuperar la capacidad de caminar. Él es todo lo que tengo en realidad, y le prometí hace mucho tiempo que nunca dejaría de intentarlo, que haría lo que hiciera falta para asegurarme de que pudiera volver a caminar. ¿Es esto lo que hará falta?

El pomo de la puerta hace clic bajo mi mano al girarlo. Los ojos de Calvin se disparan en mi dirección cuando entro en su habitación. Está sentado en su silla cerca de la ventana. Su enfermera no está aquí, aunque me sorprendió descubrir que Lorenzo le había pagado una suma muy considerable para que nos acompañara. Ella cree que esto es un viaje de vacaciones para la familia y un acontecimiento feliz. Me han amenazado para que siga siendo así.

—Hola… —Cierro la puerta a mi espalda y me uno a él, sentándome en el alféizar de la ventana. El fino cojín de espuma está cubierto con más tapicería de color crema y flores, otro detalle asqueroso de la fastuosa decoración interior que me hace odiar este

lugar. Esta ventana da a una extensión de césped donde la piscina y el jacuzzi disfrutan del sol. Todo el lugar parece más un complejo turístico toscano que un hogar, pero supongo que así es como viven los multimillonarios.

—¿Cómo estás? Pareces cansada. —Hablar es lo único que Calvin todavía puede hacer; eso y sentir. Me quiere, pero no puedo dejar que se involucre en esto. Lorenzo solo usaría la compasión de mi hermano en mi contra.

—Es el *jet lag*. —Le sonrío y le doy una palmadita en la rodilla. Tiene algo de sensibilidad en las extremidades inferiores, pero no puede moverlas en absoluto.

—¿Dónde está la enfermera? —La cavernosa habitación resulta cálida pero vacía al mismo tiempo. La cama con dosel de Calvin está hecha, aunque sigue en posición vertical. Otro gasto no escatimado para Calvin por cuenta de Lorenzo. Él cree que yo pagué un extra para que trajeran esta cama especial multiposición a nuestra villa de vacaciones. Es el lado positivo de la farsa que Lorenzo está montando. Calvin siente que estamos mejor de lo que realmente estamos y se ha relajado un poco en su postura de sentirse una carga.

—Ha ido a por mis medicinas de la tarde… —Entrecierra los ojos —. Pasa algo más. —Si pudiera atrapar mi mirada y obligarme a mirarlo lo haría, pero yo me quedo mirando el césped y observo a los pájaros revolotear.

Mi mente vuelve a las amenazas. Lorenzo se asegurará de que Calvin no reciba ningún tratamiento si me rebelo contra él. Pero si le sigo la corriente, si acepto casarme con él... Calvin recibirá su tratamiento, y siempre podré divorciarme de él más tarde. ¿No? Pero Antonio nunca cumplió su parte del trato. Las grandes donaciones nunca llegaron, al menos que yo sepa. Sí, estuve escondida un tiempo, pero dudo que a él le importara siquiera. Estos hombres consiguen lo que quieren y matan a cualquiera que se interponga en su camino.

—¿Qué te parecería que me casara? —Me niego a mirar a Calvin. No quiero que vea el temor en mis ojos. Casarme con Lorenzo no está en lo alto de mi lista de «cosas que quiero hacer», pero si eso

significa que Calvin reciba el tratamiento, valdrá la pena. Estaría encantada de mandar mi reputación a la mierda por él.

Me vuelvo para mirarlo a los ojos y me pregunta:

—¿Es algo que quieres hacer? ¿Estás enamorada?

El corazón se me hincha ante su pregunta porque quiero a alguien tan profundamente que moriría por él. Solo que no es el hombre que me va a obligar a casarme con él. O tal vez haya un ápice de conexión ahí, por muy pervertido y contaminado que parezca, pero no es el tipo de amor que perdura a través de los tiempos, que te hace perder la cabeza y ver las estrellas.

—Sí —respondo simplemente, porque la razón por la que me casaría con él es por amor. Porque quiero a mi hermano más que a mi propia vida.

—¿Quieres casarte?

Si matrimonio es sinónimo de la curación de Calvin, entonces rotundamente sí. —Sí, quiero.

—¿Y es con el hombre, el serio, el que ha pagado este viaje? —Los ojos de Calvin me escrutan y yo mantengo una expresión plácida para no alarmarlo.

—Sí —digo, asintiendo—. Lorenzo.

Durante años, mi hermano ha estado aislado de prácticamente todo. No le importan las noticias ni los titulares locales. No sabe nada de Lorenzo Gatti ni del mundo del crimen organizado en el que voy a entrar. Y quiero que siga así.

—Entonces lo apruebo —me sonríe, y ojalá la sonrisa que le devuelvo fuera de verdad.

No es así en absoluto como había imaginado mi futuro, casándome en contra de mi voluntad, y solo Dios sabe qué pasará después. ¿Me veré obligada a renunciar a mi carrera? ¿A parirle herederos? ¿Llegará siquiera a serme fiel? ¿O solo soy una de sus putas? ¿Se estará follando a la organizadora de bodas ahora mismo?

Siento que me arden las mejillas, me giro y vuelvo a mirar los pájaros que hay fuera. Me casaré con él, pero solo por Calvin.

Mi hermano vale este sacrificio, y si tengo que repetírmelo un millón de veces, lo haré. Es lo que me motiva para seguir adelante.

LORENZO

Los planes de la boda están cerrados; despedí a la organizadora en cuanto por fin entendió el mensaje y comprendió que yo estaba al mando. Aunque costó un poco sacarla de su caparazón una vez que Sofia salió de la habitación. La mujer temblaba como una hoja y no la culpé por ello. Soy un hombre aterrador. Sofia también montó un buen espectáculo para ella, dejándome follarla con esa brusquedad sobre el respaldo de aquel sofá. Adelina no podía dejar de mirar la sangre del sofá. Incluso la pillé mirando la mancha de sangre que también tenía en los pantalones.

Ahora, con la ceremonia fijada y todo preparado, me queda una última cosa de la que ocuparme: asegurarme de que Sofia no me dé ningún problema. Sería una lástima que tuviera que ponerla en su sitio delante de tanta gente en nuestra boda, y de una forma tan pública. Roma debería ser una buena experiencia para ella, no una humillación. Sin embargo, depende de ella.

Avanzo por la casa con Lord pisándome los talones. Me ha estado siguiendo a todas partes desde que llegamos y no me importa. Norman era un buen soldado y lamento haber tenido que castigarlo de una forma tan drástica, pero si me muestro como un hombre débil, me pasarán por encima. Él lo entendía. Le salvé la vida, me sirvió durante un tiempo y luego se la quité. Así de simple.

—Espera aquí —le digo a Lord al llegar a la puerta de mi dormitorio—. Sé que Sofia está aquí. Tengo cámaras en cada

centímetro cuadrado de este lugar porque solo el papel pintado de las paredes vale miles de dólares. Valoro las cosas que poseo, y Sofia es una de ellas.

Lord se queda esperando fuera mientras yo entro. La habitación está vacía, pero la luz del baño está encendida. También oigo una música suave que proviene del baño, y sé que debe de estar allí. Me quito los pantalones sucios y prefiero ponerme un pantalón de pijama con cordón por comodidad. Y dejo la camisa y la chaqueta en el cesto de la ropa sucia del armario mientras me pongo una camiseta. Allí, en el cesto, veo los vaqueros y la blusa de Sofia, también sus bragas. Y el trozo de tela que usé para reforzar mi autoridad está empapado en sangre, tirado en la papelera junto a la mesita de noche. Imagino el aroma de su excitación en él y me detengo a pensar en cómo se sintió mientras yo le metía aquel retal en su coño apretado. Qué gozada, qué excitante.

Oigo el chapoteo del agua y aguzo el oído. Sofia está en la bañera, qué bien. Me dirijo hacia allí, listo para tener esa conversación con ella; bueno, más bien para hacerle un anuncio. Tampoco es que tenga voz ni voto en este asunto. Se casará conmigo y luego volveremos a Nueva York como uno solo, y yo tomaré por ella las decisiones que se ajusten a mis necesidades. Es así de simple.

Rodeo la cama y me adentro en el umbral del baño. Empujo la puerta hasta abrirla del todo y me apoyo en el marco. Sofia me mira con ojos melancólicos. Una copa de vino descansa en el soporte junto a la bañera con patas. Sus ojos parecen vidriosos, como si ya hubiera bebido bastante. Entonces veo la botella medio vacía en el lavabo. Su cuerpo está casi sumergido, oculto bajo una fina capa de burbujas que flotan en la superficie, como si se escondieran de mí.

—¿Necesita más vino? —le pregunto, al ver que su copa está casi vacía. Sofia parpadea lentamente y se da la vuelta sin responderme. Su abatimiento me corta el rollo, pero no estoy aquí para disfrutar más de ella. Es una flor marchita, asfixiándose en el árido desierto de su propia emoción. Camino hacia ella, cojo la copa, la lleno y se la pongo en la mano.

Bebe profundamente, devorando la copa entera, y me la tiende. Así que la vuelvo a llenar y sus ojos se clavan en los míos. Su mano queda suspendida en el aire, como si esperara a que yo cogiera la copa para bebérmela o deshacerme de ella, pero dejo la botella en el soporte y me arrodillo sobre el travertino color carbón.

No dice nada mientras cojo la pastilla de jabón de la jabonera y la sumerjo en el agua, pero sus ojos permanecen fijos en los míos. Hago espuma con una manopla y empiezo a lavarle sensualmente los brazos, comenzando por las muñecas y subiendo lentamente. A medida que avanzo, siento que sus músculos se relajan y la tensión de su cuerpo se disipa. Su piel es suave y tersa bajo mis manos, como la seda. Procuro ser delicado pero minucioso mientras la limpio de la suciedad y la mugre del día.

A continuación, paso al cuello, masajeando cualquier nudo o tensión que pueda tener allí. Tiene los hombros agarrotados, así que empiezo a amasarlos y frotarlos, usando las yemas de los dedos para aplicar presión y ayudarla a relajarse. A medida que los músculos se aflojan, paso a la espalda, lavándosela con caricias largas y suaves. Se incorpora, pero con los hombros caídos. Mis manos se deslizan por su piel como si tuvieran vida propia, acariciándola y calmándola de una forma que ninguna palabra podría lograr, reclamándola como mía con cada roce.

Paso a su pecho y ella se recuesta, permitiéndome continuar. Cojo el paño tibio y lo froto suavemente sobre su piel, limpiando cualquier resto de suciedad o sudor. Uso ambas manos para lavarle las tetas, amasándolas con las yemas de mis dedos mientras lo hago. Un suave gemido se escapa de sus labios, que se entreabren mientras cierra los ojos. Muevo las manos con experta precisión, pellizcando y retorciendo cada pezón con cuidado hasta convertirlo en una punta erecta que no puede esconderse bajo las burbujas.

Luego empiezo por los dedos de los pies y voy subiendo, lavándole las piernas. Uso la manopla para asegurarme de que todas las zonas queden completamente limpias, prestando especial atención a las partes sensibles de su cuerpo, como la parte de atrás de las rodillas y el interior de los muslos. Cuando me acerco a su

entrepierna, ella jadea y arquea la espalda anticipando lo que está por venir.

Mis manos se detienen justo antes de tocar su zona más íntima, permitiéndole abrirme los muslos. Sus ojos se abren de nuevo y se encuentran con los míos. Soy delicado al tocarla, lavando sus sedosos pliegues. La cantidad de sangre que derramó hoy me indicó que se había desgarrado considerablemente. Soy consciente de ello mientras la limpio, pero incluso después de soltar la manopla y dejarla flotando en el agua, cuando mis dedos tocan los repliegues de piel alrededor de su entrada, siento su humedad. Es espesa y pegajosa, adherida a ella y negándose a ser lavada.

—Yo... —gime cuando le toco el capuchón del clítoris, pero abre las piernas para mí.

Empiezo a masajearla, a excitarla. Mis dedos amasan y acarician su clítoris, mi palma presiona su monte de Venus mientras la froto con movimientos circulares. Jadea de placer; se le nota en la cara. Sus caderas se mecen contra mí, empujándose más y más contra mi tacto. Puedo sentir el calor que irradia de su sexo. Está borracha y es maleable bajo mi cuerpo. Su coño se aprieta a mi alrededor. Sofia gime más fuerte con cada caricia, como si mis dedos tuvieran magia y arrancaran suaves suspiros de sus labios.

Extiende las manos hacia mi muñeca y la agarra mientras su cuerpo sube y baja al ritmo de mis dedos. Observo cómo le martillea el pecho, sus tetas apareciendo y desapareciendo bajo la espuma. El agua chapotea, pero se mantiene dentro de los límites de la bañera.

—Eres una buena chica, ¿verdad, Sofia? —Sus labios permanecen entreabiertos, pero no dice nada.

Mis dedos continúan su trabajo, extrayendo placer de su coño. Siento su humedad en mi piel mientras el agua arrastra las burbujas de jabón. Observo cómo sus ojos se ponen en blanco por el éxtasis mientras respira con dificultad y se retuerce bajo mi cuerpo. Se aferra a mi brazo con fuerza, como si fuera un salvavidas, mientras envío oleada tras oleada de placer a través de su cuerpo.

Siento que está cerca del clímax, así que centro toda mi atención en su clítoris, presionando y frotando con la presión justa para asegurarme de que reciba exactamente lo que necesita. Es mía y yo

cuido de mis cosas, sobre todo después de un día como el de hoy. Ha tenido que aprender una dura lección y la ha asimilado bien, mejor de lo que esperaba.

—Eso es... Buena chica.

Sus mejillas se sonrojan, sus labios se oscurecen hasta un rojo intenso. Ahora está frenética, restregándose contra mi palma con tanta fuerza que podría arañarla con las uñas, pero no parece importarle. Parecía disfrutar de que la follaran con fuerza sobre aquel sofá, de que la desgarraran hasta que su coño quedó manchado de sangre, y mis pantalones permanentemente manchados con sus fluidos corporales. Le gusta duro, tan duro que puedo pegarle, cortarla y asfixiarla. Pero esto también le gusta: yo de rodillas a su lado usando solo mis dedos para correrla.

—Eso es, nena, córrete para mí ahora. —Mis palabras parecen ser el detonante que necesita—. Sé mi pequeña puta y apriétate a mi alrededor. Finge que mis dedos son mi polla y ordéñame. —Sigo excitándola, extrayendo placer de su coño hasta que se queda sin fuerzas bajo mi mano. Su cuerpo se tensa debajo de mí y su respiración se vuelve entrecortada.

Sus paredes interiores se contraen alrededor de mis dedos y se mece contra mí. Está perdida en el momento, completamente ajena a todo lo demás. Sigo jodiéndola mientras se retuerce, sin llegar aún al clímax. Puedo sentir cómo aumenta la tensión en sus músculos y cómo su respiración se acelera cada vez más hasta que, finalmente, con un fuerte gemido, se deshace. Su cuerpo se tensa, sus muslos aprietan mi muñeca mientras echa la cabeza hacia atrás. Sigo frotándola, observando cada centímetro de su piel, maravillándome de la belleza que es Sofia en pleno orgasmo. Cabalga las olas, estremeciéndose y gimiendo hasta que pasa la última. Entonces, lentamente, retiro la mano y la dejo allí, en la bañera, jadeando y agotada por el placer que acabo de darle.

Me inclino y le doy un suave beso en la frente antes de levantarme. El agua se ha enfriado, pero no parece molestarnos a ninguno de los dos.

—Hora de salir —digo, incorporándome. Le ofrezco la mano y la ayudo a salir de la bañera. Cojo la toalla que cuelga del borde y la

seco antes de envolverla en ella. Se levanta y me mira con dolor en los ojos; puedo sentir la extraña conexión teñida de animosidad que tenemos mientras froto la toalla sobre su piel para secarla. Me odia por lo que estoy haciendo, pero depende de mí para que las cosas sucedan. Detesta que la obligue a casarse conmigo, pero anhela la seguridad de cómo la domino y tomo el control.

Sofia ha estado tan fuera de control en su vida, la mujer dominante que necesita que un hombre venga a eliminar los obstáculos que ella ha intentado superar toda su vida. Está cansada. Lo veo en sus ojos. Cansada de cuidar de todos los demás. Por eso le gusta que yo esté al mando, porque mis hombros son lo suficientemente fuertes para soportar la carga y ella es débil en ese aspecto, obligada a criar a su hermano desde una edad temprana. Se apoya en mí porque está cansada.

—A la cama ahora —le digo, haciéndola girar. Cojo otra toalla de detrás de la puerta y la llevo. Mientras ella se dirige a la cama, la uso para masajearle el pelo y quitarle la mayor parte de la humedad. Se detiene y me deja masajearle el cuero cabelludo.

Entonces gira la cabeza y dice: —Me casaré contigo. —Su tono es tan derrotado que no sé si alegrarme de que por fin ceda o enfurecerme de que esté rota. ¿Dónde está mi yegua salvaje? ¿Dónde está la luchadora feroz que saca al monstruo que hay en mí?

—Ya veo. —Termino de secarle el pelo y dejo caer la toalla al suelo, luego le quito la que envuelve su cuerpo desnudo.

—Necesito a Calvin en ese juicio. Empieza en tres días. —Su barbilla casi le toca el hombro mientras me mira por el rabillo del ojo.

—Habremos consumado nuestro matrimonio veinticuatro horas antes de ese momento, Sofia. —La agarro con fuerza por los brazos y le beso la nuca.

—Júralo. —Permanece lacia incluso al decir las palabras, y sé que su espíritu está roto. Pero volverá. La lucha regresará. La sacaré de ella como un vampiro saca la sangre a la superficie.

—Ya está hecho. Eres mi reina y ahora vivo para ti.

Se queda parada ahí, observándome de soslayo. Reflexiona un momento antes de meterse en la cama y subirse las sábanas. —

Ahora voy a dormir.

Y por fin, las cosas están como deberían estar.

Apago la luz, me quito la ropa y me meto en la cama detrás de ella. Tengo la polla dura, pero no volveré a molestarla esta noche. Lo guardaré para mi noche de bodas. Va a necesitarme fresco.

SOFIA

El vestido me aprieta demasiado, está cargado de cuentas y joyas que juraría que son auténticas. Pesa tanto que ni siquiera puedo levantarlo yo sola. Tres mujeres tienen que llevarme la cola mientras camino. La peluquera también es un fastidio, se niega a dejarme el pelo suelto como a mí me gusta. Lorenzo ha pedido un recogido, así que es lo que me están imponiendo.

El probador en el que estoy es del tamaño de un pequeño salón de baile. Las paredes están pintadas de un rojo intenso y regio con molduras y detalles dorados. Dos grandes espejos cuelgan de paredes opuestas y, entre ellos, hay un elegante tocador con una silla a juego. Una luz suave inunda la habitación desde dos lámparas de araña de cristal que cuelgan del techo, confiriendo al lugar un brillo cálido y acogedor. No he visto el santuario de este lugar, pero si esto sirve de indicativo, Lorenzo se ha gastado una fortuna solo en el recinto.

Mi asistenta está a mi lado, ayudándome a ajustarme el vestido cuando es necesario mientras estoy de pie frente a uno de los espejos. Lleva un uniforme azul marino que combina a la perfección con sus ojos, y su larga melena castaña está recogida en una trenza pulcra, que recuerda a una azafata de vuelo. Y tiene los labios fruncidos en un mohín mientras juguetea con la cremallera, intentando subirla del todo. Se ha enganchado un trozo de tela y se ha quedado atascada.

—Qué coñazo —se queja, tirando del cursor de la cremallera.

Yo, sin embargo, me centro en mi reflejo. El vestido es impresionante. Las cuentas y las joyas cubren todo el corpiño, desde el escote hasta la cintura. La falda es de un precioso tul blanco con una delicada capa de encaje que se extiende en una larga cola detrás de mí. Me siento como una princesa en él. Es probablemente la cosa más cara que he tocado en mi vida, no digamos ya llevado. Juraría que estos son diamantes de verdad en el corpiño, no simples imitaciones.

Me han recogido el pelo en un intrincado moño trenzado y han dejado sueltos algunos mechones para enmarcarme la cara. Más gemas salpican mi pelo y brillan bajo la luz del techo. Tengo las mejillas sonrosadas por los nervios, pero mi mirada sigue siendo desolada. *Haces esto por Calvin…*, me recuerdo mientras me giro y veo a la organizadora de la boda entrar en la habitación.

—Ya la esperan fuera, Sofia.

Adelina parece tan nerviosa como yo. Supongo que no todos los días organiza la boda de un mafioso en la que la novia es obligada a casarse en contra de su voluntad. Parece que quiere salir corriendo, con sus ojos marrones muy abiertos y su pelo corto y negro alborotado. Lleva un caro traje de falda negro que parece haber costado una pequeña fortuna. Su esbelta figura se acentúa con el corte entallado del traje, y sus labios rojo rubí están fruncidos en una expresión de desasosiego. Noto que intenta mostrarse valiente y darme apoyo, pero sé que ahora mismo preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Sí, vale… —respiro, suspirando. Hoy firmo mi vida, cediendo a las egoístas exigencias de Lorenzo, todo para que Calvin pueda subir a ese avión mañana y volver a Estados Unidos para empezar su tratamiento a tiempo. Los nuevos procedimientos médicos tienen que funcionar, y yo no puedo interponerme. Casarme con Lorenzo es la única manera de que eso ocurra.

Me dirijo a la entrada del santuario de la catedral donde me espera Lorenzo. Al acercarme, siguiendo a Adelina, nuestras miradas se cruzan y un escalofrío me recorre la espalda. Viste un esmoquin negro, y su pelo engominado hacia atrás le da un aspecto aún más

amenazador de lo habitual. Es la personificación del poder y el control, y no puedo evitar sentirme como un cordero llevado al matadero cuando se fija en mí.

—Sofia, *mia cara* —murmura, cogiéndome la mano y depositando un beso en su dorso—. Estás absolutamente deslumbrante hoy.

Intento mantener mi rostro inexpresivo, pero siento que me arden las mejillas. Es tan exasperantemente encantador, y sé que lo sabe. Quiero apartarme de él, pero tengo los pies clavados en el suelo.

—Gracias —es todo lo que consigo decir antes de que Adelina entre en el santuario con cara de alivio. Su trabajo terminará cuando acabe el día, pero yo estoy vendiendo mi alma. He hecho un pacto con el diablo, y es inmutable.

Mi mirada la sigue mientras se aleja, y luego me vuelvo hacia Lorenzo, que todavía me sujeta la mano. Sus ojos se encuentran con los míos y sonríe, aunque la sonrisa no le llega a los ojos. Nunca lo hace. Es Satanás encarnado; ¿por qué sentiría una felicidad genuina ante la idea de casarse conmigo? Sabe que esto no es lo que quiero. Sabe que me está imponiendo su voluntad.

—Es la hora, Sofia —dice en voz baja.

Respiro hondo y asiento con la cabeza, dejando que me guíe al interior de la catedral. El pasillo está flanqueado por rosas blancas y todo el santuario está lleno de gente que ha venido a presenciar mi desgracia. Siento sus ojos sobre mí mientras recorro el pasillo, del brazo de Lorenzo. Él parece orgulloso de tenerme a su lado, pero yo solo siento vergüenza. Vergüenza por haberme rendido tan fácilmente, por no haber luchado más por lo que quería.

Estoy furiosa y aterrorizada por mi futuro y mi carrera como cirujana, sabiendo a lo que estoy renunciando para que Calvin pueda tener la oportunidad de volver a caminar. Quiero gritar, huir de aquí, pero sé que no servirá de nada. Lorenzo tiene todo el poder, y si no sigo adelante con esta boda, se asegurará de que Calvin no suba al avión mañana. La sola idea me revuelve el estómago y me da vueltas la cabeza. Me apoyo más en Lorenzo mientras avanzamos por el pasillo hacia el altar.

El sacerdote está de pie bajo un arco de rosas, entrelazadas alrededor de un arco de jardín de mimbre marrón. El altar está adornado con rosas blancas y rosas, lirios y paniculatas. Unas velas en altos jarrones de cristal parpadean por la estancia, añadiendo una luz tenue al ambiente, por lo demás, sombrío. Siento que el corazón se me encoge aún más al contemplar la escena. Siempre pensé que el día de mi boda sería una ocasión feliz, pero en cambio parece un funeral para mis sueños. Siento como si un ácido me quemara en la boca del estómago.

Ocupo mi lugar junto a Lorenzo en el altar, intentando mantener la respiración acompasada y la mirada fija en cualquier cosa que no sea su cara. El sacerdote empieza a hablar en latín y apenas consigo distinguir sus palabras. Resuenan huecas en mis oídos. Todo a mi alrededor es un borrón; solo puedo concentrarme en mi propio miedo y angustia, en el sordo latido de mi pulso contra los tímpanos. Me remuevo inquieta y miro por encima del hombro. Si echo a correr, ¿me detendrá?

Él esboza una leve sonrisa y siento un calor que irradia de él a pesar de la frialdad de su piel. Dejo caer la cabeza, atormentada. Si echo a correr, no podré salvar a Calvin. Lorenzo me seguirá. Desafiarlo de nuevo significará la muerte.

—Sofia, *mia cara* —dice en voz baja—. Este es nuestro destino.

Sus palabras me caen como una losa y siento que las lágrimas empiezan a asomar a mis ojos. No es esto lo que quiero; no es así como se supone que debe ser. El miedo me atenaza la garganta, oprimiéndomela, y las amables palabras de Lorenzo se vuelven ásperas. —Déjate de hostias, Sofia. —Su gruñido bajo y la forma posesiva en que me sujeta el brazo contra su costado me aterrorizan. Quiero correr, gritar, pero no puedo. Estoy atrapada.

El sacerdote continúa la ceremonia y el corazón me late más deprisa cuando nos pide que pronunciemos nuestros votos. Apenas me oigo decirlos, salen en un susurro, y cuando Lorenzo repite los suyos después de mí, sé que se ha acabado. Ahora estamos unidos para la eternidad y no hay nada que pueda hacer al respecto.

La vista se me nubla cuando las lágrimas empiezan a caerme por las mejillas. Ni siquiera me doy cuenta de que Lorenzo ha alargado

la mano para secármelas hasta que su pulgar me roza la piel. Su voz es suave ahora, en marcado contraste con la dureza de hacía tan solo unos instantes. —No pasa nada —dice en voz baja—. Todo irá bien.

Pero sé que no se refiere solo a la boda. Me está lanzando una amenaza velada, una que dice que si no cumplo sus deseos, se asegurará de que sufra las consecuencias. Su voz es tranquila, pero tiene un trasfondo que me provoca un escalofrío por la espalda.

Asiento en silencio e intento poner buena cara mientras nos alejamos del altar y recorremos juntos el pasillo de vuelta, con tres mujeres a la zaga, sujetándome la cola del vestido.

El banquete es un borrón. Bebo demasiado champán y Lorenzo hace que Lord me lleve en brazos a la limusina, donde pierdo el conocimiento. Horas después, creo —no estoy segura de cuánto tiempo pasa—, me encuentro desnuda, tumbada en su cama, en su casa.

La habitación está muy iluminada, como si hubieran traído luces adicionales, o quizá sea por lo mucho que he bebido en el banquete de bodas. Me martillea la cabeza y tengo la vista un poco borrosa. Estoy tapada, pero siento el calor de las mantas sobre la piel desnuda. No siento el cuerpo como si me hubieran agredido, aunque no me sorprendería de él que me hubiera follado mientras estaba inconsciente.

Parpadeo un par de veces y me doy la vuelta para encontrar a Lorenzo de pie en la puerta de su baño privado. Lleva solo una toalla enrollada a la cintura y remetida. Con ese cuerpo cincelado por el entrenamiento, casi no se diría que le habían disparado hacía unos meses. Solo el brillo de la cicatriz rosada que le recorre el pecho me lo recuerda. Aquellos eran tiempos mejores..., antes de conocerlo.

—Es nuestra noche de bodas —dice con voz ronca, y deja caer la toalla. Se mete en la cama conmigo y se desliza bajo las sábanas. Su polla presiona contra mi culo, pero me aparto de él, sin interés. No digo nada.

Miro a la pared con la vista perdida, preguntándome si cumplirá ahora su promesa. Desde el momento en que supe que mis padres habían muerto y que Calvin apenas se aferraba a la vida, he cuidado

de mi hermano y lo he puesto a él primero. Follarme al Diablo nunca se suponía que formara parte de eso, pero he sido su puta durante meses, adicta a su polla. Solo que ahora que estoy casada con él y es mi derecho como esposa buscar placer en su cuerpo, no quiero saber nada de él. El riesgo y la emoción han desaparecido. El espíritu de lucha me ha abandonado. Ya no lo quiero.

La mano de Lorenzo se abre paso entre mis muslos, buscando mi humedad, pero no la hay. Estoy aletargada, desmotivada. Me frota el clítoris mientras se restriega contra mi trasero, y lo único que puedo hacer es quedarme ahí tumbada y rezar para que acabe rápido.

—¿Qué demonios te pasa? —pregunta, agarrándome la cadera con tanta fuerza que me quejo.

—¡Ay!

Me da la vuelta y se coloca sobre mí, inmovilizándome con las caderas. Me agarra las muñecas y me las presiona contra el pecho. —¿Estamos casados y ahora no te resistes? Estuviste de acuerdo con esto.

Aparto la cabeza de él y cierro los ojos. —Acaba de una vez —mascullo, solo para recibir una fuerte bofetada en la mejilla antes de que se levante de la cama.

Se pasea nervioso a los pies de la cama y yo vuelvo a taparme con las sábanas. No tengo intención de darle la satisfacción de follármelo como a él le gusta. Si lo quiere, tendrá que cogerlo. Sin embargo, lo observo, la polla dura volviéndose más flácida a cada paso. Quizá se esté dando cuenta de que no soy su juguete, o quizá esté teniendo una revelación sincera acerca de lo horriblemente que me ha estado tratando.

O quizá está planeando mi asesinato. No me importa. Mientras Calvin suba a ese avión, eso es todo lo que importa.

—¿Qué coño pasa? —Se detiene y me mira con una expresión de enfado grabada en el rostro.

—¿Está Calvin en el avión? —Parpadeo de nuevo lentamente y él resopla.

—De camino al aeropuerto. Yo no falto a mi palabra. Cuando digo que voy a hacer algo, joder, lo hago.

Una parte de mí siente una pizca de alivio de que cumpla su palabra. Sé que no es el monstruo que es su padre, pero tampoco es un santo. En el fondo me pregunto si sabe lo que está bien, o si haber sido criado por un sádico maníaco ha deformado su capacidad de empatizar con los demás. Después de todo, me protegió, aunque aquellos ataques fueran una farsa para asustarme. Y puede que sea brusco durante el sexo, pero nunca me ha hecho daño.

Lentamente me pongo de rodillas bajo la sábana y la echo hacia atrás, poniendo el culo en pompa. Hundo la cara en la almohada y lo espero, pero me entra frío y empiezo a temblar y él ni me toca. Miro por encima del hombro su ceño fruncido.

—¿Es esto lo que quieres?

—No, eso no es lo que quiero... —me fulmina con la mirada y camina hacia su cómoda, de donde saca unos pantalones cortos y una camiseta. Se viste a toda prisa mientras yo me doy la vuelta y me tapo—. ¿Sabes? Deberías estar un poco más agradecida por lo que hago por ti.

—No lo entiendes, ¿verdad? —pregunto, aferrándome la manta al pecho. Veo confusión mezclada con rabia en su mirada antes de que salga furioso y dé un portazo.

La corriente de aire que provoca su movimiento me roza, me estremezco, me acurruco más bajo la manta y lloro en voz baja. Calvin está ahora donde debe estar. Eso es lo único importante. Lo demás es solo algo que tengo que aguantar hasta que, con suerte, algún día vuelva a estar con él.

Ojalá...

30

LORENZO

Han pasado tres días y Sofia está apática, letárgica. Apenas sale de la cama, salvo para ir al baño y comer. La melancolía de sus ojos me agota. Me mantengo al margen. Tengo demasiadas cosas que hacer como para andar con contemplaciones con sus frágiles emociones. Pronto aprenderá que la esposa del príncipe de la mafia debe tener una voluntad de hierro y, ahora mismo, es una medusa flácida.

De pie, en la terraza con vistas a los jardines, inspiro el cálido aire veraniego. Me sienta bien alejarme de la ciudad y volver a mis raíces aquí en Roma por un tiempo, pero no puedo quedarme para siempre. Mi padre me encargará trabajo, y si permanezco aquí, mis hombres se olvidarán de quién soy y las cosas se torcerán. Pero lo disfrutaré mientras dure y, cuando llegue el momento, regresaré con mi esposa.

Me suena el teléfono y meto la mano en el bolsillo para cogerlo.

—Soy Lorenzo.

—Signor Gatti, le llamamos del hospital. Hemos recibido noticias de que Calvin ha llegado y su juicio está programado para mañana por la mañana. Queríamos informarle para que pueda hacer los arreglos pertinentes con Sofia. Quizá desee recibir actualizaciones periódicas sobre su evolución.

—Gracias por la información. Agradezco la llamada. ¿Y mis preparativos especiales…? ¿Se han acordado con el doctor Kline? —

El sol se está poniendo en el horizonte, arrojando un cálido resplandor anaranjado sobre los jardines y sus habitantes: los pájaros que revolotean de árbol en árbol.

El hombre al otro lado de la línea hace una pausa antes de responder.

—Sí, signor Gatti, hemos organizado todo según sus instrucciones. Nuestro invitado ya está en vuelo y se espera que aterrice en LaGuardia en siete horas.

Asiento en señal de aprobación, agradecido por su consideración y atención al detalle.

—Muchas gracias por su ayuda. Por favor, avíseme si hay algo más que deba saber o si se produce algún cambio en el estado de Calvin.

—Por supuesto, signor Gatti —responde con un tono tranquilizador—. Le mantendremos informado de cualquier cambio y nos encargaremos de todo.

Cuelgo el teléfono y vuelvo a mirar los jardines bajo mis pies. Respiro hondo y exhalo lentamente, intentando relajar la mente y prepararme para lo que me espera cuando regresemos dentro de dos semanas. Mi padre esperará mi regreso y me reuniré con él y sus socios para debatir nuestra estrategia para expandir mi territorio. Aún no me ha cedido las riendas, pero lo hará, y cuando lo haga, tendré más poder y alcance de los que él jamás tuvo, o su padre antes que él.

Al darme la vuelta para volver adentro, vislumbro a Sofia a través de la ventana. Sigue tumbada en la cama, con la mirada perdida en la pared. No siento ninguna compasión por ella; sabía dónde se metía cuando aceptó casarse conmigo, aunque solo lo hiciera por el deseo de hacer lo correcto para su hermano. La vida de una princesa de la mafia no es para pusilánimes, al fin y al cabo, pero sé que ella tiene lo que hay que tener. Solo tiene que verle las ventajas, y cuando aterricemos en Nueva York, lo hará. Cuento con ello. No esperaré eternamente a que se adapte a ser mi esposa y aprenda a obedecer.

Le mostraré el poder y el respeto que conlleva ser una princesa de la mafia, y pronto aprenderá que hay una cierta fuerza y

confianza que se derivan de tener el control de su propio destino. Se le enseñará la importancia de la lealtad y la obediencia, pero también el valor de tomar decisiones por sí misma cuando sea necesario. No la mimaré; en lugar de eso, la desafiaré a ser la mejor versión de sí misma que pueda llegar a ser.

Tengo fe en la capacidad de Sofia para adaptarse y prosperar en esta nueva vida; si alguien puede hacerlo, es ella. Aun así, estoy decidido a hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que lo consiga, así que planeo asegurarme de que tenga el mejor comienzo posible. Kline ya ha puesto en marcha las medidas. Ahora solo tiene que aceptarlas.

SOFIA

El avión avanza por la pista de aterrizaje hacia la terminal. Desde que Lorenzo me dijo que volvíamos a Nueva York, he estado más animada. Las últimas dos semanas he estado postrada en la cama, aletargada y deprimida. Aunque Lorenzo parece entender que puede que se haya adueñado de mi cuerpo, mi corazón y mi alma se mancillaron en el intercambio. No soy yo misma y no lo seré hasta que vea que Calvin está bien.

—¿Podemos ir a verlo enseguida? —pregunto, mirando por la ventanilla los camiones y aviones que pasan por la pista. Nuestro avión llega a la pasarela de embarque y se detiene. Los pasajeros sueltan un suspiro colectivo, sabiendo que el viaje ha terminado. El vuelo de diez horas no ha sido terrible, pero estoy deseando bajar del avión y estirar las piernas.

Lorenzo permanece estoico y en silencio. Ha estado resentido conmigo desde nuestra noche de bodas, cuando le ofrecí mi cuerpo para su placer pero no me resistí. Sé que no está contento conmigo, pero ya no tengo energía para enfrentarme a él. Todo se me hace cuesta arriba y solo quiero acabar con esto de una vez. Ha conseguido lo que quería, y ahora lo tendrá mientras yo pueda soportarlo.

Llegamos a la terminal y cogemos las maletas. Lorenzo me guía hacia la salida, agarrándome el brazo con una fuerza implacable. Camina con determinación, como si supiera exactamente adónde

vamos y cómo llegar. Me canso y aflojo el paso, y luego me quedo rezagada, con la mente dando vueltas a los pensamientos sobre Calvin y el calvario que nos espera cuando lleguemos a su habitación del hospital. El tiempo que he pasado lejos de él ha sido reparador, pero ahora quiero estar cerca de él.

Al salir del aeropuerto, el aire sofocante de Nueva York me golpea como una losa. Jadeo, arrepintiéndome de no haber traído una botella de agua. Lorenzo no parece darse cuenta y sigue caminando, tirando de mí. Nos dirigimos al aparcamiento, donde nos espera nuestro coche. Lorenzo me abre la puerta y me deslizo en el asiento trasero, agradecida por el aire acondicionado del coche. El Mediterráneo era tan agradable que casi había olvidado lo asfixiante que puede ser la ciudad, y también lo congestionada. El esmog contamina el aire y dificulta la respiración.

Lorenzo sube detrás de mí, y el conductor arranca el coche y sale del aparcamiento. El único sonido entre nosotros es el zumbido del motor y el bocinazo ocasional de otros coches. Mi mente vuelve a Calvin y al accidente que lo dejó postrado. Ese día perdí mucho más que a mi familia. Perdí mi identidad, quién soy, lo que quiero. Mis ganas de superarme me abandonaron, y ahora no sé quién soy, aparte de la cuidadora de Calvin y el juguete sexual de Lorenzo. Quizá él piense que soy más, pero yo nunca lo sentiré así. Ese tipo de hombre utiliza a la gente. Nunca seré nada más.

Intento deshacerme de esos pensamientos, pero se me pegan como una gruesa capa de polvo. Lorenzo se da cuenta de mi malestar y me pone una mano en la rodilla, frotándola con suavidad. Me estremezco ante su contacto, no quiero que me toque. Pero a Lorenzo no parece importarle. Se inclina, con su aliento caliente en mi cuello, y me susurra al oído: —Estoy deseando tenerte de nuevo en mi cama.

Se me revuelve el estómago ante sus palabras y le aparto la mano de la rodilla. —Ahora no, Lorenzo —digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Quiero ver a Calvin. —Aprieto los dientes, conteniendo las ganas de gritarle. Lorenzo no entiende por lo que estoy pasando. Él nunca ha estado en una situación como esta. Nunca ha tenido que ver a alguien a quien quiere consumirse

delante de él. Nunca ha tenido que renunciar a sus sueños para ser un cuidador.

Lorenzo se echa hacia atrás, con expresión agria. —De acuerdo —dice, con un tono frío y cortante—. Pero no olvides quién cuida de ti. Quién lo paga todo.

Cierro los ojos, respirando hondo antes de responder. —No lo he olvidado —digo, con voz firme—. Pero eso no significa que te deba nada. Tú elegiste cuidar de Calvin y de mí. Esa fue tu decisión.

El coche vuelve a sumirse en el silencio, con la tensión flotando en el aire. Miro por la ventanilla, viendo cómo la ciudad pasa velozmente. El alivio deshace el nudo que tengo en el estómago cuando veo aparecer el hospital. Agradezco la distracción que Calvin me proporciona de mis tumultuosos pensamientos. Él es el único que realmente me necesita, y haré lo que haga falta para asegurarme de que esté a gusto.

Aparcamos en el garaje y nos dirigimos al hospital. El ensayo se lleva a cabo en el ala de formación, donde nuestros internos y residentes más jóvenes reciben su entrenamiento antes de hacer las rondas. La fundación ha traído a algunos de los mejores médicos del mundo para probar estos nuevos tratamientos, y tengo la esperanza de que Calvin por fin empiece a recuperar algo de función motora.

Lorenzo me guía ahora, como si supiera exactamente adónde va. He trabajado en este hospital y he visitado esta ala más veces de las que puedo contar, pero no sé dónde está Calvin, así que lo sigo, agarrándome a su bíceps. Pasamos junto a un grupo de médicos reunidos sobre la pantalla de un ordenador, luego el puesto de enfermería donde se oyen bromas amistosas, y finalmente nos adentramos por el pasillo de las habitaciones. Pasamos una habitación tras otra con las puertas cerradas o las cortinas echadas, y cuando Lorenzo se mete en una, el corazón se me acelera.

Descorre la cortina para revelar a unas cuantas enfermeras y a un médico que no reconozco de pie junto a una cama donde Calvin está sentado. Me llevo la mano a la boca para taparme la mandíbula desencajada cuando él gira la cabeza para mirarme y sonreír, algo que antes no podía hacer.

—Dios mío —mascullo mientras paso apartando a Lorenzo y al médico asiático que está de espaldas a mí. Él se hace a un lado y yo me dejo caer en el borde de la cama de Calvin y le cojo la mano—. Oh, Dios mío… —digo, más alto.

Calvin sonríe radiante de orgullo y pregunta, como si fuera lo más natural del mundo:

—¿Qué tal la luna de miel?

—¿Qué? Dios mío, Cal, mírate. —Lleva puesta la correa del pecho, pero no lo tiene atado como antes—. ¿Puedes sentarte? ¿Puedes girar la cabeza? —Miro al médico, que sonríe y asiente. Hace una leve reverencia y yo me vuelvo hacia Cal.

—Es genial, ¿a que sí? —Hacía meses que no lo veía tan feliz, puede que un año.

—¿Cómo? Oh, Dios mío… —Me siento abrumada por la alegría, incapaz de hablar.

—¿La señorita Carter, supongo? —El médico me rodea hasta donde puedo verle la cara y me tiende la mano. Tiene un acento muy cerrado, pero lo entiendo. Lorenzo está de pie junto a la cortina, sin adentrarse más en la habitación. Le cojo la mano al médico y se la estrecho levemente.

—Doctora Carter, sí.

—Me llamo doctor Ayaka Kaneko. Soy el jefe de neurología del Hospital de la Universidad de Tokio. —Hace una reverencia mientras lo dice y me quedo confusa. Su nombre no está en la lista de médicos que participan en este estudio—. Estoy supervisando la recuperación de su hermano Calvin y está haciendo enormes progresos.

Sin entenderlo todavía, me vuelvo hacia Calvin, que rellena los huecos que faltan:

—Hace dos semanas, el día después de tu boda, el Bellevue recibió una gran subvención por valor de diez millones de dólares. La junta directiva votó y se ofreció a destinar esos fondos a la investigación de avances neurológicos en el campo de la parálisis y las lesiones del tronco encefálico. —Sonríe radiante y se le llenan los ojos de lágrimas—. Contrataron al doctor Kaneko para que viniera hasta aquí a administrar los tratamientos experimentales, y me

concedieron una beca en tu honor para someterme a más pruebas. Está funcionando, Sofi… —Parpadea y las lágrimas le corren por las mejillas.

No puedo evitar que mi propia emoción aflore al verlo y empiezo a llorar mientras me tapo la boca de nuevo. El corazón me estalla de alegría y amor, y solo se me ocurre una persona con tanto poder y dinero a la que le importara lo suficiente como para hacer esto.

Mis ojos se vuelven hacia Lorenzo, cuyo rostro sigue con el ceño fruncido. Me levanto y me acerco a él rápidamente, le echo los brazos por los hombros y lo aprieto. Él permanece estoico, con las manos entrelazadas delante de su cuerpo, entre nosotros, pero yo sollozo contra su pecho.

—Has sido tú… —mascullo, sorbiendo por la nariz y dejando que salgan las lágrimas. Mi hermano puede sentarse solo. Puede girar la cabeza. El ensayo prometía que estos resultados se producirían a lo largo de meses de tratamiento, pero han pasado dos semanas. Esto va más allá de lo que el ensayo podía conseguir.

Levanto la vista hacia el rostro severo de Lorenzo y dice:

—Cumplo mi palabra, Sofia.

—Pero has sido tú…

—El doctor Kaneko es el mejor del mundo. Ha sido él. Yo me limité a proporcionar el incentivo y los medios para que la doctora Kline considerara traerlo.

Lo cubro de besos, embadurnándole las mejillas y los labios con mis lágrimas en una ferviente muestra de amor y gratitud. Tenía toda la intención de tomarle la palabra de que daría el dinero que prometió —o que su padre prometió, más bien—, pero nunca esperé unos resultados tan milagrosos. De hecho, nunca habrían ocurrido sin el doctor Kaneko, y él nunca habría venido sin la generosa donación de Lorenzo.

Me agarra de las caderas y me aparta, y por un momento veo un destello de regocijo en sus ojos antes de que vuelva a fruncir el ceño.

—Si has terminado, podemos seguir con lo nuestro. Tenemos que pasar por tu piso a recoger tus cosas esenciales antes de ir a casa.

—¿A casa? —pregunto, secándome los ojos.

—Sí, a nuestra casa. Y Calvin se reunirá con nosotros la semana que viene; he preparado un ala entera de la casa para sus cuidados. —Asiente hacia el doctor Kaneko—. El buen doctor también tendrá su propia habitación. Y cuando Cal esté listo, podremos proporcionarle los medios para reincorporarse al mundo laboral.

—Puede que nunca recupere el uso de las piernas, pero tengo la esperanza de que recupere la motilidad completa de cintura para arriba. —El doctor Kaneko hace una reverencia y me invade otra oleada de emoción.

Me aferro a Lorenzo llena de gratitud y admiración por este hombre. Ha cumplido su palabra y lo ha hecho de una forma que ha superado mis expectativas. El amor me inundó y volví a besarlo, pero esta vez sus labios chocaron contra los míos en un arrebato de afecto.

—Gracias —susurré, apoyando mi frente en la suya.

—Y bien, ¿consumamos nuestra unión? —gruñó, tan bajo que solo yo pude oírlo.

—Sí, señor… Soy tuya, ¿recuerdas?

EPÍLOGO

LORENZO

Papá y yo estamos de pie junto a la pared del fondo del gran salón de actos, observando a Sofia en su salsa. Han pasado tres meses desde que volvimos a Nueva York y, tras aceptar a regañadientes el puesto de jefa de cirugía en el Bellevue, Sofia está prosperando. La suerte ha cambiado radicalmente para mí, y su hermano ha recuperado por completo el uso de los brazos, aunque ahora está trabajando para ganar fuerza.

—Es increíble —dice papá, acercándose para no interrumpir su conferencia sobre las políticas de seguridad del hospital.

—Sí que lo es —respondo, con los ojos fijos en ella mientras se mueve con seguridad por el escenario. Su voz es clara y concisa, y acapara la atención de todos los presentes. La respetan por su talento y su pasión, no por mi apellido, aunque eso también tiene sus contrapartidas. Esta vez he tenido que asignarle un equipo de protección de verdad. Se ha convertido en una especie de celebridad y, con ello, en un blanco para mis enemigos.

—Y se ha adaptado a la perfección. —Inclina la barbilla mientras asiente en su dirección. Ella responde a algunas preguntas y se explaya sobre las políticas y los procedimientos.

Los nuevos programas que han abierto en el hospital para el anonimato de los pacientes en sus tratamientos —todo por orden mía— no entran exactamente en su ámbito de autoridad como jefa de cirugía, pero con Kline bajo mi control, Sofia prácticamente dirige

este lugar. Lo que yo digo va a misa, y ella cumple mis órdenes tan bien como cualquier soldado que haya entrenado.

—¿Estás seguro de que nuestros camaradas se mantendrán en el anonimato aquí? No podemos permitirnos un desliz. Hemos apostado toda nuestra dinastía a esto, Lorenzo. Si esto nos trae problemas, lo perderemos todo.

—Sí —respondo—. Es un programa seguro. Tenemos protocolos de seguridad muy estrictos para garantizar que nadie pueda acceder a la información de los pacientes sin la autorización adecuada. —Y solo Sofia y yo tenemos esa autorización, aparte de los soldados entrenados que he infiltrado en el personal del hospital para asegurar que nuestra información no se filtre ni sea hackeada. Respiro hondo y explico con más detalle—: El programa está diseñado tanto para la seguridad de los pacientes como del personal. Garantiza la confidencialidad y, al mismo tiempo, proporciona una capa adicional de protección contra cualquier posible amenaza.

Papá asiente, satisfecho con mi explicación. Me sonríe antes de volverse de nuevo hacia Sofia, observándola. Yo también la observo: la forma en que la falda le roza las rodillas; el escote de la blusa, lo suficientemente pronunciado como para dejar entrever algo de lo que ahora puedo ver cada noche. Su cuerpo es una obra de arte, pero su mente es el verdadero tesoro.

Cuando por fin se avino a nuestro plan —que, en última instancia, surgió de nuestro primer encuentro, en el que ella exigió unas condiciones más limpias y seguras para coserme—, empezamos a hacer que las cosas sucedieran. Ahora, ningún mafioso de la ciudad tendrá que volver a ir a un callejón oscuro para que lo operen. Ni siquiera nuestros enemigos. Y como yo llevo las riendas, nosotros decidimos quién vive y quién muere… al menos, los que usan el programa.

Sofia se niega a trabajar en nuestros sistemas e insiste en que mantengamos las cosas dentro de la legalidad —en lo que a ella y a su trabajo se refiere—, motivo por el cual se nos ocurrió la idea del programa. Todo se mantiene en orden, ella está contenta y mi influencia sigue creciendo. Es un acuerdo mutuamente beneficioso

con el que parece estar bastante conforme, además de que el sexo es increíble y cada vez me gusta más.

La conferencia termina, pero papá y yo nos quedamos en la parte de atrás de la sala mientras esperamos a que todos los médicos y jefes de departamento salgan. Sofia recoge sus cosas del atril tras el que ha estado parte del tiempo, luego coge la bata de laboratorio y la tableta, y levanta la vista para vernos. Es nuestra señal de que está lista para hablar conmigo.

Bajamos los escalones y la saludo con un beso en la mejilla y, de paso, le agarro el culo. Ella se ríe por lo bajo y me da un manotazo; luego, acepta un beso en cada mejilla de mi padre.

—Hola, señor Gatti, me alegro de verle. —Ahora, su sonrisa nunca se desvanece. Después de aquel calvario en el que estuvo dos semanas seguidas en cama y la conmoción de ver a su hermano ligeramente móvil, Sofia se ha recuperado del todo. Y papá también cumplió con su parte del trato. Se hizo otra donación masiva al hospital en su nombre directamente desde su cuenta bancaria en las Islas Caimán.

—Sofia… —gruñe, y asiente en su dirección—. Tenemos que hablarle de un paciente muy importante.

Ella enarca las cejas, picada por la curiosidad.

—Por supuesto, señor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Papá da un paso al frente y se pone las manos en las caderas. La mira con seriedad y empieza a explicar:

—Tenemos un paciente a nuestro cuidado, el arzobispo mayor Anthony Di Lereto. Su estado es… delicado, y necesitamos su pericia para ayudarlo a recuperarse. —Papá enfatiza «delicado», pero lo que realmente quiere decir es «urgente». Hizo un trato con la persona equivocada y perdió un par de dedos por ello, y necesitamos a alguien que se los cosa de nuevo… rápidamente.

—Sí, por supuesto. —Sofia me mira con una sonrisa tensa. Aunque respeta a mi padre y agradece su apoyo económico, todavía se pone nerviosa cuando aparece por aquí. Este paciente, sin embargo, está en lo más alto de nuestra lista y, dada su prominencia en la Iglesia, desempeña un papel crucial para ayudarnos a expiar nuestros pecados, por decirlo de alguna manera.

—¿Podrías darnos un momento? —le pregunto a mi padre, y él asiente.

Cuando se aleja, Sofia se acurruca contra mi pecho.

—Creía que habías dicho que nos mantendríamos dentro de la legalidad. —Me abraza y se balancea, sabiendo que esa sonrisa me puede.

—Lo sé, lo sé —digo, frotándole la espalda—. Pero esto es diferente. Es importante, y lo necesitamos de nuestro lado.

Deslizo la mano por la curva de su culo y lo aprieto de nuevo. Ella gime suavemente contra mi cuello y me mordisquea la piel.

—Entonces, esta noche me toca a mí dominar. —La sonrisa pícara en su cara es suficiente para ponerme duro. Me inclino y la beso profundamente, saboreando sus labios y sintiendo su lengua danzar contra la mía.

—¿Crees que puedes domar al diablo? —Le muerdo el labio inferior con fuerza y noto el regusto cobrizo de su sangre en mi lengua.

—Creo que vamos a averiguarlo.

—Esta noche, tú mandas —digo con voz grave y ronca—. Lo que quieras, lo tendrás.

Me sonríe con una chispa de picardía en la mirada. —Ah, lo quiero todo —dice, y solo puedo imaginarme qué se le puede ocurrir.

Ha salido mejor de lo que esperaba, a pesar de los pocos baches que hemos tenido. Sabía que Sofía acabaría cediendo, y lo ha hecho. Salimos del paraninfo, siguiendo los pasos de mi padre como he hecho toda mi vida. Pero yo voy a labrarme un nuevo camino y ella lo hará conmigo. Puede que el futuro sea incierto, pero una cosa está clara: me estoy pillando por esta mujer, y no puedo dejar que eso me distraiga. Algo me dice que sus demonios interiores solo han estado metiendo los pies en el agua. Estoy deseando descubrir qué clase de bestia indomable yace en su interior.